

Elisabetta
Gnone



FAIRY OAK

El Secreto de las Gemelas



Fairy Oak es un pueblo mágico y antiguo, escondido en los pliegues de un tiempo inmortal. Para encontrarlo, habría que viajar entre las mesetas escocesas y los acantilados de Normandía, por los valles floridos de Bretaña, entre los verdes prados irlandeses y las bahías del océano.

El pueblo está habitado por criaturas mágicas y seres humanos, pero es difícil distinguir a unas de otros. De hecho, hadas, magos, brujas y ciudadanos normales viven en sus casas de piedra desde hace tanto tiempo, que nadie presta ya atención a las rarezas de los otros.

Y después de tanto tiempo, ¡todos se parecen un poco! Todos salvo las hadas, que son muy, muy pequeñas y luminosas... ¡y vuelan! Los magos y las brujas del valle las mandan llamar para que cuiden a los pequeños del pueblo. Esta historia está contada, precisamente, por una de ellas: Felí, el hada de las gemelas Vainilla y Pervinca.



Elisabetta Gnone

El secreto de las Gemelas

Fairy Oak-1

ePub r1.0

fenikz 30.12.13

Título original: *Fairy Oak. Il Segreto delle Gemelle*

Elisabetta Gnone, 2005

Traducción: Miguel García

Ilustraciones: Barbara Bargiggia

Editor digital: fenikz

ePub base r1.0



A Will,
a quien le encanta leer
en el banco
a la sombra del manzano
mientras tira
la pelota a Nani
Y a Nani, que
ha aprendido a esperar
a que Will
termine la página



Agradecimientos

Gracias a Rey Castelli por su ayuda en todo; a papá, Roby, Mat, Laura, Anna, Vittorio, Elena, Pigi, Mike, Hellen, Arianna, Luca y Enzo por haber respondido a las preguntas más absurdas... sin hacer preguntas; a Gianluca y Serena por... una cómica historia y por su ayuda técnica nocturna; a Marione, por haberse dejado arrastrar mil veces a Fairy Oak; a Matteo y todo su equipo, por dar la impresión de haber estado ya.

A vosotros, mamá y Guido, mi profundo agradecimiento por haberme dado los mapas y la brújula que me han orientado en este viaje.

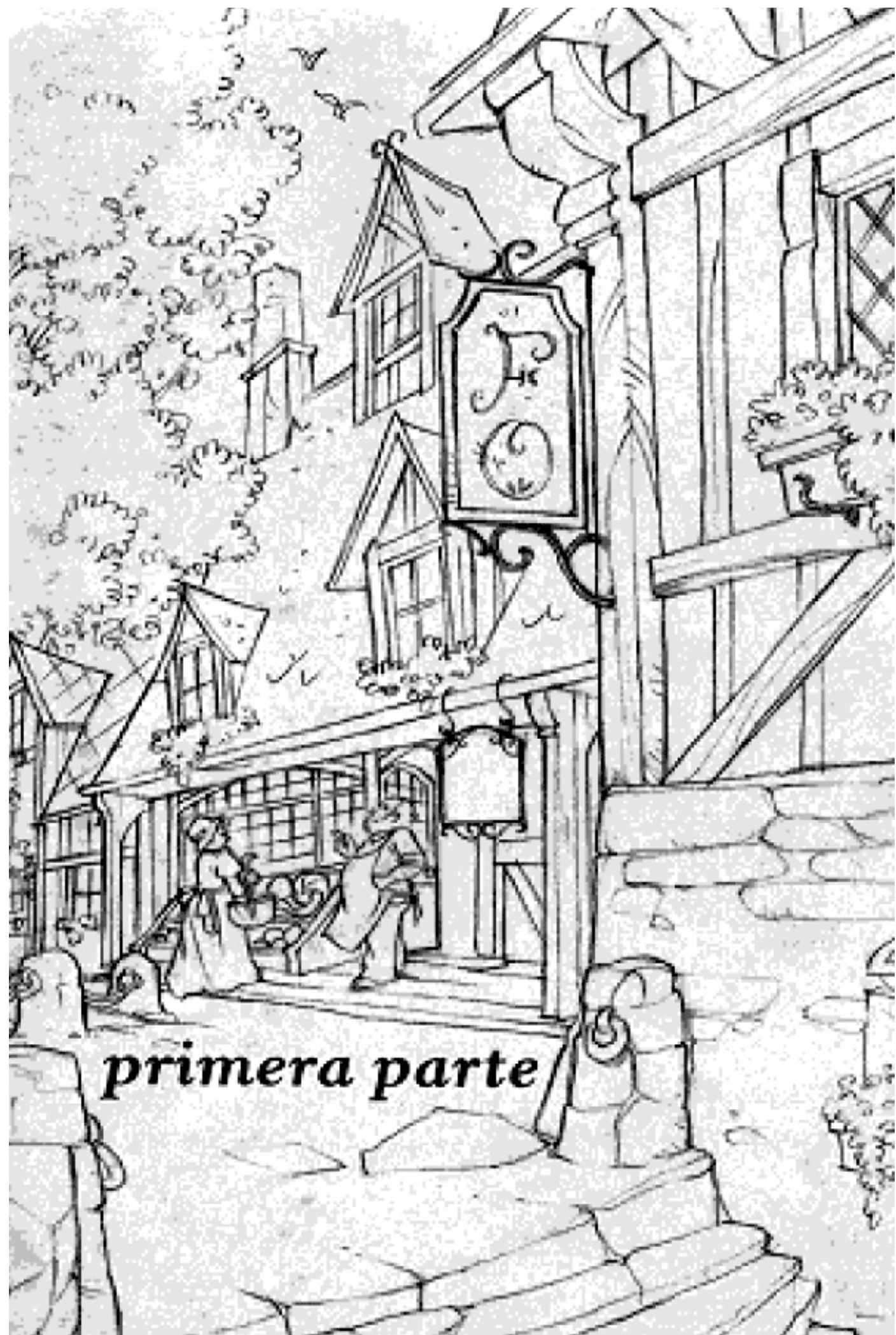
Desde hace más de mil años,
a la medianoche en punto,
ocurre un hecho mágico
en las casas de Fairy Oak:
minúsculas hadas luminosas cuentan
historias de niños a brujas
de ojos buenos,
emocionadas y atentas.

Insólito, ¿verdad?

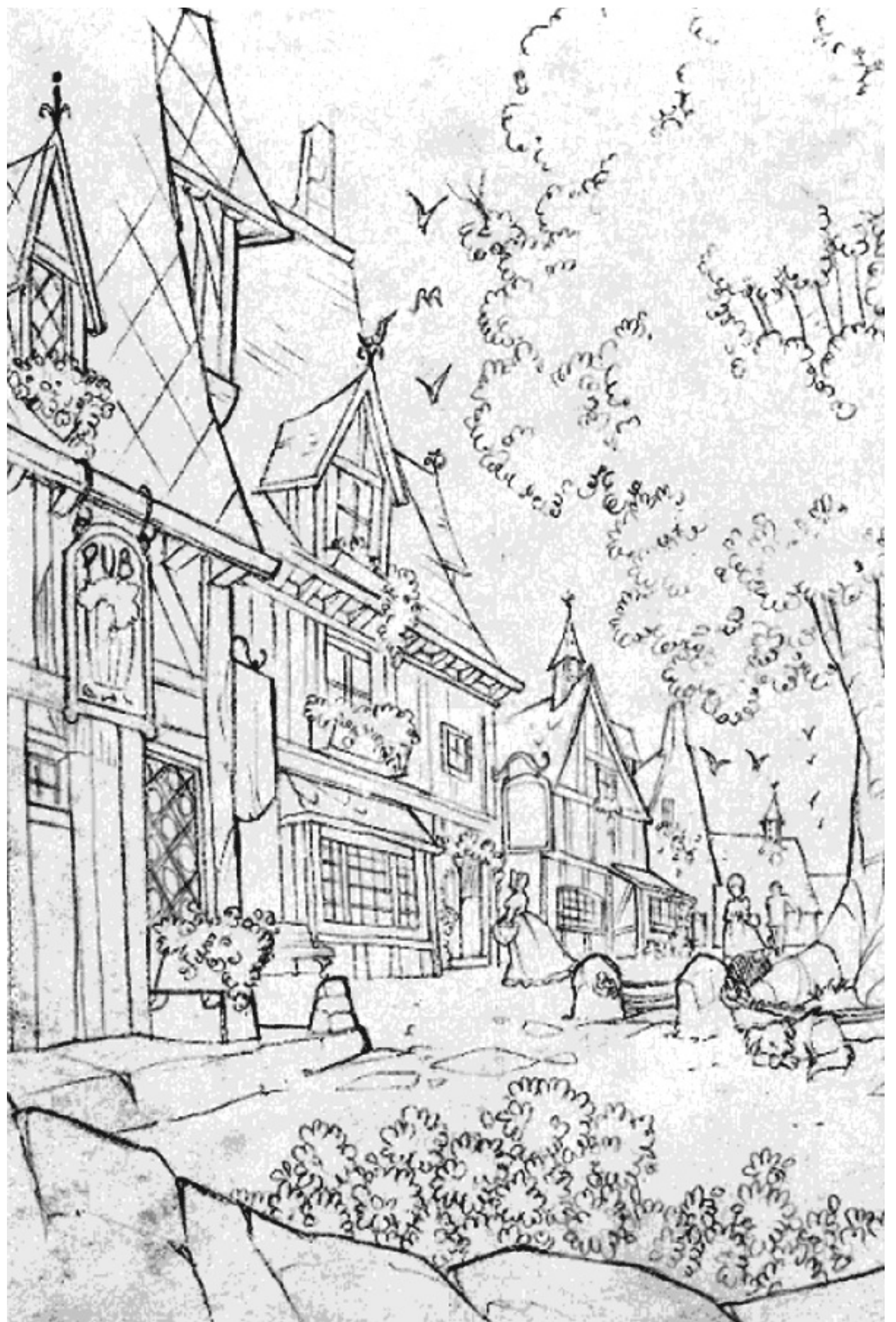
Todo el mundo sabe que brujas y hadas
se llevan mal y que a las brujas
no les gustan nada los niños.

Pero estamos en el valle de Verdellano,
en el pueblo de Fairy Oak,
y aquí las cosas son desde siempre
un poco distintas...





primera parte



Llegada a Fairy Oak



Cuando llegué a Fairy Oak, las niñas estaban a punto de nacer. Había hecho un largo viaje y atravesado muchos reinos mágicos hasta el pueblo del Roble Encantado. Mis alas temblaban de cansancio, pero la emoción me impedía detenerlas. Es natural, ¡se trataba de mi primer trabajo!

—Buenos días. Me llamo Sifelizserédecírosloquerré, y soy el hada niñera que habéis pedido al Gran Consejo —dije a la anciana señora que salió a la puerta.

Tenía el cabello blanco como las rosas de su jardín, manos delgadas con largos dedos y porte de reina. Mantenía los ojos muy abiertos y fijos en mí, y por un momento pensé que era de piedra, porque en vez de responderme se quedó callada e inmóvil como una estatua.

De repente se sobresaltó, entrecerró los ojos para oír mejor y dijo:

—¿¿¿Eh???

No tuve tiempo de repetirlo, pues a continuación dejó escapar un laaaaargo suspiro, y me dijo sonriendo:

—Encantada de conocerte, Feliztequisiera..., es decir, Querrédecirlofeliz... En fin, sé bienvenida. Deja que te vea, eres más guapa de lo que imaginaba. Por favor, siéntate en este bizcocho de cerezas, no hace mucho que lo he sacado del horno y aún está tibio, estarás cómoda y podrás descansar.

La hermosa señora se sentó en una gran mecedora chirriante, se colocó con esmero su bonito vestido verde salvia y adoptó un aire solemne.

—Como dije al Gran Consejo, querida hadita, tu sueldo será de diez pétalos de rosa al mes, más dos panecillos de naranja para los días de fiesta. Y... me gustaría llamarte Felí, si a ti no te importa.

¡Oh, diez pétalos al mes es un buen sueldo, gracias! Por no hablar de los panecillos de naranja,

que me encantan. Pero «Felí»... ¡aprietacorazones!, ¿en qué había convertido mi precioso nombre?

Adopté, a mi vez, el tono más serio y solemne que pude y...:

—Será un honor trabajar para usted, bruja Lala Tomelilla —dije sin tomar aire. Y era cierto.

Lala Tomelilla era la bruja más famosa y estimada de todos los tiempos, ¡para mí era un mito! Había recibido TRES Plumas de Oro a la Bondad y los reconocimientos más importantes por sus descubrimientos en el terreno de la magia. Sobre ella corrían mil leyendas: se decía que había cabalgado sobre un dragón alado, que podía domar las olas del océano con la mirada, que sabía hacer florecer la leña... ¿La verdad? Nunca la supe. Algo en sus ojos me decía que, sin duda, habría podido cabalgar sobre un dragón. ¡Y quién sabe cuántas de aquellas historias eran verdaderas! Pero Tomelilla nunca presumió de ello. Era modesta y sabia, quizá la más sabia de todas las Brujas de la Luz.

Realmente, era un gran honor trabajar para ella. Y en seguida se revelaría también como una gran suerte.

El roble encantado



Fairy Oak era un pueblo delicioso. Las casas de piedra tenían verandas y jardines de flores protegidos por muros cubiertos de moras y rosas silvestres. Los habitantes eran casi todos muy amables y había muchos, muchísimos niños.

Pero algo en particular hacía que el pueblo fuera realmente especial: a causa de un antiguo encantamiento, o quizá por deseo de las estrellas del Norte, Fairy Oak era el único lugar de todos los mundos, reales o encantados, donde los humanos y las criaturas mágicas vivían juntos en perfecta armonía desde mucho tiempo atrás. Brujas, hadas y magos vivían en las casas de Fairy Oak como ciudadanos normales, y como tales eran considerados en la comunidad.

Los Mágicos, como ellos mismos solían llamarse, habían sido los amos indiscutidos de aquellas tierras, mucho antes que los Humanos Sin Poderes. Y cuando estos llegaron, en vez de combatirlos, los ayudaron a establecerse. El jefe de los Mágicos mostró al jefe de los «Sinmagia» un valle tranquilo que descendía en suave pendiente hacia el apacible mar de una bahía amplia y profunda. Era el valle de Verdellano. El monte Adum y los altos bosques lo protegían de los vientos gélidos del este, y dos ríos de aguas cristalinas volvían la tierra verde y lozana.

Era un lugar de ensueño. Y, de hecho, alguien lo había elegido ya como su morada: un roble. Estaba solo en el centro de un claro y era el mayor árbol que los hombres habían visto nunca. Pero no era el tamaño su rasgo más sorprendente: ¡el roble hablaba! Para ser más precisos, nunca estaba callado. Todo lo que le pasaba por la cabeza (si es que puede hablarse de cabeza) lo pronunciaba en voz alta, lo mismo que hacen las personas cuando están solas.

Roble fue muy feliz por tener al fin compañía. Y así, Mágicos y Sinmagia construyeron a su alrededor el primer pueblo de la región; en su honor lo llamaron Fairy Oak, que significa «Roble Encantado».

Pasaron los años. La alianza se transformó en amistad y los dos pueblos se convirtieron pronto

en uno solo. Los conocimientos de cada uno de ellos, al compartirlos, dieron resultados extraordinarios: los Sinmagia enseñaron a los Mágicos el arte de la pesca, el de la agricultura, el de la cría de ganado... y las matemáticas, la historia, la geografía. Los Mágicos, por su lado, organizaron espectáculos portentosos en los que demostraron conocer una increíble variedad de magias y hechizos. Y algunos de ellos resultaron muy útiles a la comunidad. Sin embargo, en dos cosas nunca llegaron a coincidir, las ciencias y la medicina, en las cuales cada uno mantuvo sus propias ideas.

Durante años fue uno de los reinos más ricos y felices de todos los tiempos. Hasta que una terrible noche de verano empezaron los asaltos, y no de otros pueblos, pues no había ninguno por aquellas tierras. Fue el Mal Absoluto el que puso en su punto de mira el reino de Fairy Oak. Un enemigo sin rostro y sin alma, decidido a destruir por el placer de hacerlo.

Me gustaría contar más de él, pero todo lo que sé es que el Pueblo del Valle tuvo que combatirlo varias veces, con muchos años de por medio, y que siempre lo derrotó. Por entonces, sin embargo, yo era un hada muy pequeña y vivía todavía en mi reino, y los mayores no hablaban de buena gana de estas cosas en nuestra presencia. Por eso no sé cómo había ocurrido todo. Desde luego, cuando llegué a Fairy Oak la armonía y la calma reinaban desde hacía años y no quedaba ni rastro de las batallas.

Y en todo aquel tiempo, las extravagantes costumbres de los Humanos habían ido juntándose con las extravagantes costumbres de los Mágicos, y era casi imposible distinguir a unos de otros. Pongo un ejemplo: Retamaloca Gill. Desapareció una tarde de verano de la butaca del jardín. En su lugar dejó un balón de chocolate y una nota que decía «¡GOOOOL!». ¿Qué fue de Retamaloca Gill? ¿Era una Humana —es decir, una Sinmagia— que, harta, se había marchado dejando al marido el chocolate y el balompié, las dos cosas que habían provocado que él la desatendiera? ¿O bien era una bruja que para celebrar el cumpleaños de su marido se había transformado en lo que él más amaba? Nunca se supo: mientras los mayores hablaban del caso, los niños se comieron el balón, y Retamaloca Gill no volvió nunca para dar explicaciones.

Todos sabían que Lala Tomelilla era bruja, y todos la apreciaban. Era, quizá, la ciudadana más honorable de Fairy Oak, y el respeto que le profesaban se extendía hasta mí, que recibía mimos y atenciones de casi todo el mundo. Y eso no es todo: como los Mágicos de Fairy Oak que tenían sobrinitos daban cobijo a hadas niñeras como yo, también tenía muchas amigas.

Cada una de nosotras cuidaba de los futuros magos y brujas. Las mías se llamaban Vainilla y Pervinca. Eran las sobrinas de Lala Tomelilla, hijas de su hermana Dalia Periwinkle.

La familia Periwinkle



La señora Dalia siempre fue muy amable conmigo; su marido, el señor Cícero, era un Sinmagia un poco gruñón, aunque cortés. «Felí, tus antenas interfieren en la señal de mi radio», me repetía siempre, «¡haz algo, por favor!».

¿Y qué podía hacer? Las largas antenas de las hadas sirven precisamente para eso, para captar señales. No la señal de la radio, claro, que ha llegado mucho después, sino las señales de socorro, de peligro, de alegría... ¡Desde luego, no podía cortármelas!

En cuanto a las niñas, eran tan hermosas como las flores, cuyos nombres llevaban, y casi siempre se portaban bien. Era el hada más afortunada del mundo.

Una sola cosa turbaba de vez en cuando mi estancia en Fairy Oak: el olor a hollín. ¡Puaj! En las grandes ciudades era siniestropestosísimo, lo sabía, pero para mí, que venía del Reino de los Rocíos de Plata, incluso el leve hedor gris del pueblo me resultaba molesto a veces. Así que Lala Tomelilla me regaló un tarro de mermelada de moras casi vacío, aunque todavía muy oloroso, que se convirtió en mi casita.

Mamá Dalia me hizo una camita de pan que cada día sustituía por otra de pan recién hecho; Cícero me regaló una caja de fósforos vacía que convertí en mi armario, y Tomelilla transformó un carrete de hilo en el escritorio más bonito que haya tenido jamás un hada. Era una casita diminuta, pero para mí perfecta. Seguro que ya lo habéis comprendido: nosotras, las hadas niñas, somos tan grandes —es decir, tan pequeñas— como la palma de la mano de un niño.

También la casa de la familia era muy confortable, y me gustó desde el primer día. Los techos, el suelo y los muebles de madera creaban una atmósfera cálida y acogedora, sobre todo por la noche, cuando se encendían las luces y se prendía fuego a la leña en la gran chimenea del salón. De día, las paredes de piedra blanca y rosada reflejaban la luz que entraba por las grandes ventanas y la casa se iluminaba de oro.

Había nueve habitaciones, ¡pero parecían cien! Todas se comunicaban a través de un complicado sistema de puertas, escaleras y pasillos, y ninguna estaba al mismo nivel. Mirándola desde fuera, se habría dicho que la casa tenía tres pisos, pero por dentro era todo un subibaja de peldaños y escaleritas que crujían. ¡Un auténtico laberinto!

La casa desprendía un agradable perfume a leña, pero, olisqueándola más detenidamente, se apreciaba que cada habitación poseía un aroma propio: la cocina, por ejemplo, olía a manzana y madera de arce; la alcoba de las niñas, en cambio, a lápices afilados y mantequilla de cacao a la fresa; en el estudio del señor Cícero te llegaba el buen olor de los libros, y en el salón el del coñac, mientras que la habitación de Tomelilla olía a ropa recién lavada. Era fácil orientarse: simplemente había que fiarse más de la nariz que de los ojos.



Pasé muchos años en aquella casa y recuerdo cada instante, pues fueron los más bonitos y los más intensos de mi vida.

La hora del cuento



Todas las noches, cuando el reloj de la Plaza del Roble daba las doce, las brujas y los magos de Fairy Oak llamaban a las hadas niñeras para saber qué habían hecho sus pequeños durante el día.

Nosotras llamábamos a ese momento «La Hora del Cuento».

—Felí, sal de la mermelada, por favor, ¡es la hora!

Tomelilla me esperaba en el invernadero anejo a la casa, con los útiles de jardinería en la mano y los ojos en signo de interrogación (¡las brujas saben hacerlo!).

Mientras yo hablaba, ella, lentamente, podaba, regaba, plantaba, quitaba flores marchitas, sacaba brillo a las hojas... Decía que así me escuchaba mejor, y a mí me gustaba mirarla.

Los primeros años transcurrieron plácidamente, casi sin darme cuenta. Pero hacia el noveno año algo cambió.

Tomelilla se volvió mucho más curiosa con los indicios de magia de las niñas, aunque sólo fuera una pizca. Las brujas, normalmente, suelen revelar sus poderes cuando les salen los premolares, y nunca después de que les hayan crecido ya los ocho. Así que, cuando empezaron a vislumbrarse los puntitos blancos del séptimo premolar de Pervinca y a Vainilla le salió el sexto, la pregunta de Tomelilla a la Hora del Cuento era siempre la misma: «Y bien, Felí, ¿han hecho alguna magia?».

Estaba preocupada, pobrecita, y no sin motivo. El artículo ABC secc. Dn. 23,5 + 6-1 del Reglamento Mágico de brujas y magos dice textualmente:

Se establece que los poderes de los magos y las brujas se transmitan sólo y exclusivamente de tíos a sobrinos. La pena para los transgresores será el confinamiento de por vida en el Bosque-que-canta, bajo forma de árbol o arbusto con raíces bien hundidas

en la tierra.

Pero hay excepciones, y una en concreto preocupaba a Lala Tomelilla (apostilla b, artículo ABC secc. Dn. 23,5 + 6-1 del Reglamento Mágico):

... los niños gemelos no pueden heredar los poderes mágicos.

¿Lo habéis adivinado? ¡Vainilla y Pervinca eran gemelas! Habían venido al mundo el mismo día, aunque con una diferencia de 12 horas exactas una de la otra.

Fue un hecho muy extraño...



Dos hermanas casi gemelas



El médico del pueblo había previsto que las niñas nacerían el 30 de octubre. Así es que ese día, puntualmente, se presentó en nuestra casa con su maletín.
—¿Qué, viejo amigo, estás preparado? —le dijo al señor Cícero al entrar, dándole una sonora palmada en el hombro.

—No, no, no soy yo... Dalia...

—Sí, Cícero, ya sé que es Dalia la que está de parto. Te preguntaba si estás preparado para ser padre... Me da la impresión de que estás un poco nervioso. Es comprensible. Bueno, ¿dónde está la futura mamá?

Cícero acompañó al doctor Penstemon Chestnut a la habitación de Dalia, donde aguardaba también Tomelilla, y cerró la puerta. Él y yo nos quedamos fuera esperando y nos pareció que el tiempo no pasaba.

Habíamos recorrido el pasillo de un extremo al otro milmuchas veces cuando, de pronto, Tomelilla asomó la cabeza por la puerta y dijo:

—¡Ya viene!

Cícero se paró de golpe, encendió la pipa (¡que estaba encendida!) y con las manos en los bolsillos empezó a golpear el suelo con un pie mirando fijamente delante de él. El reloj de la chimenea dio la primera campanada de la medianoche y... a las doce y un segundo exactamente del 31 de octubre...

—¡Es una niña! —gritó el médico—. ¡Y está bien!

—¡Fiuuu! —Cícero dio el primer suspiro de alivio del día y al final se dejó caer en un sillón.

—Voy a verla —dije.

No podía aguantar más mi emoción. Dalia tenía a la niña en brazos y sonreía:

—¡Enhorabuena, señor Cícero! ¡Es guapísima! —grité—. Tiene el pelo color canela y la piel

aterciopelada y clara como la leche. Los ojos no se le ven, porque los tiene cerrados, y, ¿la oye?, chillaba como un águila...

Cuando Tomelilla alzó a la niña para lavarla, noté un detalle tan gracioso que volé a contárselo personalmente al señor Cícero:

—Tiene un pequeño lunar color azul violeta en la tripita y...

—... y Dalia me manda decirte que, si estás de acuerdo, querría llamar a la niña Pervinca —dijo Tomelilla. Estaba en la puerta de la habitación y sostenía a la niña. El señor Cícero se quedó mudo.

—Mientras lo piensas, ocúpate de ella —prosiguió Tomelilla un tanto nerviosa, poniéndole a Pervinca en los brazos—. Su madre tiene que dar a luz a otro bebé... —explicó, y desapareció de nuevo en la sala de parto.

Volvimos todos a nuestros puestos. Cícero, igual que yo, reanudó los paseos adelante y atrás con Pervinca, que al final se durmió en los brazos de su padre.

Su hermanita, sin embargo, tardaba en presentarse.

Empezamos a preocuparnos, pero el médico, un viejo mago experto y paciente, nos dijo que no nos inquietáramos, que la niña estaba esperando a ver la luz. Y lo decía en el verdadero sentido de la palabra, es decir, esperaba para nacer a que el sol estuviera en lo alto del cielo.

Así sucedió, en efecto: a las doce en punto del mediodía, Vainilla vino al mundo. Exhaustos, pero contentísimos, brindamos por el feliz acontecimiento con un exquisito licor de calabaza preparado por Tomelilla para la ocasión.

Luego, con calma, fui a admirar a la recién nacida.

La pequeña se parecía mucho a Pervinca: tenía la misma naricita respingona, la misma forma bonita de la cara, y, como ella, pesaba 3 kilos y 10 gramos exactos. Pero, a diferencia de Pervinca, Vainilla tenía el cabello del color del pan y sus ojos, muy abiertos, miraban ya el mundo. No había manchas en su tripita, me fijé bien, y en vez de llorar y chillar, la más tardona nos sonreía a todos.

Le pusieron de nombre Vainilla, porque... Es una divertida historia que ya os contaré, pero no ahora. Sabed solamente que, nada más ver a su hermanita, Pervinca se puso toda roja y gritó:

—¡BABÚ!

No creo que quisiera hacerle un cumplido, pero desde aquel momento Vainilla fue apodada Babú.

Ahora, lo importante es recordar que la ley de los magos no admite que las hermanas gemelas sean brujas.

Sin embargo, Lala Tomelilla alimentaba aún una esperanza: quizá doce horas de diferencia basten para constituir una ex-excepción, es decir, la excepción de la excepción a la regla, es decir: «Si dos gemelas no son gemelas perfectas, entonces pueden heredar la brujería».

Tal vez sí o tal vez no. Porque de las ex-excepciones nunca hay que fiarse.



¡Volar es mágico!



No me acuerdo bien de las cosas que inventé en aquellos días para tranquilizar a Lala Tomelilla. El tiempo pasaba, las niñas crecían y se volvían cada día más guapas, pero ni sombra de magia en ellas. Les habían salido casi todos los premolares y, sin embargo, Vainilla y Pervinca seguían comportándose como niñas Sinmagia: se levantaban tarde para ir al colegio, sobre todo Pervinca, eran muy maniáticas para vestirse y siempre daban un beso a todos antes de salir. En el colegio regañaban puntualmente con Scarlet Pimpernel (¡imposible no hacerlo!, palabra de hada), estudiaban con la nariz metida en los libros y la espalda torcida como una rama, se enamoriscaban de los niños monos y bromeaban a la puerta del colegio con sus amigas, sobre todo Vainilla, la más alegre y amable de las dos. Y, tengo que reconocerlo, mi preferida.

También quería a Pervinca, por supuesto, pero su carácter un poco rebelde y un destello de inquietud que a veces le pasaba por los ojos me distanciaban un poco de ella.

Aparte de esto, eran dos niñas adorables y, ¡suspirosuspirante!, absolutamente normales.

Al menos así lo creí hasta la tarde número tres mil ochocientos.



La recuerdo bien, vaya que sí, porque fue entonces cuando todo cambió.

Era una tibia tarde de mayo. De los prados llegaba el intenso perfume de la hierba cortada y el leve canto de los grillos. Mamá Dalia había quitado las mantas de las camas de las niñas, la chimenea estaba bien limpia y Lala Tomelilla había vuelto a ponerse su delantal de lino azul.

Me disponía a reunirme con ella en el invernadero, y mientras volaba de habitación en habitación repasaba mi relato: deseaba hacerlo emocionante y, por primera vez, pensé en añadir algún pequeño «adorno» que pudiese consolar a mi bruja: «Veamos... Hoy Pervinca se ha despertado tarde (como de costumbre), pero se ha despertado... ¡cantando! Sí, cantaba una

melodía que... debía de ser mágica, porque ha atraído la atención de los pajaritos y también de las mariposas y... ¿Babú? Ella, en cambio, ha hecho sin duda algo mágico con... ¡con su pelo! Como lo oye: cuando se ha levantado parecía verde, es decir, azul, no... de oro. Sí, resplandecía con una luz dorada. Luego, en el colegio...».

Precisamente estaba pensando en cómo añadir un poco de colorido a las horas de clase, cuando Tomelilla me sorprendió viniendo a mi encuentro a la puerta del invernadero:

—Y bien, Felí, ¿han hecho alguna magia hoy? —preguntó a bocajarro. Yo no estaba preparada.

—No —dije, olvidando todas mis buenas intenciones—. Por desgracia, no. No ha ocurrido nada insólito. A las siete, como todos los días, ha sonado el despertador; Vainilla no lo ha oído, Pervinca le ha tirado la almohada y mamá Dalia ha chillado «¡LEVANTAOS!». Vainilla ha saltado de la cama, ha volado hasta las zapatillas y...

¡CRASH!

Mi relato fue interrumpido por un ruido ensordecedor.

—¡Por Urkablú, qué susto! ¿Qué... qué ha pasado? —exclamé verde de miedo.



La maceta más bonita *Lanicera caprifolium* se le había desparramado en mil pedazos por el suelo. Pero, en lugar de desesperarse, Tomelilla me miraba con ojos de asombro y con la boca abierta.

Intentó decir algo... pero su mandíbula era incapaz de cerrarse y de su boca salían palabras incomprensibles.

¡Nunca la había visto así! Empezaba a preocuparme cuando, de improvviso, empezó a saltar y a bailar entre las macetas cantando:

Babú ha volado, Babú ha volado
¡los poderes ha heredado!
Vuela, vuela, niñita
¡el mundo ha heredado
mi joven brujita!



Era una alegría verla. Por fin yo había dicho la frase que esperaba desde hacía años. ¡Si lo hubiera sabido!

Quiero decir: si hubiera comprendido antes que era esto lo que estaba esperando, se lo habría dicho en seguida, ¡porque hacía tiempo que Vainilla volaba!

Sudando y jadeante, Tomelilla detuvo sus idas y venidas frente a mí y con los ojos entrecerrados me preguntó:

—¿Y Vi?

Sí, el arte de Lala Tomelilla para podar nombres había alcanzado también a Pervinca.

—Pervinca no —respondí, un poco atemorizada.

—¿Vi no ha volado? ¿Quieres decir que he transmitido mis poderes a una sola de las niñas? Es extraño... —dijo observándome con un ojo en exclamación y el otro en interrogación, yo no sabía cuál mirar.

—Estoy muy contenta por Babú —dijo—, pero ahora Vi me preocupa más todavía. Su último diente está casi del todo fuera, es cuestión de horas, quizá mañana...

—Lo sé —la consolé—, lo sé.

—Pero, en fin, Babú es bruja... —prosiguió ella con un suspiro.

—Así parece...

—Y ha volado...

—Eso sí.

—Por primera vez...

—Eso no.

—¿NO ES LA PRIMERA VEZ? —exclamó volviéndose de un salto hacia mí.

—Bu... bueno, la primera, primera vez, no.

—¿Y CUÁNDO VOLÓ POR PRIMERA VEZ?

—Ha... hará unos años. Veamos...

—¿HACE UNOS AÑOS?

Sentí desfallecer mis antenas.

—¿BABÚ VUELA DESDE HACE AÑOS Y TÚ NO ME HAS DICHO NADA? —venía hacia mí con los ojos en forma de dragón y la cara violeta. Cuando una bruja de la luz se enfada es capaz de calcinarte, aunque luego te pide perdón (porque las brujas de la luz son corteses). Pero *luego*. Así que yo retrocedí, enredándome las alas entre las hojas y las ramas. Hasta que me encontré contra el frío cristal del invernadero. Estaba atrapada. Me cubrí con los brazos y apreté los ojos a la espera del «¡zut!».

Pasó un momento. Después otro, y otro más... Como no sucedía nada, me decidí a abrir un ojo: Lala Tomelilla estaba delante de mí y me miraba fijamente. Los brazos cruzados, la cara seria... pero por lo menos había vuelto a su color natural.

—Déjate ya de escenitas, sabes que no voy a hacerte nada —dijo, y bajó una mano para que me subiera a ella. Pensé: «¡Tal vez prefiere comerme!».

En cambio, me depositó en una maceta, sobre un blando pradito de flores azules.

—En el fondo, la culpa no es sólo tuya —dijo mientras se acomodaba en la mecedora soltando uno de sus laaaaargos suspiros—. Hay cosas que todavía no te he explicado. Pero ahora, por favor, cuéntame bien lo que ha sucedido hoy y, sobre todo, dime cómo fue el primer día en que Babú voló...

Iba a abrir la boca cuando:

—¡Un momento! —Tomelilla me interrumpió de nuevo.

«¿Qué habré hecho ahora?», pensé preocupada.

—Sifelizserásdecírmeloquerrás —continuó—, antes de que prosigas ve, por favor, al estudio, abre el diccionario y lee mil quinientas veces el significado de las palabras «nada» e «insólito». Quiero estar segura de que en el futuro no se te van a escapar hechos sin importancia como dragones volando por la casa o potajes que se transforman en confeti. Para que te quede claro, Felí, en este mundo una niña que vuela no es exactamente «nada insólito». Si una niña vuela es que se ha tragado un globo, ¡o es que es una bruja! —concluyó.



Es la ley de las hadas: si alguien te llama por tu nombre completo, y sin equivocarse, tienes que obedecer a la fuerza. Por eso los elegimos largos y rebuscados. Pero yo sabía lo que significaban «nada» e «insólito», y aquel día no había ocurrido nada insólito. Vainilla volaba desde hacía ya tiempo. ¡Sólo que creía que eso, el volar, era algo natural!

Bueno, podría haberme ido peor. Tomelilla habría podido enfurecerse de verdad y, entonces, adiós Bruja de la Luz, bienvenida Bruja de la Oscuridad. ¡Zut, zut, zut!

Volví del estudio recitando en voz alta el significado de la palabra «insólito». Tomelilla estaba arreglando las macetas y sonrió. Se tocó el hombro con la mano: fui a sentarme allí, sobre su chal blandito. Y reanudé con calma mi relato...

El vuelo de Babú



¿E l primer vuelo de Babú? Lo recuerdo bien, lo hizo para salvar los peldaños de la entrada.

Vainilla volvía de la escuela andando lentamente, dando puntapiés a las piedrecitas del camino. Absorta en sus pensamientos, como le sucedía a menudo, llegó delante de los escalones de casa, agarró con fuerza el asa de su cartera y, como un soplo de viento, se elevó en el aire; dio un breve vulecito hasta la puerta y aterrizó con suavidad sobre el felpudo con la punta de los pies, como una bailarina.

No dijo ni una palabra, ni siquiera se asombró un poco. Abrió la puerta y entró. Nadie la vio. Aparte de mí, pero a mí me pareció muy natural subir los peldaños de esa manera... incluso a los ocho años.

—Tenía ocho años... —comentó Tomelilla con un hilo de voz.

—Sí, y desde entonces ha volado todos los días.

—¿**TODOS LOS DÍAS?**

—Pues sí... pequeños vuelos. Para poner en su sitio un libro en el estante más alto, para regular las agujas del reloj de péndulo, para devolver a un pajarito a su nido. Y algunas veces, cuando está descalza, vuela derecha hasta las pantuflas para no enfriarse los pies.

—¿Como esta mañana? —preguntó Tomelilla.

—Así es.

—¿Y cómo es que Vi nunca nos ha dicho nada a ninguno de nosotros?

Sin saberlo, di la peor explicación posible.

—¡Pervinca nunca ha visto volar a Vainilla!

—¿¿**NUNCA??**

—Ahora que lo pienso, es muy extraño, pero cada vez que Babú vuela, Pervinca está mirando a

otra parte... —añadí, ay de mí.

—¡Oh no! —se sobresaltó Tomelilla—. Es una mala señal. Por lo que me cuentas, parece que la magia está excluyendo a Pervinca. ¿Cómo es posible? Fue la primera en nacer, así que tendría que haber sido la primera en... a no ser que... ¡No, no, no! Sería un desastre, una auténtica catástrofe.

—¿Qué? ¿Qué sería una catástrofe? —pregunté preocupada.

—Hadita mía, si Babú es bruja y Vi no lo es, HAY QUE SEPARAR a las hermanas. Las jóvenes brujas reciben una educación especial, distinta de la que reciben las niñas sin poderes. Los Sinmagia no pueden conocer ni los ritos, ni los encantamientos, ni las artes secretas de las brujas: está prohibido que una bruja y una Sinmagia crezcan en la misma casa. —Tomelilla había bajado repentinamente la voz, como si hubiera alguien escuchando.

—Como sabes, es tarea de las tías educar a sus sobrinos, ¿te imaginas qué ocurriría si Babú y yo tuviéramos que IRNOS?

Vacilé. Vi y Babú separadas, ¡funestomalacontecimiento! No, ni me lo imaginaba. Traté de tranquilizar a Tomelilla, a mí misma.

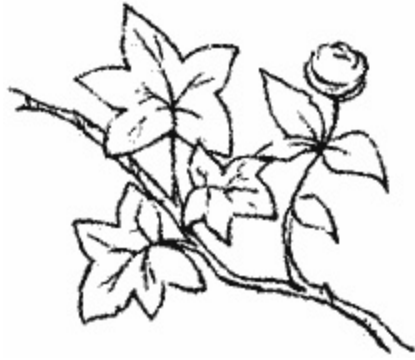
—El Tiempo es un mago poderoso —dije con la mayor convicción posible—, sólo él sabe lo que sucederá. Dejemos que haga su trabajo, esperemos un poco más todavía...



Esa noche no conseguí pegar ojo. Si en su momento hubiera contado a Tomelilla que Babú volaba, quizá ella habría podido ayudar a Pervinca a su debido tiempo. En cambio, por mi culpa, la última esperanza de ver hacer magia a la primogénita estaba a punto de esfumarse para siempre. Di vueltas y más vueltas en mi camita pensando en el día que acababa de transcurrir, buscando una señal, un indicio del que no me hubiera percatado. Lo repasé entero, desde el principio, desde cuando había sonado el despertador...



¡Qué mañana!



¡RING!!
El despertador de Vainilla rompió el silencio a las siete, tan puntual como de costumbre. Y como de costumbre, provocó un mieditemor a todos. Salvo a Babú, naturalmente. Ella siguió durmiendo como un lirón. Nadie entendía cómo es que no oía aquel ruido ensordecedor. Pervinca dormía bajo una sólida estantería atestada de libros; la cama de Babú, en cambio, estaba colocada en un hueco de las paredes de madera de su habitación y el techo abovedado de su rincón creaba una caja de resonancia perfecta: parecía que, en vez de sonar un despertador, estuviera tocando una orquesta.

Tapándome los oídos, me dispuse a salir de mi casita, pero Pervinca, en una de sus jugarretas habituales, había enroscado no sé cuándo la tapa del tarro.

—¡BABÚ, DESPIÉRTATE! —gritó Pervinca desde su cama—. ¡MAMÁ, BABÚ NO APAGA EL DESPERTADOR!

—¡ARRIBA, NIÑAS! —las conminó mamá Dalia desde la cocina.

—¡ABRIDME, ABRIDME! —grité yo desde el tarro.

—Cariño, ¿dónde están mis calcetines azules? ¿Y POR QUÉ NADIE ACABA CON ESE RUIDO? —chilló el señor Cícero desde su dormitorio.

Pero nadie conseguía despertar a Babú.

Como al décimo ring, Pervinca perdió la paciencia. La vi apuntar y tirar con fuerza la almohada a su hermana, quien, con ella sobre los ojos, alargó por fin una mano hacia la mesilla y acalló aquel estruendo.

—¡Lávate las orejas, Babú! —gruñó Pervinca.

—¡Pff! —fue la única respuesta.



Puesto que a Vi le gustaba deleitarse en la cama hasta el ultimísimo momento, siempre le tocaba a su hermana lavarse la primera. Así, Babú dio un vulecito hasta sus pantuflas y se metió en el baño.

—¿Puedo ponefme tu vestito con violetaf? —preguntó con la boca llena de dentífrico.

—¡No! —atronó Vi volviéndose del otro lado.

—¿Pof qué?

—Porque mi vestido con violetas me lo voy a poner yo.

—¡Te lo vaf a ponef fólo pofque te lo he pedido!

—¡Piensa lo que quieras!

—¿Y fi ya me lo hubiefe puerto?

Pervinca saltó de la cama, lista para darle una tunda a su hermana, pero, al verla todavía en pijama, se limitó a advertirle:

—Ni lo intentes, Babú. ¡Y déjame dormir!

—¡Vainilla! ¡Pervinca! Por favor, ¡ABRIDME! —grité otra vez golpeando el cristal del tarro, pero nada: Pervinca seguía roncando y Vainilla desapareció en el armario en busca de la ropa adecuada. Resignada, me senté en mi cama y esperé con paciencia.

—Como no os levantéis en seguida, papá va a subir —gritó mamá Dalia desde la escalera.

«¡Ojalá! ¡Así me abrirá él!», pensé. Pero inmediatamente (nosotras las hadas tenemos un oído muy fino) oí al señor Cícero que protestaba en voz baja:

—Deja de utilizarme como el Hombre del Saco, Dalia, y aprende a imponerte un poco a las niñas.

Estaba segura de que pasaría el día encerrada allí adentro:

—¿Dónde está Felí? —preguntó de repente Babú mirando alrededor. ¡Por fin alguien se acordaba de mí!

Pervinca se levantó de la cama como un muelle.

—¡Madre mía, la encerré ayer en su tarro y se me había olvidado! ¡VOY, VOY, FELÍ!...

Oí girar la tapa y noté entrar el aire fresco. Pero no me moví, ni siquiera alcé los ojos.

—¿Estás muy enfadada? —preguntó Pervinca con voz afligida. No contesté. Puede parecer un contrasentido, pero a veces el silencio dice más que muchas palabras. De hecho, Pervinca se preocupó todavía más—. Te lo ruego, ¡háblame, Felí! No quería tenerte encerrada tanto tiempo, me quedé dormida. Sal, toma un poco el aire...

Pervinca metió la manita en el tarro y me levantó delicadamente:

—¿Estás bien, verdad? ¿Lo has pasado mal?

—¿Está viva? —preguntó Babú acercándose.

—Claro que está viva, tonta. ¡Es un hada!

—Un hada muy ofendida. Yo creo que no quiere hablarte, y tiene razón.

Pervinca adoptó un tono suplicante:

—He hecho mal, lo sé. Prometo que no lo haré más ni... ¡Para que veas, voy a prestarle mi vestido con violetas a esta pesada! Ahora me visto de prisa y salimos puntuales. ¿Te parece bien, Felí? Háblame, por favor.

—¡CATASTROPESTECATASTROPESTE! ¡Eso es lo que eres! —exclamé reviviendo de repente—. Como lo vuelvas a hacer, te daré un triturapellizco en la nariz mientras duermes, Vi, ¡y lo digo en serio!



A las siete y media las niñas bajaron a la cocina. Pervinca llevaba una casaquita de algodón color noche, de calceta, que le había hecho Dalia, y pantalones con volantes que le había bordado yo. Vainilla, por su parte, llevaba un vestidito blando de felpa color cielo y, en los pies, zapatillas de un paño ligero.

El vestido con violetas se había quedado colgado en el armario.

Mientras mojábamos el pastel de rosas en el café con leche, mamá Dalia nos hizo las habituales recomendaciones. Y otra más:

—Tomad las invitaciones para la fiesta de cumpleaños de tía Tomelilla y repartiéndolas discretamente, no queremos que venga todo el pueblo, ¿de acuerdo? —dijo—. Y no os olvidéis de decir a vuestros amigos que, naturalmente, mañana también están invitados sus padres y sus tíos.

La idea de invitar a toda aquella gente a su fiesta no le había gustado nada a Tomelilla: «Demasiada gente, demasiado parloteo. La gente de siempre, el parloteo de siempre», había rezongado. Pero las fiestas solían gustarle. Detestaba el cotilleo, es cierto, y más aún a los cotillas.

Pero esa mañana había algo más que la tenía preocupada... Dijo que su amiga Prímula Pull sufría desde hacía días de un terrible hipo. La pobrecita tenía ataques tan fuertes, que podía oírse a veinte metros de distancia. Un enorme fastidio, de acuerdo, pero ¿qué tenía que ver con la fiesta? La explicación de Tomelilla fue extraña y misteriosa...

—¡Claro que tiene que ver! —dijo, casi molesta—. Imagina lo que esas dos cotillas de Pétula Penn y Hiedra Dhella dirán a sus espaldas. ¡Bobas vanidosas! ¿Crees que se acuerdan de lo que pasó la última vez que Prímula tuvo hipo? Ni hablar.

No se acuerdan de nada, ¡y seguro que no saben ni contar! Además, nadie en este pueblo cuenta nunca los años que pasan... MAÑANA serán 121 exactamente, ¿has visto a alguien preocuparse por esto? A nadie. Todos están preparados para la fiesta, como si nunca hubiera ocurrido... Bah, me callo, pero cruzo los dedos...

¿Por qué Tomelilla hablaba así? ¿Hacía ciento veintiún años de QUÉ? Y sobre todo, ¿qué había ocurrido aquella vez que la señora Pull había tenido hipo? No lo dijo.

Tomamos las invitaciones y a las ocho en punto nos marchamos a la escuela.



El capitán Talbooth y las exquisiteces



El tiempo se había estropeado y las nubes amenazaban lluvia. Las niñas se metieron las invitaciones en los bolsillos de sus capas y nos encaminamos calle arriba.

—¿Pasamos a buscar a Flox y Devién? —preguntó Babú.

—¡Claro! —respondí.

—Si es que llegamos a tiempo... —intervino Pervinca—. Yo avanzo un paso y retrocedo dos.

Con esta niebla, las piedras se vuelven resbaladizas como el jabón... ¡Ay, que me caigo!

No le faltaba razón, pobre niña. Las viejas piedras blancas que adoquinaban los caminos estaban tan gastadas y lisas que, cuando llovía, podías llegar al puerto sin tener que dar un paso. Babú podría haber volado, como yo, pero Pervinca... No estaba segura de que supiese, así que dije:

—Caminad pegadas al muro, por ahí se resbala menos.

El camino subía hasta una pequeña plaza, en el centro de la cual un manzano daba sombra a una fuentequilla. Los jardines más antiguos de Fairy Oak circundaban precisamente aquella plaza y eran verdes y lujuriantes. Uno de ellos, de aspecto tropical, pertenecía a la casa de Flox Polimón, la mejor amiga de las niñas, y de Devién, su hada niñera (¡y MI mejor amiga!). Normalmente, nos esperaban detrás de la cancela y hacíamos juntas el camino hasta la vieja Escuela Horace McCrips.

Aquel día, sin embargo, la tía de Flox nos dijo que habían salido pronto por miedo a mojarse con la lluvia.

—¡Os lo dije! —recordó Pervinca.

Subimos los ocho escalones de piedra que desde la plaza, pasando por un húmedo arco, llevaban al camino principal y torcimos a la izquierda, hacia la plaza del Gran Roble.

Habíamos recorrido unos metros cuando oímos grandes voces que procedían de la Plaza:

—¡UNOS BUCANEROS HOLGAZANES, ESO ES LO QUE SOIS! SIEMPRE POR AHÍ HACIENDO DAÑO Y MOLESTANDO A QUIEN TRABAJA. ¡LEVAD ANCLAS! ¡FUERA! ¡LARGO DE AQUÍ! —El viejo capitán Talbooth, podéis apostar, se había tropezado con un grupo de chavales irritantes.

Los niños del valle se divertían a menudo burlándose de ese viejo marinero fantasioso: contaba que había sido capitán de una nave real y que había perseguido a los piratas por todos los mares del mundo, pero nadie le creía. Los más pequeños le tenían miedo porque era tan grande como una montaña, con barba poblada, blanca de sal, una enorme boca desdentada y voz de cuervo. En el pueblo todos le tenían cariño, incluso los niños, y él lo sabía.

Tenía la tripa tan redonda, que parecía que se había tragado una sandía entera. Era otro de los motivos de burla de los niños. A esa hora, había muchos en las calles de Fairy Oak, y el capitán Talbooth tenía que esforzarse para evitarlos.

—Y vosotras dos, ¿hacia dónde derrotáis? —preguntó con brusquedad dirigiéndose a las niñas (probablemente quería decir «¿adónde vais?»), pues sólo los barcos derrotan cuando el viento hace que se salgan de su ruta).

—¡A la escuela! —le respondió Pervinca con aire desafiante.

—¿A la escuela? ¡JA, JA, JA! —Talbooth estalló en una fragorosa carcajada y las niñas se pusieron a contarle los dientes: ¡uno! Un solo diente, largo y fino—. ¡Esta sí que es buena! —continuó el capitán—. Ahora se educan hasta las mujeres. En mis tiempos, las mujeres se quedaban en casa trabajando en el telar y cocinando la merluza. Su cabeza es demasiado pequeña para que les quepan cosas tan grandes como las matemáticas, la historia y la geografía, ¡se les va a ahogar el cerebro! ¡Por ahí dentro lo que tiene que circular es el aire —dijo indicando la cabeza de las niñas— para que entre un poco de oxígeno! —el capitán Talbooth estalló en otra carcajada seca que pronto se convirtió en una tos sin fin. Y tosiendo se alejó.



Por suerte, habían salido pronto y tenían tiempo de pararse en la Tienda de las Exquisiteces de los señores Burdock para comprar la merienda. Babú, literalmente, se precipitó dentro.

¡DING DONG!

—¡Buenos días, señor Burdock! ¿Qué cosas buenas tiene hoy?

—Buenos días, niñas —respondió el señor Burdock levantando los ojos del libro de cuentas—. Marta está sacando del horno las espumas de fresa que tanto os gustan, si esperáis un minuto...

—¡Ya están listas! —dijo en ese momento la señora Burdock viniendo de la trastienda con una gran bandeja olorosa. Babú se relamió los labios. Pervinca, en cambio, siguió pasando revista a los dulces del escaparate, sin decidirse a elegir—. ¡Creo que probaré este! —dijo al fin, señalando un buñuelo de chocolate todavía humeante.

—Tienes buen gusto —comentó el señor Burdock metiendo el dulce en una bolsa, y añadió—: A Grisam también le vuelven loco.

Babú abrió mucho los ojos:

—¡Entonces yo también quiero uno! —exclamó devolviendo la espuma de fresa a la señora Burdock. Pervinca le dirigió una mirada burlona.

—A propósito, ¿dónde está Grisam? —pregunté yo distraídamente—. Tenemos una invitación para él.

—¡Menudo vagabundo! Juraría que está en la plaza jugando al balón en vez de estar en la escuela... —respondió el señor Burdock mientras tecleaba nuestra cuenta en la caja.

Pero la señora Burdock le recriminó:

—Tú no quisiste que tuviera un hada niñera para que lo cuidara, ¿de qué te quejas ahora?

—¡Es un varón, Marta! No necesita un hada niñera —dijo él de forma arisca—. Sin ofender... —añadió volviéndose hacia mí. Le sonreí.

—Si tuviese un hada como todos —prosiguió la mamá de Grisam—, sabríamos lo que hace y yo estaría más tranquila.

—Yo no tuve hada, y tampoco mi hermano Duff. Menudo par de alocados que éramos, y sin embargo siempre nos las hemos apañado muy bien, Marta. Sin ofender, Felí.

Sonreí de nuevo.

—Ahora tenemos que irnos —dije—. No se preocupen por Grisam, es un buen chico, con la cabeza sobre los hombros, no me parece en absoluto un alocado... Sin ofender, señor Burdock —guiñé un ojo a la madre de Grisam y salimos.



La niña del ratoncito



La plaza bullía de niños y hadas: unos compraban cuadernos, otros se retrasaban jugando a la pelota-pared, charlando o tratando de escaparse para no ir a la escuela. Estábamos a punto de reanudar nuestro camino, cuando de repente Babú, sin decir una palabra, se alejó. Pensé que había visto a alguien que conocía, quizá Grisam. En cambio, como hipnotizada, pasó bajo Roble Encantado sin saludarlo siquiera, atravesó rápida los grupos de niños y finalmente se detuvo ante la tienda de encajes, donde una niña estaba jugando sola.

Yo ya había visto alguna vez su carita, pero no tenía ni idea de quién era.

—¿La conoces? —pregunté a Roble. Él solía conocer a todo el mundo.

—Siiiií... —respondió Roble con su vozarrón lento y cavernoso, típico de los robles—. EEES SIN DUUUDA LA HIIIIJA DEL TALLADOR. SE LLAAAMA SHIIIRLEY POOOPPY... UNA BUEEENA NIIIIÑA, SIIIIÍ...

Shirley Poppy. Había oído hablar de ella. No era amiga de las gemelas; a decir verdad, Babú no la conocía de nada. Pero la había visto en el pueblo y a veces las dos se habían sonreído. Era una niña guapa, con una nube de pelo rojizo alrededor de su rostro redondo completamente cubierto de pecas. Tenía los ojos grandes, brillantes y negros como caramelos de regaliz. Y sonreía a todo el mundo, incluso a quienes no conocía. Con ella siempre iban un simpático perro y un ratoncito, al que llevaba sobre su hombro y que nunca dejaba de mirarse la lengua.

Alcancé a oír, sin acercarme demasiado, lo que se dijeron las niñas. Y al principio no se dijeron nada de nada.

Shirley estaba jugando al «Castillo de tiza» y Babú se detuvo para mirarla junto al dibujo trazado en el suelo. Pasaron unos instantes, después la niña puso una piedra en la mano de Babú y con un amable gesto la invitó a jugar. Babú saltó al primer cuadro, después al segundo, al tercero, al cuarto... Por fin, saltando a pies juntos al último cuadro, exclamó:

—¡Lo logré! ¡Vainilla está en el trono del rey!

—¿Has visto, Mr. Berry? ¡Ahora me toca a mí! —dijo entonces Shirley dirigiéndose al ratoncito.

Mr. Berry se miró la lengua.

—Es un glotón de azucarillos de arándano —explicó Shirley—. Se come cajas enteras y no descansa hasta tener la lengua azul. Estoy esperando a mi tía Malva, que está en la tienda. Me llamo Shirley. Y este es Barolo... —dijo señalando al perro.

A Babú, aquel trío le agradó un montemontón.

—Hola, Shirley, Mr. Berry, Barolo... —dijo con una cómica reverencia.

Mr. Berry siguió mirándose la lengua. Barolo correspondió al saludo con un meneo del rabo y un saltito.

Fue un encuentro extraordinario. Shirley y Babú parecían conocerse desde siempre. Más aún, parecía que fuesen amigas incluso antes de presentarse. Sin embargo —palabra de hada—, jamás se habían dicho *hola* antes de aquel día.

Mientras esperaba su turno para jugar, Babú quiso satisfacer su curiosidad por Shirley:

—¿De dónde vienes? No vives en el pueblo, ¿verdad?

—No, vivo en Frentebosque, en el otro valle... cerca del faro de Aberdur —explicó al recoger las tizas.

—¡Qué suerte! Es uno de mis lugares favoritos. Allí voy a mojarme de salpicaduras cuando hay marejada. Pero nunca te he visto por allí... —prosiguió Babú, toda animada—. ¿Y a qué escuela vas?

—Yo no voy a la escuela. Tomo lecciones con el profesor Rannock Moor, ¿lo conoces? —preguntó Shirley.



Babú pensó un momento.

—Mm... No, nunca he oído su nombre.

Charlaron y descubrieron que tenían muchas aficiones comunes: los animales, las flores azules, el viento, los lápices de colores, los castillos en ruinas... Pero no las marejadas. A Shirley no le gustaban, es más, les tenía auténtico pavor.

—Tengo miedo de que el mar me lleve —dijo en voz baja.

Por eso Babú nunca se la había encontrado en el acantilado.

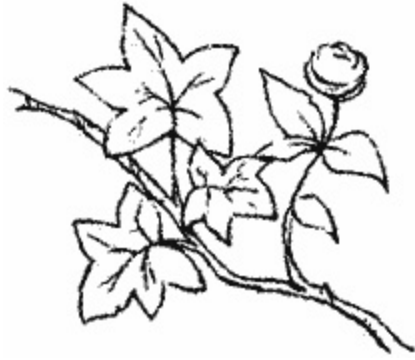
—Un día te llevaré a ver las gaviotas que juegan con las corrientes, ya verás cuánto te gusta, ¡y no correrás ningún peligro! —le prometió Vainilla. Después se acordó de la fiesta—: Mañana es el cumpleaños de nuestra tía y ella siempre nos deja invitar a amigos nuestros a su fiesta. ¿Quieres venir? Vivimos en la calle de los Ogros Bajos, en la casa de las rosas blancas.

—¿De verdad puedo ir? Es fantástico; no, no es fantástico, es más que fantástico, es... es... —yo habría dicho entusiasmantensacional, en cambio Shirley dijo—: ¡Sensacional! ¿No es sensacional, Mr. Berry? —abrazó a Babú y le estampó un besó en la mejilla.

—Gracias —respondió Babú un tanto estupefacta.

Quién sabe por qué Shirley estaba tan contenta de participar en su fiestecita privada. En su lugar, Vainilla habría preferido ir a la playa de Arran. Allí, el 21 de junio de todos los años, los magos y las brujas del valle hacían un espectáculo de encantamientos centelleantes y los mayores encendían hogueras altísimas. ¡Aquello sí que era divertido!

Pervinca dice la lección



Llegamos a la escuela ¡media hora después de que sonara la campana! Pervinca estaba furiosa. Y la maestra Margarita de Transvall, profesora de matemáticas y ciencias, lo estaba más que ella.

—Pervinca Periwinkle, ¡a la pizarra! —dijo con su voz cortante antes de que nos sentáramos en los pupitres.

Me temblaron las antenas... no porque Pervinca no estuviera preparada (al contrario, le gustaba estudiar), sino que con los años había aprendido que ciertos profesores parecen sentir un placer sutil poniendo en dificultades a los alumnos. Quién sabe qué habría inventado la señora De Transvall para confundir a mi niña.

—Por favor, ¿podrías contar a tus compañeros qué va a ocurrir mañana? —preguntó sujetándose las gafas oscuras sobre la nariz.

Desde el borde de la regla donde estaba sentada, vi a Pervinca ponerse blanca como la tiza. En casa habían dicho que mantuviéramos en secreto la fiesta, ¿sería posible que ahora la maestra le pidiera que hablara de ella a toda la clase?

—Pervinca, el Solsticio de Verano... Había que estudiarlo para hoy.

¡EL SOLSTICIO!

¡Pues claro! Suspiramos aliviadas: el Solsticio de Verano cae el 21 de junio.

—El Solsticio. Sí, sí, lo he estudiado... —contestó Vi más calmada, recuperando su color natural—. Bien, una antigua magia astronómica hace que ese día, el 21 de junio, el sol se encuentre a su altura máxima en el cielo del hemisferio norte y a su altura mínima en el hemisferio sur... —empezó a decir con seguridad.

—Preferiría que dijese «fenómeno» astronómico, Pervinca, no magia —la interrumpió la profesora.

—Está bien —respondió ella tranquila—. Una antigua magia astronómica, que en la escuela preferimos llamar «fenómeno», hace que el 21 de junio el sol del Norte y las estrellas del Sur celebren respectivamente el día y la noche más largos del año. Y con danzas, cantos, encantamientos y procesiones de antorchas se celebra entre nosotros la llegada del verano.

De Transvall le puso un 8, pero —palabra de hada— ¡se merecía más!



Cuando sonó la campana del recreo, nos retiramos las tres a los lavabos de las niñas para organizar el reparto de invitaciones.

—Tenemos que evitar como sea que Scarlet Pimpernel nos vea. ¿Lo has entendido, Babú? —insistió Pervinca.

—¡Me lo has dicho por lo menos diez veces, Vi! ¡Yo tampoco quiero que esa antipática venga a la fiesta!

¡No invitéis a todo el pueblo!



Scarlet Pimpernel era la hija del alcalde. «Normal», habría dicho un habitante de Fairy Oak: la familia Pimpernel era una de las más antiguas de la región, y los varones de la familia Pimpernel se habían sucedido en el cargo de alcalde de generación en generación. Así pues, ocuparse de los asuntos de los demás había sido siempre una de sus tareas principales. Y parecía que Scarlet había heredado toda la habilidad de su familia.

Tenía once años y no era bruja. Su nombre significa «pimpinela». Sólo las criaturas mágicas tienen nombres de flores; sin embargo, ella no tenía nada de mágica. Había recibido su nombre en herencia de Scarlet Violet Pimpernel, una tía abuela bruja, que una noche, durante una terrible tormenta, había desaparecido en la nada llevándose consigo los últimos poderes mágicos de los Pimpernel.

A decir de todos, era una gran suerte que Scarlet no fuese bruja: con el pésimo carácter que tenía, habría sido un peligro para la comunidad. Sólo Tomelilla la defendía: «Con los padres que tiene, ¡ya es un milagro que esa niña no muerda!», repetía a menudo. «Su madre no hace más que chillar de la mañana a la noche, y con todos esos rulos en la cabeza y la crema de faisán untada en la cara, da miedo incluso a su marido. ¡Quizá por eso el alcalde tiene siempre un humor de ogros!».

Así, para no correr el riesgo de tener a la familia «Ogros-cara-de-faisán» en la fiesta, Pervinca y Vainilla decidieron repartir las invitaciones durante el recreo. En la confusión general llamarían menos la atención y sería más fácil encontrar a todos los invitados.

Vainilla entregó sus invitaciones en el jardín; Pervinca se ocupó, en cambio, de la sala de juegos y los pasillos. Terminaron en menos de un cuarto de hora y todo fue según lo planeado. Estaban a punto de volver a clase cuando Babú se encontró cara a cara con ella, ¡Scarlet Pimpernel!

—Periwinkle Uno, ¿qué es toda esta historia de la fiesta? —dijo Scarlet con la cara roja.

¡Se había enterado! ¿Pero, por quién? ¿Cómo? En vista de que Babú se quedaba callada, Scarlet sacó la invitación de Flox Polimón y la agitó amenazadoramente bajo su nariz.

—¿Acaso eres sorda? ¿Qué es esto? —insistió Scarlet, cada vez más colorada.

Si hubiera sido un poco menos diminuta, le habría ajustado las cuentas a esa pequeña ogresa que se permitía llamar por números a mis niñas. Había empezado a hacerlo en los primeros años de escuela: por entonces, cuando llevaban puesto un gorro o la capucha de la capa era imposible distinguir a Vainilla de Pervinca, así que Scarlet había decidido llamar Periwinkle Uno a la que encontraba primero y Periwinkle Dos a la que veía después. Pero desde hacía años era fácil reconocer a las niñas mirándolas simplemente a la cara.

—A mí me parece la invitación de Flox Polimón —contestó Babú.

—¡Exacto! *Es* la invitación de Flox. Me la ha dado a mí porque ella no puede ir. Pero lo que yo quiero saber es dónde está MI INVITACIÓN. ¿Por qué yo no tengo, eh, por qué?

—Porque no estás invitada —llegó tajante la respuesta.

Pero no de Babú. Ante los gritos de cualquiera, Vainilla prefería callarse y esperar a que la «tormenta» pasara. Pervinca, en cambio, había oído todo desde las ventanas del pasillo y había corrido a afrontar a la bestia en lugar de Babú. La pequeña Vi sabía infundir respeto, sí señor.

—Debe de ser un error —replicó Scarlet bajando la voz.

—¡De ninguna manera! —continuó Pervinca—. ¿Ves?, no estás —repitió enseñándole la lista de invitados.

—Entonces explícame por qué mi nombre, y el de mi ilustre familia, no está en esa lista, Periwinkle Dos —volvió al ataque Scarlet.

Al oír llamar así a su hermana, Babú se armó de valor:

—¿Puedo explicarlo? —dijo alzando la mano como se hace en clase para poder decir algo—. Querida Scarlet, no estás en la lista porque sabemos que vas a participar en otra fiesta muchísimo más importante que la nuestra. ¿No es una tradición entre los Pimpernel reunirse para celebrar todos juntos el Solsticio de Verano con una gran cena de gala? El insignificante cumpleaños de nuestra tía no puede competir, desde luego, con un acontecimiento tan prestigioso.

Los invitados



- ♦ *Flox Polimón*
- ♦ *Celastro Buttercup*
- ♦ *Emma Totter Grass*
- ♦ *Grisam Burdock*
- ♦ *Acanti Bugle*
- ♦ *Elsa Marsinlake*
- ♦ *Nepeta Rose*
- ♦ *Campanula Cocleri*
- ♦ *Hibiscus Castle*
- ♦ *Hellen Blackberry*
- ♦ *Cicerbita Blossom*
- ♦ *Sophie Littlewalton*
- ♦ *Gabriel Garlandel*
- ♦ *Billie Ballatel*



Scarlet se hinchó como una gallina emplumada:

—Punto primero, queridísima, la cena es de supergala. Punto segundo, no iría a vuestra fiestecilla ni aunque me lo pidierais de rodillas. Punto tercero, ¡adiós! —apuntó la nariz a otro sitio y se fue.

Babú y Vi se guiñaron un ojo. ¡Habían logrado deshacerse de aquella entrometida!

Pero habían subestimado a Scarlet Pimpernel: esa extravagante niña hizo, en pocos minutos, centenares y centenares de copias de la invitación de Flox Polimón y las repartió a toda la escuela. Y no es una manera de hablar: ¡literalmente a toda la escuela!

Afuera, los niños de Fairy Oak y sus padres agradecieron a las hermanas Periwinkle el haberlos invitado a la fiesta. Vi y Babú, asombradas, intentaron con excusas poco creíbles que les restituyeran algunas invitaciones.

—Lo siento, ya no se va a celebrar la fiesta, ¡mi madre tiene la peste amarilla!

—Mi tía ha convertido a papá en un dinosaurio y no recuerda el contrahechizo, pero si quieres venir...

Incluso Roble trató de ayudarlas.

—¿NOOO HABEEÉIS OIIÍDO LO QUE HAAAN DIIICHO LAS GEMEEELAS? VEEENGA, SEED BUEEENOS, DEVOLVEED LAS INVITACIOONES... —tronó con su vozarrón, arrebatando con sus ramas las invitaciones a los no invitados.



Pero en Fairy Oak los rumores corren como la pólvora. Así pues, era fácil prever que, entre las invitaciones y el boca a boca, todo el pueblo se considerase invitado.

Tomelilla se enfureció:

—¿Qué es lo que os había dicho? Escribamos invitaciones mágicas, que sólo las puedan leer los invitados pero que desaparezcan en manos de los intrusos... Pero no, Cícero y Dalia quisieron hacerlo a su manera... «Mejor hacer invitaciones NORMALES», dijeron. «Es de mejor educación...». ¡Estupendo, fantástico! Ahora, que abran educadamente la puerta a cien invitados...

La bruja medía a grandes pasos el invernadero, agitando en el aire las tijeras y los guantes de jardinería.

—No nos alarmemos —dijo al rato, con voz más calmada—. Mañana será también la fiesta en la bahía, la playa de Arran estará iluminada, como si fuera de día, por las hogueras y los encantamientos de las brujas; habrá bailes, lamparitas sobre el agua, dragones de fuego, cantos... siempre es una gran atracción para todos. Conservemos, pues, la calma, porque no vendrán, por lo menos no cien... Felí, ¿podrías decirme cuántas invitaciones corren por ahí?

—Diría que, poco más o menos, trescientas. —Tomelilla casi se desmaya sobre la mecedora.

—¡Esperemos que no llueva!

Primero la lluvia...



Por el contrario, llovió. E incluso con fuerza. Mientras ayudaba a mamá Dalia a preparar la sala, vi a Tomelilla subir de la Habitación de los Hechizos con aire preocupado.

—He intentado alejar las nubes y hacer brillar el sol, pero parece que esta lluvia es indiferente a mis poderes. Me temo que no habrá ninguna fiesta del Solsticio —dijo mirando por la ventana.

—Parará pronto —contestó mamá Dalia mientras secaba el suelo: el viento hacía que la lluvia se colara entre las tejas y había cubos y barreños por toda la casa.

—¿Sabes que Prímula tiene hipo desde hace una semana? —suspiró Tomelilla preocupada.

—Pobrecita... qué tormento —comentó Dalia distraídamente.

—Sí... un tormento —dijo Tomelilla. Y como si quisiera apartar un mal pensamiento, añadió —: ¿A qué hora llegarán los invitados?

—En la invitación pusimos que vinieran a las tres.

—Eso es dentro de una hora... ¿Crees que vendrán todos?

—Yo espero que no. Cícero está montando la carpa en el jardín, pero si viene todo el pueblo no va a ser suficiente.

El señor Cícero entró en ese momento.

—Desisto —dijo desanimado—. El viento es demasiado fuerte y dicen que está llegando una tormenta —añadió quitándose el impermeable empapado.

Tomelilla miró afuera: la lluvia batía contra los cristales y en el horizonte se vislumbraban los resplandores de los relámpagos.

—El ratón de Shirley Poppy tiene otra vez la lengua azul... —suspiró estrujándose las manos.

—¿Cómo que otra vez? *Siempre* tiene la lengua azul, está comiendo arándanos todo el día —contestó Dalia con una leve impaciencia.

—Y Malva ha ido por segunda vez a comprar hilo de coser, me lo ha dicho Felí.

—A lo mejor se le ha terminado. ¿Qué te pasa, Tomelilla? Desde esta mañana no paras de suspirar.

—¿Que se le ha terminado? Sabes muy bien que la tía de Shirley sólo viene a Fairy Oak una vez al año, y únicamente para comprar hilo de coser. Además, como parece que no hace nada más, cose desde hace por lo menos diez años, sólo el cielo sabe qué es lo que... No, no creo en absoluto que se le haya terminado... Más bien, creo que ha venido para procurarse reservas. Sabe que pronto no será seguro salir...

En ese instante, el retumbar de un trueno hizo palpar la luz y del jardín llegó el ruido de un golpe terrible.

—¡EL RAYO HA CAÍDO EN EL VIEJO OLMO! —gritó Pervinca desde su habitación.

—¡Oh, no! —Dalia corrió a la ventana. El rayo había quebrado el gran árbol y lo había tirado al suelo. Su copa yacía inmóvil bajo la lluvia—. Mi gigante... qué disgusto... tenía dos, tres...

—¡Tres siglos! —precisó Tomelilla junto a ella. Se quedaron unos minutos mirando afuera, en silencio. Después, sin volverse y con voz tranquila, Tomelilla habló de nuevo—: Dalia, tengo que decirte algo...

—Mmm, parece serio. ¿Qué ocurre?

—Babú vuela...

—Lo sé. Felí ha venido a nuestra habitación esta mañana, al alba, para contárnoslo —respondió Dalia volviendo a su bayeta. Parecía como si no le interesara—. No quiero ponerte nerviosa ahora —continuó Tomelilla—, pero tarde o temprano tendremos que afrontar este asunto. Si Pervinca no es...

Dalia no la dejó terminar.

—Te lo ruego, Tomelilla, ¡ni siquiera lo digas! ¡Mis hijas no serán separadas! Si Pervinca no es bruja, encontraremos otra solución. Ahora, por favor, deja de decir cosas raras o terminarás asustándome.

Se volvió, algo goteaba a su espalda.

—También cae agua delante del aparador. ¡Babú, trae otro cubo! —gritó concluyendo aquella extraña conversación.

—¡He perdido un lápiz, mamá! —dijo Babú entrando en el salón con su viejo cubo de playa—. Estará fuera solo, todo mojado. ¿Podemos ir a buscarlo? Creo que sé dónde está... a la entrada de la casa de Flox. Por favor...

—No, tesoro, iremos mañana. Ahora tenemos que esperar a los invitados —contestó mamá Dalia.

—Para lo que importa, con esta lluvia no vendrá nadie...

Babú no había acabado de hablar cuando alguien llamó a la puerta.

BUM, BUM, BUM.

—¿Quién puede ser tan pronto? —se preguntó Dalia preocupada.

—Con el agua que está cayendo, un monstruo marino —comentó Babú yendo hacia la puerta. En el fondo esperaba ardientemente que fuese alguien que hubiera encontrado su lapicero. Pero:

—¡No me parece un día de playa! —sentenció Scarlet Pimpernel viendo el cubo que Babú

sostenía en la mano—. ¿Podemos entrar?

Babú se hizo a un lado sin lograr decir ni palabra y la familia Pimpernel al completo entró en el recibidor.

—¿Quién es, tesoro? —preguntó Tomelilla—. ¡UY, SANTO CIELO, LOS PIMPERNEL! —se le escapó apenas los vio.

—¿¿Los Pimpernel?? —Dalia, Cícero y Pervinca cruzaron una mirada de desconcierto.

—¡Habría preferido al monstruo marino! —susurró Vi entre dientes.

Después del instante de sorpresa, Tomelilla adoptó un aire de dignidad y, como buena anfitriona, condujo a los invitados a la sala para que se acomodaran.

—¡Qué sorpresa verlos! Quiero decir... llegan muy pronto, y con este tiempo... Mírense, todos mojados, ¡pobrecitos!

... después los Pimpernel...



Decir que los Pimpernel estaban mojados era poco decir.

El sombrero de la señora Pimpernel se le había pegado a la cara, y el vestido, completamente transparente, dejaba entrever el grueso corsé que le apretaba la cintura como a una salchicha. El impermeable había protegido ligeramente el vestido de Scarlet, pero los zapatos chorreaban agua y el lazo azul le colgaba sobre el ojo derecho. El que peor parado había salido era el alcalde. Parecía un higo maduro: la camisa se le había pegado a la chaqueta y ambas descendían hasta los pantalones, que se habían ensanchado y alargado tanto que se los tenía que sujetar con las manos e iba pisándolos al caminar. Le faltaba un zapato:

—Una ola me lo ha arrancado —gimió.

—¿Una ola? —mamá Dalia lo contempló asombrada—. Ayudadlo a pelarse, quiero decir, a quitarse la ropa —se corrigió inmediatamente. Las niñas rompieron a reír.

—Id a buscar unos zapatos para Scarlet. Y un par de pantalones, ¡venga! —las regañó Tomelilla.

Dalia trajo ropa para el alcalde y la alcaldesa.

—Han sido muy amables en venir. Pero encarar esta tormenta...

—¡Sobre todo cuando nadie los ha invitado! —protestaron las niñas, eligiendo los zapatos más feos que tenían para prestárselos a Scarlet.

Le llevaron unos horribles calcetines de lana violeta y un par de botas marrones. Si le hubieran dado un puñetazo en un ojo le habrían hecho menos desprecio. Scarlet dijo que prefería quedarse con las prendas que llevaba puestas...

—¡Aunque estuvieran ardiendo!

—¡Peor para ella! —susurró Pervinca.

Tomelilla invitó a los Pimpernel a sentarse en el sofá.

—Perdonad el desorden, pero esta lluvia nos ha complicado todo...

—¿Es muy viejo el tejado? —se burló la señora Pimperl con malicia, observando los cubos con asco.

—¡No es viejo, es antiguo! —puntualizó Cícero—. ¡La casa entera se remonta a más de seis siglos! —dijo irritado.

La madre de Scarlet arrugó la nariz.

—De hecho, se nota un leve olor a... ¡moho! ¿No lo hueles, Dalia querida? —dijo a la señora de la casa. Y añadió—: ¡Y también a quemado! ¿Tenéis algo al fuego?

—No, no, Adelaida, es por la chimenea —respondió Dalia con una sonrisa—. En invierno la tenemos encendida siempre, y los muebles han absorbido el olor de la leña. En vista del tiempo que hace, ¿tú qué dices, Cícero, la encendemos también ahora? ¿No os parece que hay mucha humedad?

Cícero se alegró de tener una excusa para alejarse de la señora Cara-de-faisán. A duras penas la soportaba cuando estaba callada, imaginaos cuando sacaba aquella áspera voz. ¡Y además para decir maldades!

Tomó el cesto de la leña y se levantó para ir a rellenarlo, pero, al abrir la puerta, una especie de gigantesca manta lo embistió y casi lo hizo caer. Tal como suena, una manta empapada de agua había entrado a la carrera en el recibidor, se había golpeado contra la pared y se había desplomado en el suelo.

—¿Qué demonios...? —Cícero levantó lentamente un extremo y...

—¡GRISAM! —se exaltó Babú.

Era él en persona, Grisam Burdock, el maguito de ojos azules que tanto le gustaba a Vainilla. ¡Y no estaba solo! De debajo de la manta surgió la familia Polimón casi al completo. Sólo faltaban tía Hortensia y el hadita Devién.

—Queríamos gastaros una broma —explicó Flox—, pero papá se ha tropezado y lo ha estropeado todo. Hasta mi rosa —dijo, observando desilusionada el tallo espinoso que le había quedado en la mano—. La traía para usted, Lala Tomelilla, quería hacerle un regalo...

—¡Oh, es una rosa bellísima, Flox! ¡Qué amable has sido! —respondió Tomelilla agarrando el tallo.

—Pero ya no tiene ni un pétalo...



—¿Cómo que no? Mira... —Tomelilla mostró la ramita de espinas a la niña: los pétalos blancos estaban otra vez en su sitio y formaban una corola tan blanca como la nieve.

—¡GUAU! Tía Hortensia nunca ha hecho una magia así. ¡Voy a contárselo a mamá! —exclamó Flox entrando al trote en el salón. Gracias a la manta, sólo se había mojado los zapatos—. ¿Puedo ponerme esto? —dijo tomando los calcetines y los viejos zapatos destinados a Scarlet.

Dalia y Cícero trajeron más ropa y algunas toallas.

—Habéis sido unos inconscientes saliendo con este tiempo, pero estamos contentos de veros.

—¡No habríamos podido retener a Flox en casa ni un segundo más! —contestó Rosie Polimón, la madre de Flox—. Está impaciente desde ayer por venir a vuestra fiesta. Ha perdido la invitación y temía que no la dejarais entrar.

Babú y Pervinca cruzaron una mirada de entendimiento y corrieron a dar un beso a Flox-corazón-de-oro. Scarlet Pimpernel, por su parte, las miró con desprecio: había sido ella la que le había quitado a Flox su invitación y ahora aquella estúpida la protegía. ¿Por qué? Con una excusa, se levantó del sofá y fue a curiosear por la casa.

—¿Y dónde está la tía Hortensia? —preguntó Tomelilla.

—Oh, olvídale... Está en casa con Devién. No os puedo decir lo que nos han gritado al salir... ¡Estaban totalmente en contra! —contó la señora Polimón.

—Pues no les faltaba razón. Ahí fuera se ha desatado el fin del mundo —le hizo eco su marido Bernie—. Los padres de Grisam están intentando achicar el agua en la Tienda de las Exquisiteces, que se ha inundado, pero les va a costar.

Tomelilla pareció muy preocupada y, disculpándose, bajó a la Habitación de los Hechizos.



... y al final la oscuridad...



—¿**A**dónde va? ¡Los niños quieren apagar las velas! —dije volando detrás de mi bruja. Tomelilla pareció no oírme: se puso la capa de los encantamientos y empezó a consultar un gran libro titulado «Magias oscuras y oscuros presagios».

—Veamos, pues. Presagios... presagios... aquí está: «¡PRESAGIOS DEL SOLSTICIO DE VERANO!» —leyó—. Capítulo primero: «PRESAGIOS IRRELEVANTES»: «Niebla purpurina», no... «Estornudo tumbador», tampoco... «Cola rizada de gato liso», no, no, estos no son... —Bajó con el dedo unas líneas y reanudó la lectura—: «PRESAGIOS ALARMANTES». ¿Estarán aquí? Veamos: «Lluvia de sol», no, nada que ver... «Dolor de muelas de bruja desdentada», tampoco... «Orejas tiesas de merluza sorda», ni hablar... tampoco son estos. Lo que me temía. Sólo me queda por leer... ¡Por todos los ogros del valle! —exclamó—. Falta precisamente el capítulo de los «TRÁGICOS PRESAGIOS». ¡Alguien ha arrancado la página!

Un trueno ensordecedor llenó el valle e hizo temblar la casa del tejado a los cimientos; un extraño viento, que había entrado por no se sabe dónde, apagó el candelabro de la habitación.

—¡Maldita tormenta! —refunfuñó Tomelilla.

Chasqueó los dedos y el candelabro volvió a encenderse. Pero justo en ese momento oímos un grito en el piso de arriba.

—¡MI NIÑA!

Subimos la escalera a toda prisa y encontramos a la señora Pimpernel desesperada.

—Mi Scarlet... se ha ido la luz y, cuando ha vuelto, ¡ya no estaba!

—¿Estás segura, Adelaida? Yo la he visto salir del salón hace unos minutos. Quizá esté arriba... —trató de consolarla Tomelilla con el sombrero de los encantamientos aún en su cabeza (con las prisas, había olvidado quitárselo)—. ¿Habéis probado a llamarla?

—¡Te digo que ha desaparecido! ¡Soy su madre y hay cosas que una madre siente! —dijo la

señora Pimpernel casi llorando.

—Niñas, vosotras id arriba a buscarla. Yo voy a mirar en el estudio y tú, Dalia, echa un vistazo en la cocina, por favor —ordenó el señor Cícero.

—Seguro que se ha perdido en este laberinto de casa, ¡pobre criatura! —gimoteó la mamá de Scarlet.

Nos dispersamos por todas las habitaciones. Los niños se tomaron la búsqueda como una caza del tesoro y se divirtieron un montón.

—Scarletita, ¿estás aquí? —preguntaban con voz petulante tocando en todo lo que encontraban, puertas, armarios, cajones, baúles. Después rompían a reír. No estaba bien, lo reconozco, pero Scarlet Pimpernel no era una niña buena y seguramente no estaba en peligro.

Al menos así lo pensamos hasta una hora después, cuando nos reunimos todos en el punto de partida sin haberla encontrado. La mujer del alcalde lloraba a lágrima viva y Dalia no sabía cómo consolarla. ¿Dónde podía estar la niña?

De pronto, Pervinca tuvo una intuición:

—¡Yo sé dónde está! —exclamó. Se arrodilló frente a la puertecita del hueco de la escalera y gritó con fuerza—: Scarlet, ¿estás ahí dentro?

—Sí, ¡ábreme enseguida! —se oyó responder desde el interior. La voz de Scarlet apenas se oía, ¡pero el tono era clarísimo!

—No puedo abrirte, has echado la llave —gritó Pervinca a su vez—. ¡Tienes que abrir tú!

—¡Qué lista eres! Si pudiese abrir desde dentro ya lo habría hecho, ¿no crees?

El deseo de Pervinca en aquel momento era dejar a la señoritinga Scarlet consumirse donde estaba hasta el invierno siguiente. Pero aquel era su escondite y había que «limpiarlo de cucarachas» sin falta.

—Gira la llave en el sentido de las manecillas del reloj, como si quisieras cerrar —explicó Pervinca—. Después quita la llave y tira de la puerta hacia ti con fuerza.

Se oyó maniobrar dentro. Tras un instante... ¡clac!, la puerta se abrió.

—Hija mía, ¿quién te ha encerrado ahí dentro? —preguntó la señora Pimpernel abrazando a su hija.

—¿Por qué tendría que haber sido alguien? —replicó molesto el señor Cícero.

Scarlet hizo una escenita: dijo que se había perdido y, cuando oyó el trueno, asustada, se había escondido allí debajo y luego no había podido salir. Vainilla y Pervinca tenían otra explicación: según ellas, aquella cotilla había metido la nariz en su guarida secreta a propósito y se había quedado encerrada. ¡Le estaba bien empleado!

... y con la oscuridad, ¡los truenos!



Fue la tarta de Tomelilla la que puso a todos de acuerdo: una tarta de nata del tamaño del timón de un buque y, deliciadelasdelicias, completamente cubierta de bayas del bosque que habían recogido las niñas. Como era costumbre en casa de los Periwinkle, los niños se colocaron alrededor de la tarta y soplaron las velas.

Dalia ofreció un pedazo a cada uno, pero cuando Pervinca dio un bocado al suyo lanzó un grito de dolor.

—¡AY! —dijo acariciándose la mejilla. Tomelilla se llevó una mano al corazón, y yo también: el último premolar de Pervinca había traspasado su encía. Las esperanzas de que nuestra Vi fuese bruja desaparecían poco a poco. Pero todavía quedaba algo de tiempo...

Otro trueno, más fuerte que el anterior, sacó a Tomelilla de sus pensamientos y casi me hizo caer de su hombro.

—¡Uy, este ha caído cerca! —dijo Dalia con una sonrisa forzada.

Su intento de aliviar la tensión no tuvo, sin embargo, mucho éxito: el viento había aumentado y puertas y ventanas se habían puesto a aullar siniestramente. La señora Pimperlé dejó escapar un sollozo de terror:

—No quisiera decirlo, pero este temporal se parece mucho a...



¡CLIC! La luz se apagó otra vez. Tomelilla chasqueó los dedos, pero no ocurrió nada. Volvió a chasquearlos, una y otra vez, pero no había nada que hacer: la luz no volvía. Para una bruja de la luz como ella, era fácil de hacer. Miró por la ventana y vio que la oscuridad se había adueñado de todo el valle.

BUM, BUM, BUM.

Se sobresaltó, nos sobresaltamos todos. Alguien estaba llamando con fuerza a la puerta.

—¿QUIÉN ES? —gritó el señor Cícero.

—¡¡ABRID!! ¡POR TODA EL AGUA DE LOS ABISMOS, DAOS PRISA, QUE ME AHOGO! —se oyó gritar.

Cícero corrió a abrir y Duff Burdock, el tío de Grisam, se desplomó literalmente en el umbral. Chorreaba agua como si el mar se le hubiera metido entre las ropas.

—¡Ahí afuera está diluviando! —dijo mientras Cícero lo ayudaba a levantarse.

—Dalia, por favor, trae ropa, Duff tiene que cambiarse o enfermará de pulmonía.

Cícero llevó al señor Burdock a la cocina y todos los seguimos.

—Ven, voy a prepararte un té bien caliente. Pero ¿se puede saber qué estabas haciendo en la calle con este tiempo de lobos? —preguntó, mientras todos se sentaban alrededor de la mesa para escuchar. Como yo era la única luz que había quedado en la casa, fui a sentarme en la lámpara del techo y me puse a escuchar también.

—Vengo del puerto, Cícero... ¡qué desastre! —contó el señor Burdock—. La tormenta ha destruido el muelle norte y la marejada ha arrancado todos los amarraderos. Varias barcas se han estrellado contra los escollos, otras se las han llevado las olas... El capitán Talbooth ha estado a punto de ser tragado también por el mar: si no hubiese sido por Gardo y Meum, lo habríamos perdido. Muchos marineros luchan todavía con el oleaje... En fin... un desastre, como os digo, un desastre.

Mamá Dalia llegó con ropa seca.

—Quizá te estén un poco estrechos, pero al menos te calentarán —dijo tendiéndole una camisa y un par de pantalones.

El señor Burdock era un mago grande como una montaña y a la ropa del señor Cícero le faltaba un palmo para quedarle bien. Si alguien lo hubiera visto en aquel momento, habría pensado que la lluvia había hecho encoger las prendas.

—Son perfectos, gracias —dijo—. Ahora debo hablar con vosotros sin falta... a solas.

Comprendí al vuelo.

—Venid, niños —dije—, vamos a jugar arriba... —Acompañé a los niños a la habitación de Vainilla y Pervinca, y el señor Cícero cerró la puerta de la cocina.

—¿De qué creéis que tienen que hablar? —preguntó Flox mientras subíamos la escalera.

—Bah, cosas aburridas de mayores... —respondió Grisam apartando este pensamiento con un gesto.

—¿Tienes todavía la araña? —preguntó el maguito a Pervinca.

—¡Claro que sí! Ahora la verás... —contestó ella corriendo arriba.

Unos meses antes, Vi había encontrado una araña minúscula y muerta de frío. La había rescatado y llevado a su habitación dentro de una caja de cartón. La arañita había decidido tejer su

tela entre los libros encima de la cama de Vi. Y ella se había puesto la mar de contenta.

—¿Vivís con una araña en la habitación? ¡Qué asco! —exclamó Scarlet deteniéndose en la puerta—. Yo no entro.

—¡Pues quédate ahí! —dijo Pervinca acercándose a la araña para enseñársela a Grisam.

—¡Chicos, cómo ha crecido! ¿Qué le dais de comer?

—Bueno, Rex come de todo, es una glotona. Le damos moscas muertas, trocitos de carne seca...

—¡Voy a vomitar! —exclamó Scarlet.

—Pero si no hace nada. Es más, seguro que tiene más miedo que tú —intervino Flox. Scarlet se arrimó a la pared y se dirigió a la cama de Babú.

—Ya estoy dentro, pero si se mueve, ¡juro que le tiro un zapato!

Babú se había quedado un poco aparte. Conocía bien a Rex y, aunque no estaba entre sus animales favoritos, la respetaba y la quería. En aquel momento, sin embargo, parecía un poco celosa de la atención que sus mejores amigos prestaban a Pervinca y su araña. Permanecía callada en un rincón, mientras Scarlet chismorreaba de esto y de lo de más allá, convencida de que Vainilla la estaba escuchando. De repente, la cotilla dijo algo que llamó la atención de Babú:

—¿Sabéis que la hija del señor Poppy es una vagabunda? Por lo menos eso dicen, y creo que es cierto... ¿La habéis visto? Una pobrecita que va por ahí con un ratón asqueroso en el hombro y un...

—¡No es ninguna pobrecita ni Mr. Berry un ratón asqueroso! —explotó Babú con la cara encendida—. Tú no sabes nada de Shirley, ¡así es que cierra el pico!

—Uy, qué susceptible eres. Déjame adivinar, ¿os habéis hecho amigas? ¡No me extraña! —prosiguió Scarlet con una odiosa sonrisita.

Babú se disponía a zurrarla.

—No le hagas caso... —dijo Grisam interponiéndose—. Sólo quiere hacerte rabiar.

—¡Ándate con ojo, Grisam Burdock! —amenazó Scarlet.

Pero Grisam ni siquiera la miró. Se metió una mano en el bolsillo y sacó algo muy pequeño...:

—Me lo he encontrado hoy, creo que es tuyo... —dijo poniendo la cosita en las manos de Babú—. Quería traértelo antes, pero con esta lluvia...

Era un resto de lapicero, pero Vainilla lo tomó como si fuera un diamante.

—¡Oh, Felí, mira, lo ha encontrado! —exclamó conmovida. Vainilla guardaba cada pluma, cada lapicero (o resto de lapicero), borrador (o resto de borrador) que hubiese «vivido», aunque sólo hubiera sido unos minutos, en su estuche. «Todos juntos forman una familia», decía convencida. «No puedo perder nada». Le gustaba que al final del día cada cosa estuviera en su sitio: las bicicletas en la cochera, la ropa seca guardada, la familia de las plumas en el estuche, los animales en su guarida, los pajaritos en el nido y sus objetos cerca de ella. Si alguien o algo se quedaba a la intemperie, si oía ladrar a un perro o una camiseta había salido volando, se atormentaba toda la noche. Y por la mañana, mamá Dalia y yo teníamos que emprender la búsqueda.

Grisam no habría podido hacerle un regalo más bonito. Babú lo abrazó y el ambiente se serenó

en la habitación. Entre Rex y todos los juguetes de las niñas, los niños se olvidaron de la tormenta y de los serios asuntos de los mayores.

Pero yo no...

Incluso desde el piso de arriba podía oír lo que decían en la cocina, y lo que escuchaba me hacía estremecer.



Los trágicos presagios



—**P**uede que me equivoque, claro... sólo es una suposición... —decía el señor Burdock—, pero las señales... ¡son las mismas!

—¡Otro igual! —exclamó mamá Dalia—. ¿Pero qué os ocurre hoy? Tomelilla murmura cosas raras desde esta mañana y...

Los señores Pimpernel balbucieron algo que no oí, en cambio el señor Burdock se exaltó:

—¡Entonces tú también lo sospechas! —dijo volviéndose a Tomelilla—. ¡Menos mal! Creía que era el único. Todo el mundo me dice que sólo es una tormenta, pero yo creo que...

Dalia perdió los estribos.

—¿Piensas QUÉ? ¿Se puede saber qué os ronda por la cabeza hoy?

—Deja que hable, tesoro... siéntate... —intervino el señor Cícero. En aquel momento, Duff Burdock sacó una hoja, o al menos eso intuí, porque oí a Tomelilla gritar—: ¡LA PÁGINA DE MI LIBRO! ¡LA HAS ARRANCADO TÚ!

—Pero Lila, ¿es que no te acuerdas? —respondió sorprendido el mago, (Había llamado a Tomelilla por su verdadero nombre, y esto sólo sucedía en las situaciones graves). Me la diste tú aquel día para que yo también aprendiese a reconocer las señales cuando llegara el momento...

Oí a Tomelilla mascullar algo como «Sí, disculpa... lo había olvidado...».

—Fuiste la primera en interpretar esas señales y dar la alarma... —continuó Duff—. Pero nadie quiso escucharte. Y ocurrió lo que ocurrió. Pues bien, si he venido aquí es para deciros que no tenemos que repetir el error de entonces, porque en mi opinión se trata precisamente de lo mismo. Me temo que... bueno, ¡que el Terrible 21 ha vuelto!

Al oír esas palabras, el alcalde estuvo a punto de caerse de la silla. Sé que fue él porque oí exclamar a la señora Pimpernel:

—PANCRACIO ¿PERO ES QUE NO PUEDES ESTARTE QUIETO?

Todos los demás, en cambio, enmudecieron.

El Terrible 21... No hablaban de él desde hacía mucho tiempo. Nadie aludía jamás, si podía evitarlo, a aquel dramático 21 de junio en que Él había vuelto para apoderarse del valle.

Dalia recordó de pronto que Tomelilla había estado suspirando durante toda la mañana y empezó a balbucir:

—El... el hipo de Prímula...

—¡Exacto! ¡Ha sido la primera señal! —dijo el señor Burdock—. Pensadlo, ¿no parecían truenos sus hipidos? Sus poderes de bruja percibieron la tormenta y quisieron avisarnos. Igual que sucedió entonces, ¿os acordáis?

—Y la lengua del ratón de los Poppy... —añadió Dalia.

—¡Está azul! —confirmó Duff.

Pero el señor Cícero protestó, incluso él conocía la pasión golosa de Mr. Berry.

—Eso no significa gran cosa —dijo—. En otro tiempo, ese ratoncito sí que era un indicio fiable de peligro, pero desde que Shirley le permite comer azucarillos de arándano, su lengua está más a menudo azul que rosa.

—Es verdad —intervino Tomelilla—, ¡pero desde hace unos días Mr. Berry no hace más que enseñarle la lengua a todos! Hasta Malva la ha visto. Por eso ha salido a comprar hilo de coser.

—Y esta tormenta, que ninguna magia consigue aplacar... —añadió finalmente el señor Burdock mirando a Tomelilla a los ojos.

Durante unos instantes no se oyó más que el ruido de la tormenta. Después habló el señor Polimón.

—Admitamos que tenéis razón, ¿qué podemos hacer?

—¡Debemos reunir a la Suma Asamblea de los Mágicos! —anunció Tomelilla.

—Yo también lo había pensado, pero ¿cómo hacemos para convocarla con tanta prisa? ¿Y dónde? —se preguntó Duff.

—Si es verdad lo que tememos, a medianoche en punto habrá dejado de llover; será la calma antes de la segunda tormenta. Nos encontraremos a las doce y cuarto en el Bosque-que-canta. Si estuviéramos equivocados y pasada la medianoche sigue lloviendo, nos iremos tan tranquilos a dormir. Os aconsejo que no digáis nada a las niñas —concluyó Tomelilla.

—De acuerdo. ¿Y cómo avisamos a los demás miembros de la Asamblea? —estaba claro que Duff Burdock no se ofrecía voluntario.

—Podríamos mandar a Felí —propuso Tomelilla.

¡¡Vaya idea!! Una renacuaja luminosa como yo arrojada a aquella tormenta. Ni hablar: volé hasta el bolsillo de Babú y dije:

—Si alguien viene en mi busca, ¡no me habéis visto!

—No, no lo conseguiría, el viento la arrastraría —observó mamá Dalia.

Solté un suspiro de alivio.

—¡El Telégrafo de las Hadas! Siempre ha funcionado —exclamó entonces Tomelilla.

Era una idea mucho más razonable. Salí del bolsillo de Vainilla y cuando los vi llegar...

—¡Estoy lista! —anuncié, orgullosa de tener una misión tan importante.



Subí con Tomelilla y Duff Burdock a la torreta mientras todos los demás volvían abajo.

—¿Quién será la primera receptora? —preguntó el señor Burdock.

—Devién, el hada de los Polimón —respondí.

El telégrafo de las Hadas



Me acerqué a la ventana y empecé a hacer señales con mi lucecita. Sin embargo, los cristales estaban cubiertos de lluvia y apenas podía ver mi reflejo.

Lo intenté durante una hora, pero Devién no contestaba.

—Me temo que es inútil —dije desanimada—, con toda esta agua no me ve.

—Sigue transmitiendo, Felí, no te rindas —me incitaron los demás con la nariz pegada a los cristales.

Hice señales luminosas durante otra hora, pero sin ningún resultado. De repente, justo cuando habíamos decidido abandonar, me pareció ver brillar algo en la lejanía.

—¡Es Devién! —exclamé.

—¡Transmite, Felí, rápido!

Urgente:

A todos los sabios de la SAM:

Reunión extraordinaria en el Bosque-que-canta a las doce y cuarto.

Venid sólo si no llueve.

Firmado L. T. y D. B.

La lluvia entorpecía la comunicación y tuve que repetir el mensaje varias veces para que Devién entendiera todo. Pero al final:

—Lo ha recibido —dije exhausta—. Ahora sólo nos queda esperar.

Devién transmitió a su vez el mensaje a Lolaflor, el hada de los Blossom. Lolaflor hizo señales a Pic, Pic a Tedemí, Tedemí a Talosén y así sucesivamente, de casa a invernadero, de invernadero a torreta, de torreta a terraza...

Lenta pero tenazmente, el mensaje atravesó la lluvia iluminando el valle de Verdellano. Hasta que...:

—¡Mirad —dijo el señor Burdock—, Devién está transmitiendo de nuevo!

Volé a la ventana: una luz larga, dos cortas, un destello, luego otro...

—¡Ha llegado! —traduje—. ¡Todos los sabios han recibido el mensaje!

El Telégrafo de las Hadas había funcionado y el señor Burdock me felicitó. Después añadió:

—Por favor, da las gracias de nuestra parte a... —citó completos todos los nombres de las hadas. Para vosotros, quiero recordar los de las haditas que todavía hoy conservo en mi corazón:

Docesutilessoplosdeviento, conocida como Devién.

Velolaflorqueflorecerá, llamada Lolaflor.

Paratitraigocuatro pétalos en el corazón, para todos Talosén.

Enlospulgarespicorsiento, o bien Pic.

Me acordaré de ti acuérdate de mí, para nosotros Tedemí.

Eran haditas luminosas como yo y provenían de reinos lejanos. Pequeñas y todo, con su valor contribuyeron a hacer la historia de Fairy Oak.

El Terrible 21



El 21 de junio tenía que ser el día más largo del año y en cambio, se había convertido en noche. ¡Y qué noche!

El cielo negro había descendido amenazante sobre las casas; las nubes rugían y se contorsionaban como dragones enfurecidos y lanzaban rayos, viento y granizo a todas partes. Sobre el pueblo, oscuro y desolado, se abatían cortinas de agua.

Refugiados en la cocina, grandes y pequeños estaban sentados alrededor de la mesa y observaban desconsolados el viejo reloj que colgaba en la pared. Yo había vuelto a mi puesto encima de la lámpara. ¿Cuánto duraría aquel pandemónium?

—En seguida pasará, ya veréis... —decía Dalia de vez en cuando, pero ni siquiera ella se lo creía, y además era preferible que la lluvia no amainara. Si la tormenta cesaba a medianoche, eso significaba que Duff y Tomelilla tenían razón, que el Terrible 21 había vuelto, ¡esta vez para quedarse!

El fragor de los truenos hacía temblar la casa y los niños tenían miedo de alejarse de sus padres, aunque sólo fuera para llenar un vaso de agua.

—Voy a buscarlo yo —dijo mamá Dalia levantándose. Pero, de pronto, una ventana se abrió violentamente a su espalda, el viento me hizo caer en la jarra de barro y la oscuridad invadió la habitación. Cícero y el señor Burdock se levantaron para cerrar los batientes, pero el viento era demasiado fuerte y la ventana se abrió de nuevo.

—¡SACAD A FELÍ DE ESA JARRA! —gritó Cícero—. ¡Necesitamos luz! —Él y el señor Burdock intentaban mantener cerrada la ventana apoyándose con todo su peso, pero era inútil: por grandes y fuertes que fueran, la tormenta lo era más. Además, la lluvia había mojado el suelo y los dos hombres se resbalaban.

—¡A lo mejor con una tabla y clavos...! —gritó Duff.

—Quizá, ¡pero hace falta que alguien vaya por ellos! —respondió Cícero completamente empapado.

¿Pero quién? El miedo se había adueñado del ánimo de todos y nadie se sentía capaz de salir.

—¡Voy yo! —exclamó el alcalde (ganándose el reconocimiento de tres familias de un solo golpe).

—¡Tú no te mueves de aquí, Pancracio! —le ordenó su mujer aferrándolo por una manga. El señor Pimperl se zarandeó para soltarse y se encaminó a tientas hacia la puerta.

No llegó a alcanzarla.

El ensordecedor ruido de un trueno lo paralizó a los tres pasos. La puerta de entrada se abrió ante él y una figura oscura, chorreando agua y terror, se abalanzó hacia él gritando:

—¡HA ATRAPADO A LAS BRUJAS, HA ATRAPADO A DOS DE NOSOTRAS!

Tomelilla reconoció a Hortensia Polimón. Estaba envuelta en su capa y temblaba de miedo. El alcalde la sujetó antes de que cayera al suelo.

—¿Quién, quién las ha atrapado? —le preguntó, pero Hortensia parecía no oír. Pronunciaba frases inconexas y le faltaba el aliento. Después dijo dos nombres: Hiedra Dhella y Fragaria Fres. Contó a duras penas que las había visto por los aires arrastradas hacia el monte Adum.

—La Roca de Arrochar... —susurró Tomelilla. Fue lo único que logró decir, porque todas las puertas y ventanas de la casa cedieron al tiempo ante la furia de la tormenta y un viento furibundo irrumpió en nuestra casa trayendo consigo lo peor que había cosechado a su furioso paso. Zarzas, espinas, hojas de cardo, setas venenosas, barro, escarabajos y hasta peces parecían seguirlo como enloquecidos, azotando, pinchando, arañando, mordiendo y devastándolo todo.

—¡¡ESTÁ AQUÍ!! —gritó Hortensia antes de desmayarse bajo la mesa.

Fue el gran revuelo, y el terror.

Los escarabajos asaltaron a la señora Pimperl: primero le cubrieron los pies, luego empezaron a trepar por sus piernas.



—¡¡QUITÁDMELOS DE ENCIMA!! —gritaba aterrada mientras su marido intentaba librarla de ellos. Al otro lado de la habitación, mientras, una ola de barro y gusanos sumergió a Duff Burdock, que casi se ahoga. Por suerte, Cícero logró limpiarle la boca y el mago pudo pronunciar el encantamiento que lo transformó en un horrible monstruo comebarro.

En ese momento oí gritar a Babú.

Un enjambre de espinas iba derecho hacia ella y hacia Flox. Volé a socorrerlas, pero el viento me arrojó lejos. Cuando me recobré, vi a Devién junto a Flox. Había llegado a todo volar y estaba defendiendo a su niña, mientras que Babú tenía ya algunas espinas clavadas en las piernas. Sentí mi corazón en un puño. Pero ella, en vez de rendirse, luchaba. ¡Y luchaba como una bruja! A golpe de hechizo convertía las espinas todavía en el aire en pétalos y plumas, mientras que tía Hortensia, desde debajo de la mesa, hacía marchitar las que escapaban a la magia de Babú.

De repente me llegó un olor a quemado.

El rapto de Pervinca



Miré alrededor y vi que las grandes cortinas del salón estaban ardiendo.
—¡FUEGO, FUEGO! —gritó Grisam, pero dos gruesos peces lo abofetearon y los otros iniciaron que resbalara entre las llamas. El humo inundó la habitación. No veía nada y empecé a estornudar. Estornudé ciento veintiséis veces y... apagué el incendio (¡es un encantamiento que sólo sabemos hacer nosotras las hadas!).

—¡GRMM! —fue la felicitación del señor Burdock. Los señores Polimón corrieron a ayudar al niño: tenía toda la ropa chamuscada y estaba tiznado, pero se encontraba bien. Solté un suspiro de alivio, esperando que el peligro hubiese pasado. Pero:

—¡SOCORRO! —gritó mamá Dalia—. ¡TOMELILLA ESTÁ EN PELIGRO!

Aprovechando el humo, unas setas venenosas habían atacado a mi bruja y ahora intentaban entrar en su boca.

—¡Manténla cerrada, manténla cerrada! —le gritaba Dalia al tiempo que, con Cícero, trataba de quitárselas de encima. Un torbellino de hojas de cardo envolvió a la bruja pinchándola y arañándola, ¡querían que abriera la boca para gritar!



—¡No grites, Tomelilla, no grites! ¡Nosotros te ayudamos! —habían acudido también los Polimón pero cada acción suya resultaba inútil. Con enorme esfuerzo, Tomelilla consiguió liberar un brazo de las hojas que la cubrían y con un gesto mágico transformó su boca en una flor. ¡Ahora ya no podía gritar! Setas y hojas cayeron repentinamente al suelo. Rápidamente, mamá Dalia las barrió a la calle con la escoba.

Sólo entonces se fijaron en Pervinca. El viento la estaba arrastrando fuera, por la ventana, envuelta en ramas de zarza.

También la vio Duff: tragó el último pegote de barro y corrió hacia ella. Todos juntos la agarramos por las piernas.

—¡Sujétala, Duff, no la sueltes! —gritaba Tomelilla. Pero las zarzas nos azotaban las manos y el viento tiraba del otro lado con toda su fuerza. Parecía un terrible juego de la soga y, en medio, Pervinca lloraba y se revolvía para soltarse, pero cuanto más se debatía, más la arañaban las espinas.

—No te muevas, tesoro, dentro de poco estarás libre... —le gritó Tomelilla para tranquilizarla. Pero justo en ese momento un tirón más fuerte que los demás nos la arrebató de las manos. Nos precipitamos fuera de la casa.

—¡EL VIENTO SOPLA HACIA EL MONTE ADUM, ALLÍ SE LA ESTÁ LLEVANDO ! —gritó Duff Burdock. Tomelilla trató de alzar el vuelo, pero el mago la detuvo:

—Espera, no sabemos qué es lo que hay tras esa muralla de nubes, podría ser una trampa y sólo somos tres —dijo.

Vimos con horror alejarse a Pervinca y desaparecer entre las nubes. Ágil, Tomelilla lanzó entonces un conjuro hacia los árboles vecinos y ordenó:

Busquen en el cielo
vuestrós largos brazos
a aquella cuyo rastro perdimos.

Con aquellas palabras, las ramas más altas de los árboles se prolongaron hacia el cielo y empezaron a rebuscar entre las nubes negras. Las mirábamos moverse hacia el norte y el sur, el este y el oeste, y con el corazón en la boca esperamos verlas descender con nuestra Vi.

Pero las ramas volvían a su sitio, una tras otra, vacías. Pronto los árboles recuperaron su forma habitual.

Tomelilla no se dio por vencida:

—¡No es posible! DEBE de estar ahí, en alguna parte. ¡Rápido, a la Torre!

Corriendo como locos, llegamos a la Torre del Ayuntamiento Viejo. Era una vieja construcción, altísima e inclinada.

—¡PONTE DERECHA, ASÍ SERÁS MÁS ALTA! —le ordenó Tomelilla.

Entre espantosos crujidos, la Torre se enderezó y subimos por los viejos peldaños escurridizos. Cuando llegamos a la cima, escrutamos el cielo en busca de Pervinca aferrados a las almenas de la Torre. Pero solamente veíamos nubes, lluvia y relámpagos a nuestro alrededor.

En un intento desesperado, Tomelilla lanzó un conjuro de luz hacia la tormenta: las nubes se iluminaron como si fuera de día y, como biombos de seda, dejaron entrever lo que escondían. Pervinca estaba justo encima de nosotros. La masa de zarzas todavía la envolvía y ella lloraba y gritaba.

Tomelilla trató entonces de hablarle al viento:

Cordones de zarza, del viento las manos,
que infligís dolor y pánico tanto,
la que raptáis es una niña,
jamás culpable de ser brujita.
Vuestro amo cometió un error,
sólo atento a devastar y causar terror.

Algo centelleó de repente entre las zarzas. Pervinca desapareció y del ovillo de púas salió una minúscula criatura. La veíamos con dificultad, pues la lluvia y las nubes difuminaban su figura y a veces la hacían invisible a nuestros ojos. Entonces, en silencio y conteniendo la respiración, esperamos verla reaparecer...

—¡Ahí, ahí! —gritamos felices. Pero volvía a perderse de vista. Volaba en nuestra dirección, pero le costaba mucho y parecía agotada.

—¡VOY A AYUDARLA! —grité lanzándome a la tormenta.

—¡FELÍ, NO...! —Tomelilla intentó detenerme, pero era tarde, ya estaba volando.

No oía ni veía nada, y el viento jugaba conmigo como con una mosca, pero mis antenitas me guiaban hacia ella. En seguida la tuve delante de mis ojos:

—¡SÍGUEME! —le grité con toda mi voz. Me volví para regresar a la Torre y me encontré de nuevo con la tormenta en contra—. Ánimo, pequeñas... —susurré—, ¡demostradle al viento de qué son capaces las alas de un hada!

Bajé la cabeza y puse rumbo hacia la única luz que veía, Tomelilla. Aleteo tras aleteo, metro tras metro, empapadas y cansadas a más no poder, avanzamos hacia la salvación. Hasta que logré distinguir el rostro de mi bruja y sus brazos tendidos hacia nosotras.

—Estamos a salvo —resoplé cayendo exhausta en las manos del señor Burdock. Tomelilla tomó al vuelo a la pequeña criatura y sólo en ese momento se dio cuenta

de que era un abejorro azul.

—¡Oh, Felí, qué has hecho! ¡Gracias, gracias, hadita mía! — exclamó la bruja llenándome de besos—. Y tú, mi adorado Duff..., has salvado a mi Vi con tu encantamiento...

—¿Yo? Yo no he hecho nada. Tú le has hablado al viento, ¡creía que había sido cosa tuya! —repuso sorprendido el señor Burdock.

—Oh, vamos, sabes bien que yo no puedo hacer ciertas transformaciones... —exclamó Tomelilla entreabriendo otra vez la palma para observar al pequeño bicho. Lo miró durante un largo, larguísimo instante, y cuando cerró la mano sus ojos estaban llenos de lágrimas—: Ha sido ella... —dijo conmovida—. Lo ha hecho sola, Duff... Es una bruja, pero... ¡una Bruja de la Oscuridad!

Nos quedamos sin palabras. La más estupefacta era Tomelilla. Y tenía sus motivos... ¡Pervinca, una Bruja de la Oscuridad! ¿Cómo es que no se había dado cuenta? Esa niña había sido distinta desde su nacimiento: el color de su pelo, la mirada inquieta y rebelde, su familiaridad con la noche, su determinación, su pasión por los animales que normalmente asustan, las arañas, los búhos... De golpe, todo adquiría sentido. Pero, al mismo tiempo, daba miedo. Con el Terrible 21 acechando, no era, desde luego, un buen momento para convertirse en una criatura mágica de la oscuridad.

Mientras bajaba de la Torre, miré los tejados de Fairy Oak: la lluvia los había vuelto relucientes y en algunos de ellos se reflejaban las estrellas. Tal como había previsto Tomelilla, la tempestad se estaba calmando. A medianoche en punto, el Terrible 21 se habría alejado, pero únicamente para recargar sus fuerzas de nueva y destructiva energía. La calma antes de la próxima tormenta.

El señor Burdock sostenía en sus brazos a Pervinca, de nuevo niña.

—¡Santo cielo, está toda arañada! —susurró Dalia corriendo hacia nosotros. El señor Cícero fue a buscar la pomada de consuelda para untársela en las heridas, mientras que Babú acariciaba la frente de su hermana.

—¡Para nosotros es más que suficiente! —dijo el alcalde—. Discúlpennos, pero no estamos acostumbrados a este infierno. Den nuestra enhorabuena a Pervinca —y tras decir esto, él, su mujer y su hija se marcharon, más destrozados que a su llegada.

—Se recobrará, ¿verdad? —preguntó Grisam preocupado. Desde que habíamos vuelto, estaba sentado en el brazo del sofá junto a Pervinca y no se había movido.

—Sí, no temas —contestó mama Dalia—. ¿Ves?, ya abre los ojos...

—¿Qué... qué ha pasado? —preguntó Pervinca con un hilo de voz.

—El viento. Quería llevarte con él, pero tía Tomelilla y Duff te han salvado —le explicó Babú. Habría querido contarle todo, pero Tomelilla dijo que era mejor irse a dormir y dejar las explicaciones para el día siguiente.

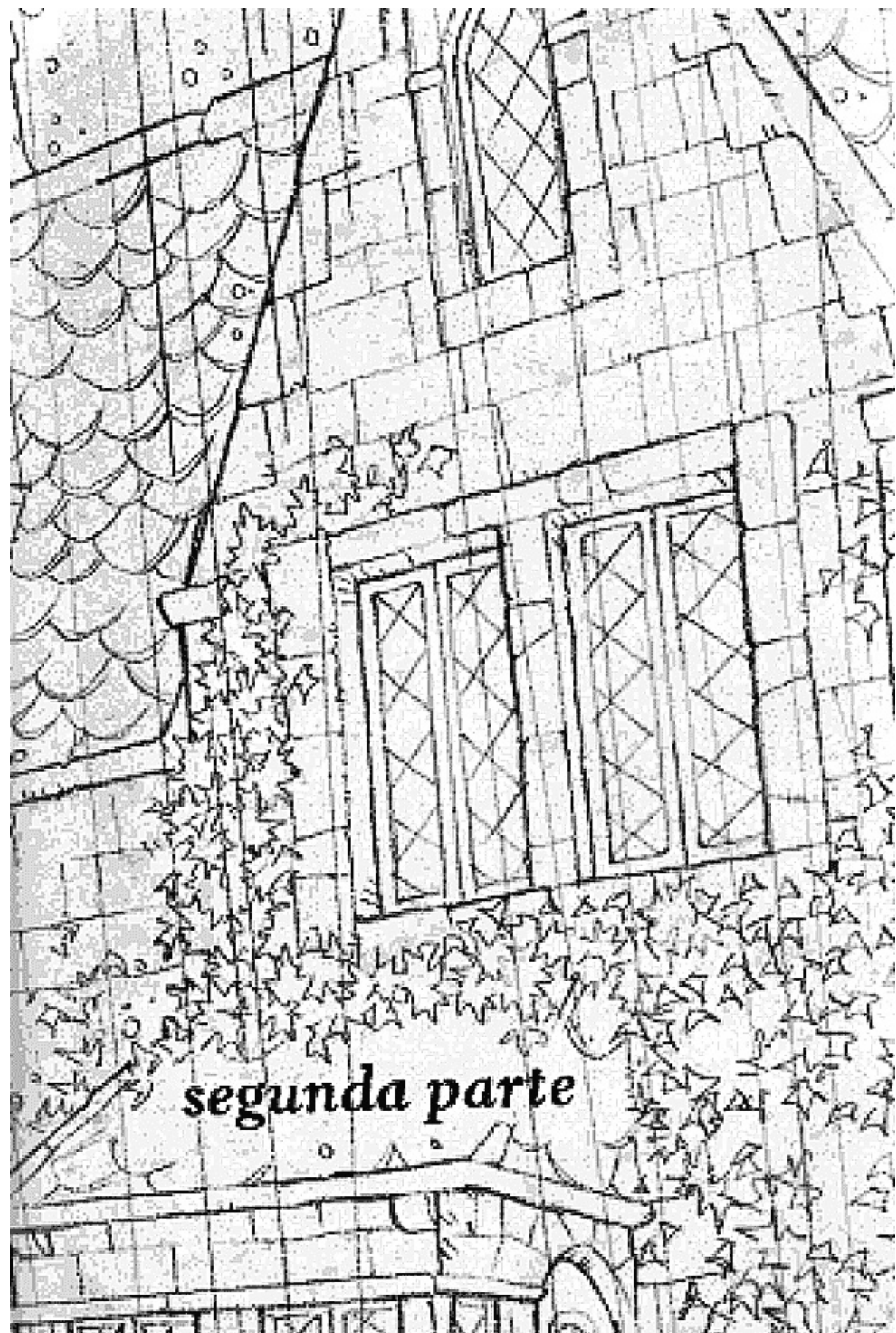
—Casi es medianoche y todos estamos cansados. Ven, Grisam —dijo el señor Burdock pasándole un brazo por los hombros—. Mañana vendremos a ver cómo está Pervinca.

Cuando todos se fueron, Tomelilla fue a sentarse junto a Pervinca e invitó a los demás a hacer



lo mismo.

—Esta noche han ocurrido muchas cosas —dijo— y, aunque es cierto que estamos muy cansados, ahora que nos hemos quedado solos quiero daros algunas explicaciones. Empezaré por el principio...



segunda parte



El tiempo de las brujas



Dalia, Vainilla, Pervinca y el señor Cícero se sentaron alrededor de la tía, mientras que yo me acurruqué entre los pliegues de su chal.

A la luz del fuego que crepitaba en la chimenea, Tomelilla contó la historia de la familia. Recordó a los antepasados brujas y magos, y explicó cómo se transmitían desde siempre los poderes mágicos. Citó el Código Familiar Brujeril y dijo que también Dalia había sido bruja, pero que un día renunció a sus poderes para vivir una vida como sinmagia junto al señor Cícero. En ese instante, él alzó los ojos al cielo: «¡Menos mal!», pareció decir. Las niñas, en cambio, escuchaban extasiadas. «¡¿Mamá, una bruja?!».

Tomelilla prosiguió, pero su tono se volvió más serio.

—En cuanto a esta tarde, tenemos una terrible sospecha, pero antes de hablaros de ella es importante que haga dos anuncios oficiales... —tomó las manos de Babú y, con voz solemne, confirmó lo que todos habíamos intuido—: Vainilla, tú eres una Bruja de la Luz —dijo—. Las Brujas de la Luz tienen el poder de crear. Pueden hacer aparecer lo que no hay, pero no hacer desaparecer. Saben transformar lo feo en bonito y lo bonito en maravilloso. Y nunca al revés. Podrás hacer nacer, pero no causar la muerte. Tú sabes curar y no herir. ¡Eres Luz!

Babú permaneció callada y al señor Cícero debió de metérsele algo en un ojo, aunque yo juraría que estaba llorando.

Después, Tomelilla se volvió hacia Pervinca. Y la sorpresa fue grande para todos.

—Sí, tesoro, tú también eres bruja —dijo—. Una bruja rara y poderosa, la primera así en nuestra familia. Pervinca, ¡tú eres una Bruja de la Oscuridad!

Al oír esas palabras, faltó poco para que Dalia y Cícero se cayeran del sofá. Pervinca trató de retirarse, pero Tomelilla la retuvo.

—¡Escúchame! —dijo con una voz increíblemente dulce—. Lo que has oído de las Brujas de

la Oscuridad, las cosas malas que sabes de ellas, las sabes por las leyendas que circulan desde siempre sobre estas criaturas. Leyendas, precisamente, pues pocos pueden decir que conozcan la verdad sobre los Mágicos de la Oscuridad. Lo que yo sé, y tienes que creerme, es que son criaturas poderosas y muy bellas. Dominan ritos y encantamientos desconocidos para las Brujas de la Luz, ven por la noche, detrás de las cosas, dentro de las personas. Llegan adónde nosotros no vemos, van adónde nosotros no podemos. Sus poderes son grandes e imprevisibles. Alimentados por la rabia y el miedo, se manifiestan cuando todo parece perdido. Tendría que haberlo comprendido, tendría que haber interpretado tu comportamiento. Sin embargo, he permitido que te pusieras en peligro y que tú sola ejercieras tu magia desesperada.

Pervinca bajó los ojos. He aquí por qué nunca había tenido miedo de la oscuridad y ni siquiera temía los truenos, los «tambores de las nubes», como los llamaba. Para ella eran el ritmo con que la naturaleza pautaba las estaciones.

—¿Quién me ha raptado?

—Todavía no estoy segura del todo... Me temo que el Enemigo de antaño haya vuelto para desquitarse.

—¿Quién es? ¿Por qué es nuestro enemigo? —intervino Babú.

—Porque odia la paz y la serenidad, tesoro mío, lucha contra la belleza y la armonía. Es enemigo de la justicia y de la tolerancia, no soporta la alegría ni la felicidad. Adónde quiera que va, lleva el miedo, la tristeza, la destrucción...

—¿Qué aspecto tiene? ¿Lo has visto, Pervinca? —preguntó Babú a su hermana. Pervinca movió la cabeza.

—No tiene rostro —explicó Tomelilla—. Cada vez que llega, esperamos que sólo sea una tormenta y nos cuesta reconocerlo. Luego... las hojas se secan prematuramente en los árboles, la lluvia arrasa las cosechas, las ramas nos azotan al pasar... y entonces es demasiado tarde. Hace ciento veintiún años algunos de nosotros desaparecieron raptados por el viento y las olas del mar, antes de que el pueblo de Fairy Oak aceptara el hecho de que el Terrible 21 había vuelto.

—¿El Terrible 21? ¿Ese es su nombre? Qué extraño...

—Así lo llamaron nuestros antepasados, porque el 21 es un número clave en la manera de actuar de nuestro enemigo: elige siempre la tarde del Solsticio de verano para desencadenar el primer ataque y los asaltos más terroríficos llegan después de las nueve de la noche.

Todo aquello era una novedad incluso para mí, y no una buena nueva.

—¿Cómo habéis logrado vencerlo hasta ahora? —pregunté un poco alarmada.

—Como otros antes que nosotros... —contestó Tomelilla—. Combatiendo unidos, usando toda la magia que poseemos y con la ayuda de Roble, que siempre ha sido nuestro aliado. ¿Sabéis quién nos ayudó a ganar la última batalla?

—No, ¿quién?

—Precisamente los Magos de la Oscuridad.

—¿De verdad?, ¿y cómo? —preguntó Pervinca.

—Simularon unirse al enemigo: los transformaron a todos en monstruos horribles y al valle en un páramo desnudo y desolado. Al no encontrar ya nada hermoso que

destruir, el Terrible 21 se marchó.

—¿Y por qué ha vuelto? —preguntó Babú.

—Se habrá enterado del engaño, supongo.

—Entonces estará enfadado sobre todo con los Mágicos de la Oscuridad... —exclamó Pervinca—. Por eso me ha raptado...

—Te ha raptado porque eres una bruja, Vi, y ahora basta de preguntas. Conformaos con las explicaciones que os he dado, han sido demasiadas... —cortó tajante la tía, decidida a no revelar más sobre los peligros que aquel oscuro enemigo representaba para la pequeña Vi. Sí, sobre todo para ella.



El Reglamento mágico



Pervinca no cejaba.

—¿Qué es la Roca de Arrochar? —preguntó, recordando que su tía había mencionado ese nombre a propósito de las dos brujas raptadas.

—¡Nada que debas saber ahora! —dijo Tomelilla—. Sabed, en cambio, que mañana empezarán las clases de magia. Tendréis que estudiar y aplicaros, y yo seré vuestra maestra.

Las niñas aplaudieron entusiasmadas.

—Y como todos saben, seré muy severa y exigente.

Las niñas dejaron de aplaudir.

—Me gustaría que leyerais esto hoy...

Tomelilla les entregó un rollo de pergamino. Era «El Reglamento Mágico».

—¿... Son las reglas de las brujas? —preguntó Babú perpleja—. ¡Cuántas son!

—Ahora tengo que irme —dijo finalmente la tía dando un beso a las niñas.

—¿Irte? ¿A dónde? Es de noche... ¡y llueve! —exclamó Babú, a la que no le gustaba nada la idea de que su tía saliera a aquellas horas y con aquel tiempo.

—Puedo asegurarte, Vainilla, que dentro de poco ya no lloverá y que pronto estaré de vuelta —la tranquilizó Tomelilla.

Cuando mamá Dalia subió para darles el beso de buenas noches, yo aproveché para ir a despedir a mi bruja.

—¿No podría ir con usted? —dije.



—Eres muy amable, Felí, pero prefiero que te quedes con las niñas. No debes perder nunca de vista a Pervinca, ¿entiendes?

El reloj de la chimenea dio las doce y yo suspiré:

—Es la primera vez que nos saltamos la Hora del Cuento.

—Tienes razón, pero... mira afuera...

—¡Ha dejado de llover! —exclamé.

—Habrá calma durante un rato. Tengo que aprovecharlo para encontrarme con los demás sabios y ver si los Poppy están bien. Babú se pondrá contenta. Ahora vuelve con ellas, Felí.

Tomelilla se puso su capa negra y la vi desaparecer en la oscuridad.

Cuando subí, encontré a las niñas inmersas en la lectura del Reglamento Mágico.

—Va a ser duro —suspiró Babú.

—Pero ¿de qué sirven los poderes si aquí dice que no se pueden utilizar? —Pervinca parecía un poco desilusionada.

—Estas reglas las escribieron hace mucho tiempo un Sinmagia y un Mágico para que sus pueblos vivieran en paz y serenidad. Quien no las respete se meterá en problemas. Por eso cumplid siempre las reglas. Y usad los poderes sólo cuando sea necesario, y siempre con buen fin. Babú, da un beso a Pervinca en la herida que tiene en la mejilla, así mañana por la mañana descubrirá lo que quiere decir el reglamento —expliqué con una sonrisa—. Y ahora, ¡a la cama!

—No podemos dormir, Felí, ¡estamos demasiado nerviosas! —protestaron—. Por favor, ¡cuéntanos una historia!

Me sabía muchas, pero aquella vez decidí contar una historia real.

—Está bien —dije—. Os contaré la historia del nombre de Vainilla...

La espera de Felí



Cuando las niñas se durmieron, fui hasta la ventana y esperé la vuelta de Tomelilla. La luna había recuperado su lugar en el cielo y velaba el pueblo como las luces de las hadas venen y apaciguan el sueño de los niños.

Pensé de nuevo en mi reino: ¡llevaba tanto tiempo sin volver! ¿Estarían bien mis compañeras? A esa hora, las hadas descansaban en las grandes flores de los magnolios o sobre las blandas hojas de los nenúfares, acunadas por la respiración de la laguna... ¡Cómo me habría gustado estar allí con ellas! Sólo para descansar un poco, porque era feliz en el pueblo y no deseaba marcharme. Había conocido a nuevas haditas, amigas sinceras y fieles, y de todas había aprendido algo. Incluso de Pic, aquella testaruda de Pic.

Era la más joven del grupo, una hadita alegre y simpática a la que le encantaba reír por puro placer. Pero era también muy susceptible, y nos divertíamos tomándole el pelo.

—Pic, ¿nos dices otra vez tu nombre entero? —le preguntábamos de vez en cuando.

—¡Enlospulgaespicsorsiento! —respondía impaciente, y nosotras estallábamos en risas. Era el nombre de hada más extraño que habíamos oído nunca—. Si leyeráis más, sabríais que se trata de una cita famosa —refunfuñaba—. Y además, tengo un problema más grave que mi nombre, ¡y vosotras no me ayudáis nada!

—Oh, Pic, ¿todavía con esa historia? —le decíamos sin parar de reír.

—Ya verás cómo se te pasa...

Pic tenía miedo a volar. Un miedo terrible. Así que, fuera donde fuera, ¡iba a pie!

Nosotras estábamos acostumbradas a verla andar, pero para ella era distinto.

—¿Sabes cuál es la frase que más oigo gritar en casa? —nos repetía siempre—: «¡TENED CUIDADO DE NO APLASTAR A PIC!»». Esa cucaracha de Pic...

—Eso último seguro que lo has añadido tú, nadie te llama así.

—Está bien, no me llaman cucaracha, pero es igual de humillante.

—Pic, lo dicen por tu bien, eres tan diminuta que es difícil verte...

—Y además, mira el lado positivo: andando se conoce a gente interesante.

—¿Ah, sí, como a quién?

—Bueno, últimamente se ven unos sapitos muy majos por ahí...

Era más fuerte que nosotras, no lográbamos tomarnos en serio el problema de Pic y a veces nuestras bromas conseguían hacerla reír. Otras veces, en cambio, Pic sacudía la cabeza, daba una patada a una piedra e iba a sentarse aparte. En esos casos intervenía Devién, la única que lograba consolarla. Para ello, le contaba esta historia.

—Pic —decía—, ¿sabes que los avispones no tendrían que poder volar? Sus alas son demasiado pequeñas para levantar su peso. Y sin embargo vuelan. Enlospulgaespicsiento, tú sabes volar, lo que pasa es que no crees que puedas hacerlo. ¡Y nunca haces ejercicio!

Pic salía de estas charlas con Devién alegre como una abeja con un traje de miel. Y durante algunos días la veíamos tirarse desde escalones, alféizares, ramas, incluso desde tejados.

—Desde abajo no tomo bastante impulso, tengo que saltar desde lo alto —opinaba.

Al poco tiempo, llegaba hasta nosotras con hinchazones por los golpes, ¡parecía un cojín de plumas!

—¿Andamos un rato? —nos preguntaba.

—¡Será un placer! —respondíamos a coro.

Caminamos mucho con Pic y vimos cosas que, desde arriba, volando, ni siquiera imaginas, como la hierba que nace, o la naricita de las hormigas y los granos de oro de la arena. Y también algún que otro sapillo encantador.

De Pic aprendí a volar bajo de vez en cuando.

Hadas en la niebla



Estaba pensando en lo afortunada que había sido conociendo a esas haditas, y a Tomelilla y Pervinca y Vainilla y toda la familia Periwinkle y sus amables amigos, cuando la luz de la luna desapareció de pronto.

Un cúmulo de niebla pasó frente a la ventana. Me asomé y, con gran estupor, descubrí que el pueblo estaba envuelto en la bruma. ¿En aquella época del año? Era muy extraño. En muy poco tiempo, el cielo, las montañas, el valle, las casas... todo desapareció. Desde detrás de los cristales veía la colada tendida: oscilaba como un fantasma y daba miedo.

Miraba atónita aquel mundo espectral cuando...

¡BANG!

... Algo golpeó el cristal justo delante de mi nariz.

—¡AHH! —grité. Y del susto caí volando del alféizar.

—Soy yo, Felí, ¡Devién! —sentí susurrar.

Suspiré de alivio.

—Te ruego, Docesutilessoplosdeviento, que no aparezcas así en estos días «extraños» — protesté mientras salía a encontrarme con ella.

—¡Eres una miedica!

—No, no es cierto... Bueno, ¿tienes noticias de las brujas?

—No.

—¿Crees que ha pasado algo?

—No creo. Estoy aquí fuera desde hace ya unas horas y no he visto resplandores de batalla ni relámpagos de encantamientos en el horizonte, es una buena señal.

Había tenido el mismo pensamiento, pero oírsele decir a Devién me animó: era el hada más sabia que había conocido nunca. Estar con ella en aquellos momentos me tranquilizaba, había una

atmósfera tan especial...

—Parece un lugar hechizado —susurré mirando a mi alrededor.

—¡Lo es! —respondió Devién.

—Sí, pero las brujas de Fairy Oak son buenas. Lo que quiero decir es que de repente todo es... tétrico.

—Sólo es la niebla —comentó con calma Devién—. Sólo la niebla...

Sí, pero los magos de la Suma Asamblea, mientras tanto, no volvían y el alba se acercaba. Los pájaros estaban callados y las gaviotas, normalmente parlanchinas a esa hora, permanecían mudas. Un Sinmagia habría dicho que se podía oír «la respiración de un hada». Y yo oía la respiración de Devién mientras miraba moverse la niebla sinuosamente a nuestro alrededor.

Entonces percibí a lo lejos tres pequeños resplandores que volaban en nuestra dirección.

—Son Tedemí, Lolaflor y Talosén —exclamé feliz—. A lo mejor traen noticias...

—No, no sabemos nada, todavía no han vuelto —anunció Talosén, que me había oído. También ellas estaban preocupadas.

—¿Dónde está Pic? —pregunté, notando que sólo faltaba ella de nuestro

grupo.

—No lo sabemos, hemos pasado por su casa, pero no estaba.

—¡Estoy aquí! —oímos gritar entonces.

—¿Dónde es «aquí»? ¡No te vemos!

—Ya voy, ya voy... ¡Uf! Es que desde el suelo no se ve nada... Llevo andando dos horas y me he perdido tres veces. ¡Ay!

—¿Qué ha pasado?

—¡He chocado con una babosa! ¡Todos estos bichos han salido a beber!

Oímos un ruidito junto a nosotras y repentinamente las antenas de Pic aparecieron en medio de la niebla. Esa gordinflona se había encaramado al vallado de nuestro jardín.

—Veo que estamos todas en el mismo barco —dijo sentándose exhausta—. Y bien, ¿hay novedades? —estaba empapada y muerta de frío.

—Por desgracia, no... —respondí mientras le frotaba las manos para calentarla.

—No os lo voy a ocultar, chicas, estoy preocupada... —confesó Pic tendiéndome sus pies helados.

—¡A quién se lo vas a decir! —corroboró Lolaflor—. Hacedme caso, ¡están en peligro! —dijo Tedemí, la «optimista» del grupo.

Devién nos hizo callar a todas:

—¿Queréis guardar silencio un momento? —interrumpió con voz firme—, ¿es que creéis que los Mágicos de la Suma Asamblea se han reunido para organizar la fiesta de las calabazas? Más bien estarán estudiando un plan para defender al pueblo del Terrible 21, y son decisiones que llevan su tiempo. Así que calmaos.



Devién no siempre tenía razón, pero sabía ser convincente.

Esperamos en silencio un buen rato, hasta que:

—¡Eh, mirad, son ellos! —exclamó Lolaflor indicando una fila de lamparitas que brillaban en la niebla.

Nos alzamos en vuelo: una columna de sombras oscuras caminaba silenciosa hacia nosotras. Algunos de ellos, los Magos de la Luz, llevaban las linternas nocturnas.

—¿Están todos? ¿Podéis verlos? —preguntó Pic desde la valla.

—Me parece que sí... —respondí entrecerrando los ojos para ver mejor—, Hortensia sí, es ella, y detrás... el señor Burdock. Luego... ahí está mi Tomelilla. Y aquel debe de ser Meum McDale. Luego siguen Cardo Pitlochry, Liliium Martagon, Butomus Rush, Tulipa Oban, Matricaria Blossom, Magnolia Drowner, Alcanfora Luke... y tu bruja Verbena. ¿La ves, Lolaflor? No falta ninguno. Andan lentamente, parecen cansados.

Esperamos en silencio y, cuando los Mágicos estuvieron lo bastante cerca, oímos a Lala Tomelilla preguntar sorprendida:

—¿Qué hacen estas hadas aquí fuera a estas horas?

Una llegada inesperada



Entramos en casa, Tomelilla delante y yo detrás.

—No tendrías que haber salido, Felí —me regañó apenas estuvimos dentro—.
¿Cuántas veces tengo que decirte que no quiero que salgas sola después del anochecer?

«¡Pero es que estaba inquieta!», tendría que haber respondido. En cambio, callé y ella continuó:

—Son tiempos oscuros y peligrosos, incluso para vosotras las hadas luminosas. No quiero ni imaginar cómo me sentiría si te ocurriera algo... Prométeme que no lo volverás a hacer, Felí, por lo menos sin mi permiso. ¡Prométemelo!

—Lo prometo —susurré.

Entramos en el invernadero y Tomelilla cerró la puerta detrás de nosotras. Aún iba envuelta en su capa y su manera de actuar era misteriosa.

—¿Las niñas duermen?

—Sí... —dije sin levantar los ojos.

—Creo que podríamos despertarlas. Estoy segura de que cuando vean lo que tengo aquí se pondrán contentas de dejar la cama... —algo se movió bajo la capa de Tomelilla y un instante después asomó...

—¡Shirley Poppy!

—Sí. Esta pequeña espía y su ratón se las han arreglado para escuchar detrás de un árbol lo que se decía en la Asamblea antes de que yo los descubriera. Y cuando se han enterado de que Vainilla y Pervinca son brujas, han querido venir conmigo a toda costa —explicó Tomelilla.

Shirley sonrió y me observó con sus grandes ojos negros.

—Tú debes de ser Felí —dijo acercándose a mí—. ¡Qué bonita eres! Tus cabellos son como... ¡gotas de rocío! Y tu vestidito... ¡una nube de luz! Eres el ser más bonito que he visto nunca.

—Gracias —respondí ruborizándome—. He oído hablar mucho de ti, ¿sabes? Y también de Mr. Berry —dije estrechándole la patita al ratón. Mr. Berry me enseñó la lengua—. Lo sé, sé que estamos en peligro —le agradecí—. ¿Tenéis hambre?

—Claro que tendrán hambre —respondió por ellos Tomelilla—. El papá de Shirley ha dicho que anoche no pudieron cenar a causa de la tormenta, así que, por favor, ve a despertar a las gemelas y diles que bajen... —no había terminado la frase cuando la puerta se abrió.

—¡Ya estamos aquí! —exclamaron Babú y Pervinca entrando en el invernadero. Venían en pijama y despeinadas aún de la cama.

—Os hemos oído entrar y...

—¡No sé cómo no me lo he imaginado! —suspiró Tomelilla.

Las niñas se abrazaron.

—Qué contentas estamos de verte, Shirley, ¿estás bien? ¿El Terrible 21 también ha ido a tu casa? —Shirley hizo un gesto de sí con la cabeza y Mr. Berry sacó la lengua—. Tienes razón, ratoncito, el peligro ronda por aquí —dijo Vainilla haciéndole una caricia. Mr. Berry se comió un azucarillo de arándano.

—Id a vestiros —ordenó Lala Tomelilla—, mientras nosotros preparamos una tarta y café con leche para todos. Después, sin perder más tiempo, empezaremos la primera lección de magia.

Electrizadas por la emoción, las niñas salieron corriendo por las escaleras hacia su habitación.

—¡Qué domingo más apasionante! —exclamó Babú volando hacia el baño. Pervinca puso los ojos en blanco.

—¡EH! ¿Cómo lo has hecho?

—¿El qué?

—¡Volar! ¿Quién te ha enseñado?

—Nadie. ¿Por qué?, ¿tú no vuelas?

—Yo... no lo sé, creo que nunca lo he intentado.

—Pues inténtalo ahora. Venga, un vulecito hasta el armario. Es fácil... —la invitó Babú. Pervinca cerró los ojos y dio un saltito.

—No, no, ¡no es así! —dijo Vainilla riendo—. Prueba a pensar que eres una mariposa, o una libélula, o un colibrí...

—Me es más fácil pensar en un búho, un cuervo o un avispon.

—Da igual con tal de que sea un animal que vuele. Bien... tú te pones a caminar así por la habitación, ¿vale? Luego piensas: «¡Soy un búho!», o un cuervo, o lo que tú quieras. Y dices: «¡No peso y puedo elevarme!», y vuelas. ¡Venga! «¡No peso y me elevo!» ... ¡prueba!

Pervinca fue hasta el rincón más alejado de la habitación, abrió los brazos como un halcón y empezó a correr hacia el armario.

—¡No peso y me elevo! —gritó. Por suerte, Babú consiguió detenerla justo antes de que se estrellara contra las puertas.

—Debes de haber hecho algo mal —dijo recomponiendo a su hermana—. Tal vez no te has concentrado bastante...

—O quizá las Brujas de la Oscuridad tienen una técnica de vuelo distinta de la de las Brujas de

la Luz —intervine yo—. Y como no lo sabemos, sugiero que Pervinca pida consejo a tía Tomelilla antes de volver a intentarlo. Ahora vestíos, el desayuno estará ya listo y Shirley esperándoos.

Hablé con tono alegre y desenfadado para que Vi no se tomara demasiado en serio aquel primer y pequeño fracaso. Pero el rubor de sus mejillas traicionaba su orgullo herido.

Sin embargo, nada más abrir el armario la expresión de su rostro cambió:

—¡EH, MIRAD! —exclamó.

Colgados y listos para que se los pusieran había dos flamantes vestidos nuevos.

—Serán el uniforme para las lecciones de magia.

—¡Son iguales! —dijo Babú tomando el que llevaba su nombre—. ¡Qué raros!

Volé alrededor de los vestidos y noté que estaban confeccionados con una tela gruesa y pesada que yo ya había visto, aunque en otro color. La del uniforme de las niñas era negra como las plumas de un cuervo. Un gran bolsillo rodeaba la falda y de él asomaba una varita. Había un cartelito pegado que decía «¡NO TOCAR!».

—¡Y tan raros! —rezongó Pervinca.

Las niñas se pusieron los vestidos y se abotonaron la una a la otra los botones de la espalda. Estaban muy graciosas.

Pervinca tuvo el impulso de agarrar la varita.

—No, no —dije yo deteniéndola a tiempo—. Es un instrumento delicado, espera a tía Tomelilla.

Ella frunció el ceño y hurgó en los bolsillitos de la pechera.

—¡Hay una nota! —dijo—. Parece la letra de la tía. Dice:

¡Sois las mejores! Acabáis de vestiros con el uniforme de las aprendices de bruja. En el primer cajón de la derecha encontraréis el resto.

—¡Guau, ahora somos *aprendices de bruja!*

Siguiendo la indicación de la nota, Vainilla abrió el cajón del armario y encontró dos pares de calcetines nuevos y dos cojines redondos de raso negro.

—Parecen calcetines normales, aunque son tan verdes como nuestro prado... —comentó.

—Será porque han sido tejidos con las flores de nuestro prado... —repuso Pervinca poniéndose el primer calcetín.

—¿Y esto qué será? —Vainilla observó perpleja uno de los dos cojines. Estaba ligeramente relleno y era, más o menos, como su cabeza de ancho. Lo miró de arriba abajo sin comprender para qué servía—. Bueno, llevémoslo con nosotras, la tía nos lo explicará —dijo al fin, metiéndose el cojín en el gran bolsillo.

Mientras bajábamos la escalera, noté que Pervinca tenía una expresión decepcionada.

—¿Qué te sucede? —pregunté.

—Oh, no es nada... Sólo que esperaba algo más. Creía que tendríamos vestidos hasta los pies con grandes capas y gorros puntiagudos, varitas de plata y una escoba voladora. Me habría venido

bien, puesto que soy incapaz de volar. La noche del Solsticio, las brujas de Fairy Oak se vistieron así...

—La noche del Solsticio ya ha pasado —traté de explicarle—, y tú eres bruja desde hace sólo doce horas, debes tener paciencia. Veo que tus heridas se han curado.

—Sí, y ya le he dado las gracias a Babú, si es lo que querías saber.

—¿Por qué estás enfadada conmigo, Vi?

—No estoy enfadada contigo, Felí, es que estoy harta de tener que esperar siempre para todo.

Si al menos esa paciencia de la que tanto habláis tuviera un buen sabor...

Entramos en la cocina y, para nuestra sorpresa, encontramos a Shirley vestida como las gemelas. Sin embargo, sus calcetines eran distintos: en vez de flores del jardín, estaban hechos con hierbas y flores del campo. En la cabeza llevaba un espléndido sombrero en punta y Pervinca me lo hizo notar.

—¡Ya era hora! —exclamó Tomelilla—. Empezábamos a preocuparnos. Tomaos el desayuno y tened cuidado de no mancharos el uniforme nuevo. Veo que habéis encontrado todo... —dijo con una sonrisa que daba a entender lo bien que conocía la curiosidad de sus sobrinas—. Pero ¿dónde están vuestros sombreros?

—No hemos encontrado ningún sombrero, precisamente le estaba diciendo a Felí que...

—¿No habéis encontrado los sombreros?

—No, en el cajón sólo estaban los calcetines y dos extraños cojines...

—Claro, ¡los sombreros!

Babú y Pervinca sacaron los dos objetos negros que habían encontrado en el cajón y se los enseñaron a su tía.

—Exacto, esos. ¡Ponéoslos!

Las niñas se miraron dubitativas y lentamente se pusieron los cojines encima de la cabeza.

—Yo creo que se están burlando de nosotras —murmuró Pervinca.

No había terminado de hablar cuando... ¡BOING! Su cojín se abrió y Un espléndido sombrero de bruja se desplegó sobre su cabeza. Lo mismo le ocurrió a Vainilla.

—¡Los sombreros! —confirmó Tomelilla—. Cuando os los quitéis, se replegarán solos.

Diez minutos después bajamos a la Habitación de los Hechizos.

Más allá de la oscuridad



A las niñas les estaba prohibido entrar en la Habitación de los Hechizos y siempre habían respetado esta regla. No por obediencia, claro, sino porque había que recorrer un largo pasillo oscuro para llegar hasta ella y Vainilla y Pervinca siempre lo habían definido como «una aventura imposible».

Si hubieran tenido sólo un poco más de valor, habrían descubierto que aquel pasillo escondía un secreto. Había que dar veinte pasos en la oscuridad antes de descubrirlo, pero ese breve momento de miedo era luego recompensado con un espectáculo maravilloso: al dar el vigésimo paso, las paredes de roca se iluminaban. Miles y miles de lamparitas ocultas entre las piedras se encendían al pasar, iluminando el camino hasta la Habitación.

A la mitad, el pasillo torcía y el techo se volvía gradualmente más bajo hacia una puertecita de madera. Era preciso agacharse para pasar, y por supuesto quitarse el sombrero, pero una vez dentro, los recién llegados se hallaban en una habitación grandiosa.

La luz temblorosa de un gran candelabro colgado del techo no dejaba percibir inmediatamente las dimensiones reales de la habitación. En el centro, un macizo escritorio de nogal se erigía como una isla en un mar de objetos indefinidos, amontonados por los magos y las brujas de la familia en el curso de los siglos. Nadie había tirado nunca nada: redes de pescar, cuerdas de amarre, velas endurecidas por la sal, canastas de mil formas y hermosos rostros pintados sobre telas ahora ennegrecidas reposaban entre pilas de libros de magia y grandes calderos negros.

Junto al escritorio, encima de un atril, estaba el sombrero de bruja de Tomelilla, y detrás, en los anaqueles, libros de todo género: novelas de aventuras, cuentos, leyendas, recetarios, biografías y atlas de los reinos mágicos, mis preferidos. Allí estaban, entre las redomas y los alambiques. De vez en cuando, Tomelilla elegía uno y me lo leía frente a la chimenea.

En efecto, en la habitación había una gran chimenea. A ambos lados del hogar, muchos años

antes, la tía de Tomelilla había colocado dos cómodas banquetas en las que nos sentábamos a charlar o leer al calor de los troncos que ardían en el centro. Por encima de las banquetas, los manojos de hierbas colgados para fumigar difundían un cálido perfume a especias que impregnaba toda la habitación. Y al rato, ¡también a nosotras! Por eso Tomelilla se cambiaba de ropa antes de bajar: se ponía un pesado vestido de yute, similar al que había regalado a las niñas pero color ceniza.

De un gigantesco arcón que había junto a la chimenea asomaba lo que Tomelilla llamaba «el Archivo»: carpetas llenas de apuntes, estudios de magia, viejos cuadernos, documentos familiares, álbumes fotográficos, pergaminos, certificados de honores y algunos de sus muchos premios. Tomelilla no los miraba desde hacía años, y cuando tenía necesidad de alguno, metía un brazo en el arcón y hurgaba a ciegas.

Como los libros de magia nunca eran devueltos a su sitio, los estantes de las paredes tenían muchos huecos. Sólo algunos viejos calderos y ciertas horribles jaulitas de aspecto tetrotriste se disputaban las telarañas con sus moradoras. No se usaban desde hacía mucho tiempo, porque la magia moderna había encontrado ingredientes alternativos a la piel de sapo y extravagancias así. A mí me daban mucho miedo y me mantenía a distancia.



No era nada fácil introducir pupitres escolares en aquella confusión. Tomelilla y yo habíamos tenido que trabajar un día entero. En la vieja pizarra habíamos apuntado las tareas:

- Bajar las pilas de libros para acercarlas al escritorio
- Ordenar el arcón, cerrarlo y poner encima los retratos
- Limpiar el escritorio
- Colocar plumas, borradores, cuadernos, compases, tinteros, sellos y frasquitos de polvos mágicos en los cajones de la derecha
- Meter los ingredientes para los hechizos en el armarito de la izquierda

Después de un día entero de trabajo y una vez tachadas, una a una, todas las tareas, en medio de aquel mar de objetos había aparecido una pequeña aula.

—¡Hemos hecho un gran trabajo! ¿Qué dices tú, Felí? —manifestó Tomelilla muy satisfecha, con los ojos en forma de estrella.

—¡Creo que sí! Sólo falta el toque final...

¡El instrumental de magia!



Cuando por fin las niñas entraron en el pasillo, sentí mis alas palpar de emoción. ¿Qué dirían de la Habitación de los Hechizos? ¿Sería como la habían imaginado tantas veces? ¿Sabrían apreciarla?

Nos adentramos en la oscuridad y Vainilla empezó a temblar.

—Tía Tomelilla, ¿podrías encender una luz, por favor? —preguntó con un hilito de voz.

—Ssss... mira... —respondió ella.

... Diecisiete... dieciocho... diecinueve... Al paso número veinte, el secreto del pasillo se desveló ante sus ojos.

—Ooooh... —exclamaron a coro las niñas.

Deslumbradas por el espectáculo de las lamparillas, perdieron todo temor y avanzaron trotando hacia la Habitación.

Cuando ando llegamos a la puertecita, Tomelilla ordenó a todos los sombreros que se plegaran. Después se agachó y entró la primera.

—¡Guau! Así que esta es la famosa Habitación de los Hechizos —exclamó Pervinca con una sonrisa de satisfacción—. ¡Me gusta!

—Pero si ni siquiera tiene ventana... —comentó Babú un poco preocupada. Miré a Tomelilla y me pareció disgustada por aquella observación.

—Vuestros antepasados excavaron esta habitación en la roca para que estuviera a resguardo de los ojos indiscretos, por eso no hay ventanas —dijo, casi excusándose—. Pero podemos encender más velas si quieres.

—Oh, es una habitación muy bonita —precisó Vainilla mirando a su alrededor—, pero creo que preferiría el invernadero.

—¿Tendremos que hacer deberes, leer y escribir? —preguntó Shirley visiblemente nerviosa.

—Tendréis que aprender a ser brujas —respondió Tomelilla con gentileza.

—Pero sólo somos tres, ¿quién se sentará en los demás sitios? —preguntó Vainilla acercándose a los pupitres. En cada uno había un nombre escrito—: ¡Flox Polimón!... ¡Grisam Burdock!... Vainilla Periwinkle: ¡este es el mío! ¿Significa que también van a venir ellos a nuestras clases, Tomelilla?

—Sí, exacto. No a todas, pero algunas veces también vendrán ellos.

—¿Y cómo es que ya hay libros sobre el pupitre de Flox?

—PORQUE HOY ES UNA DE ESAS VECES, ¡BRUJITA BOBALICONA, QUE ESO ES LO QUE ERES! —exclamó Flox Polimón irrumpiendo de un salto en la habitación.

—¡FLOX!

—Yo en persona, con sombrero y uniforme. ¿Estoy guapa?

—Pareces un mirlo debajo de un paraguas —declaró Pervinca sentándose en su sitio. Tomelilla levantó los ojos al cielo, pero Flox no se alteró, estaba acostumbrada al sarcasmo de Vi.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Babú.

—Me ha acompañado tía Hortensia. ¡Tú debes de ser Shirley «Misteriosa» Poppy! Por fin te conozco. ¡Hola! —Flox estrechó la mano a la niña de cabello pelirrojo con tanta energía que Mr. Berry se cayó de su hombro.

Flox se inclinó para agarrarlo.

—¡Mirad vuestros calcetines! —comentó—. Alguna vez podríamos intercambiárnoslos...

—¡Ni lo sueñes! —intervino Tomelilla saltando sobre su silla—. ¡Esas son las medias de Botánica! Sirven para mimetizarse cuando vayáis a buscar flores en vuestro prado. Es muy importante no molestar con vuestra presencia a las lombrices, las mariquitas, las abejas y las mariposas. Por eso cada una de vosotras lleva calcetines tejidos con las flores de su propio jardín, o campo, o lo que sea...

Se levantó y con una varita indicó el tercer tema de la pizarra:

Encantamientos 1:

INGREDIENTES BÁSICOS Y APROVISIONAMIENTO.

Después prosiguió:

—Las criaturas que acabo de mencionar son muy valiosas para las plantas. Por eso, al hacer los deberes en casa llevaréis puestas las medias. Ahora, por favor, que todas las aprendices ocupen su sitio, vamos a empezar.

Las niñas se sentaron en sus pupitres.

—¿No va a venir nadie más? —preguntó aún Babú.

—Hoy no, querida. Hoy no —la tranquilizó su tía mientras abría el libro de clase.

Babú dejó escapar un suspiro. Si había venido Flox, ¿no era justo esperar que viniera también Grisam?

Tomelilla pidió a las niñas que observaran con atención los objetos que tenían en sus pupitres:

- Tres libros, uno para cada asignatura de ese día
- Muselina limpia
- Un frasquito de vidrio oscuro
- Un par de tijeritas
- Guantes de jardinería
- Dos cuadernos, uno de rayas y otro cuadriculado
- Un lapicero
- Saquitos de tela de distintos colores y tamaños
- Una red
- Un metro para medir
- Una maletita roja con asa y bandolera
- Una caja sellada.

LECCIÓN NÚMERO 1

* Magia 1:

El Mágico Reglamento de las Brujas

Art. 1:

Se prohíbe a magos y brujas usar sus poderes mágicos para interferir en asuntos humanos si no es con el debido permiso por escrito o en caso de probada necesidad, y sólo con buenos fines.

Art. 1/bis:

Se prohíbe a magos y brujas menores de 25 años usar sus poderes mágicos en la escuela o para alterar el normal desarrollo de la actividad escolar.

Art. 1/tris:

Se prohíbe a magos y brujas menores de 18 años realizar encantamientos de transformación en seres humanos, sean Mágicos o Sinmagia.

* Geografía 1:

Los confines del valle y las zonas prohibidas

* Encantamientos 1:

Ingredientes básicos y aprovisionamiento

Sorpresas buenas y malas



—¿Qué hay aquí dentro? —preguntó Flox sacudiendo con fuerza su caja.
—¡Supongo que ahora será un regalo roto! —suspiró Tomelilla. Flox cortó el cordoncito y abrió la caja.
—No hay ningún regalo, sólo una nota.
En ella se leía:

Imaginando lo que harías con la caja,
he trasladado el regalo de Tomelilla a tu habitación.
Te lo daré cuando regreses a casa.
Tu tía Hortensia.

—Vaya, qué pena —se lamentó Flox.

—En cambio, ¡en la mía hay una brújula! —dijo Vainilla—. Pero no es como la del capitán Talbooth —comentó girando entre las manos el pequeño objeto de oro—. No tiene puntos cardinales, ¡sólo un cuadrante!

—Así es. ¿Y puedes leer lo que hay escrito debajo del cuadrante? —preguntó Tomelilla.

—Sí, dice: «El lugar adecuado en el momento adecuado»... ¿Qué significa?

—Significa que a su debido momento podrás elegir entre seguir la dirección que indique el cuadrante, que seguramente será la mejor, o bien tomar tu propia decisión.

—¡Oh, el cuadrante ha desaparecido! —exclamó Babú.

—¡Buena señal! Estás, sin ninguna duda, «en el lugar adecuado en el momento adecuado» —dijo Tomelilla, congratulándose casi consigo misma—. Y esto es todo lo que debes saber de tu brújula. Ahora te toca a ti, Shirley. ¿No abres tu caja?

Después de dudarlo un momento, Shirley Poppy abrió su regalo: al levantar la tapa se ruborizó hasta las orejas.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Vainilla picada por la curiosidad. Mr. Berry, que se había asomado para verlo, perdió el equilibrio y resbaló hasta el bolsillo de su ama.

—Bueno, ¿qué es? —la acució Flox. Pero Shirley parecía no oírlas.

Después, como hipnotizada, sacó el misterioso objeto...

—¡Por todos los dragones del reino! ¡Una pluma de oca! Pensé que habría un dinosaurio en esa caja —comentó Pervinca con su habitual sarcasmo.

—¡No es una pluma de oca, señorita! —puntualizó Tomelilla—. Es una pluma de búho real. Del Rey de los búhos reales, para ser precisos. ¡Es rarísima! Pruébala, Shirley, no te dejes impresionar...

Shirley ni se movió, sino que siguió mirando petrificada la blanca pluma que tenía en la mano. Tomelilla le habló de nuevo.

—Mójala en la tinta y traza algunas líneas en la hoja, así verás qué bien escribe.

Lentamente, Shirley abrió uno de sus cuadernos, mojó apenas la pluma en el tintero y, conteniendo la respiración, dibujó un hermoso búho.

—Gracias, funciona muy bien —dijo devolviendo a toda prisa el objeto a la bonita caja de madera—. Nunca había tenido una pluma...

Pervinca sacudió la cabeza desconcertada. Después pensó en su regalo y...

—¡Estupendo, a mí me ha tocado una brújula rota! —exclamó.

—¿Estás completamente segura? —preguntó Tomelilla—. Déjame ver.

—Es parecida a la de Babú, pero el cuadrante es todo negro y no se ve nada...

Tomelilla sonrió.

—No está rota —dijo—. Es que es demasiado pronto. Pruébala de nuevo esta noche, cuando el sol se haya puesto...

—¿Quieres decir que esta brújula sólo funciona en la oscuridad? —preguntó Pervinca.

—Quiero decir que si la miras esta noche, cuando estén saliendo las estrellas, te llevarás una sorpresa.

—En otras palabras, que tengo que esperar —exclamó Vi volviendo a su pupitre y dejándose caer en la silla—. ¡Vaya novedad! Tengo que esperar para volar, esperar para usar la varita mágica, esperar para la sorpresa...

—¿Qué varita mágica? —exclamó Tomelilla maravillada—. ¿De qué estás hablando?

—La que hemos encontrado en el bolsillo del uniforme y que «no podemos tocar» —respondió Pervinca irónicamente.

—¿Me la enseñas, por favor? No, mejor espera, no la toques..., ya voy yo.

Tomelilla rodeó el escritorio y se acercó a Pervinca. Observó con cautela el objeto que

asomaba del bolsillo y después, en voz baja, profirió unas palabras mágicas. La varita vibró, se alzó en el aire y fue a posarse en el pupitre de la niña.

—Yo no tengo nada que ver con esto —dijo Tomelilla muy seria—. ¿Quién más ha encontrado un objeto así?

Babú levantó la mano. De nuevo, Tomelilla profirió las palabras mágicas y la varita de Vainilla se posó en el pupitre junto a la otra. Pasaron unos instantes de silencio durante los cuales Tomelilla estudió los dos intrigantes objetos.

—Las brujas y los magos de Verdellano no usamos varitas mágicas... —dijo al fin—. Nuestros poderes están dentro de nosotros. Evidentemente, quien las ha metido en vuestros vestidos no lo sabía.

—¿Quiere decir que alguien ha entrado en la habitación de las niñas... ESTA NOCHE? —exclamé yo—. ¡OH, HADASTÚPIDA, HADASTÚPIDA, HADASTÚPIDA! ¡ESTUPIDÍSIMAHADAS-TÚPIDA! LA CULPA ES MÍA, MÍA, MÍA... —grité volando hacia un lado y otro, furiosa conmigo misma.

Había dejado a las niñas solas y alguien lo había aprovechado.

—¡Estúpida, estúpida, estúpida!

—¡Déjalo ya, Felí! ¡Y detente! No es culpa de nadie. Probablemente habría ocurrido de todas formas —dijo Tomelilla—. Ahora, lo importante es saber quién. Quién y por qué ha metido estas varitas ahí. Venga, cálmate.

La indulgencia de mi bruja me hizo sentir peor incluso. Había sucedido algo tan grave, que mi estupidez pasaba a segundo plano. ¡Y había ocurrido por mi culpa! Me hundí en un negro estado de ánimo y fui a esconderme en el bolsillo de Vainilla.

—Si la intención era la de hacernos daño —preguntó Pervinca—, ¿por qué esa nota de «No TOCAR»?

—Porque no hay como decir a un niño que no toque algo para que le entren ganas de hacerlo —contestó Tomelilla volviendo con paso decidido al escritorio—. Sea quien sea quien lo haya hecho, conoce muy bien a los niños... Y esto nos lleva directamente al tema «Zonas prohibidas del valle».

—¿Existen lugares prohibidos en estas tierras? —preguntó asombrada Pervinca—. Interesante...

—¡Lo que hay que oír! —farfullé desde el bolsillo.

—Precisamente, así que no te hagas la graciosa, mocosa —la regañó su tía—. Probablemente, si hubieras tocado esa varita habrías sido transformada en un monstruo, ¡o algo peor! Así, sabed que, si vais a alguna de las zonas prohibidas, ponéis en peligro vuestra vida. La Roca de Arrochar... ¿querías saber algo de ella, verdad, Pervinca? Pues bien, es el lugar más peligroso. Allí lleva el Terrible 21 a sus prisioneros e intenta por todos los medios plegarlos a su voluntad. Quien acepta aliarse con él, vuelve con distinto aspecto al pueblo para sembrar cizaña y causar problemas.

—¿Y quién no acepta? —preguntó Shirley tímidamente.

—Quien no acepta... Bueno, de esto hablaremos en otra ocasión. Ahora recordad bien estas

zonas: número 1, la Roca: ¡no os acerquéis a ella por ningún motivo! Número 2, los jardines del viejo Ayuntamiento: no entréis nunca. Número 3, el viejo cementerio celta: manteneos alejadas...

—Lo habría hecho de todas formas —comentó Babú.

—... Número 4, el faro de Aberdur: desde este momento, prohibido acercarse a él. Número 5, la playa de Arran: no podéis ir allí después de la puesta del sol —concluyó Tomelilla.

—Pero los cangrejos salen por la noche —se quejó Vainilla—. ¿Cómo voy a hacer para darles de comer? Me esperan...

—Lo siento, Vainilla, pero desde ahora esas zonas son de alto riesgo. Ahora marchaos. Continuaréis la lección de botánica en el jardín de los perfumes de los Burdock. Felí os acompañará. Yo tengo que enterarme sin falta de qué son estas varitas. ¡Del Reglamento Mágico hablaremos otro día!



Mientras las niñas ordenaban sus cosas en la maletita roja, Tomelilla me hizo una seña para que me acercara.

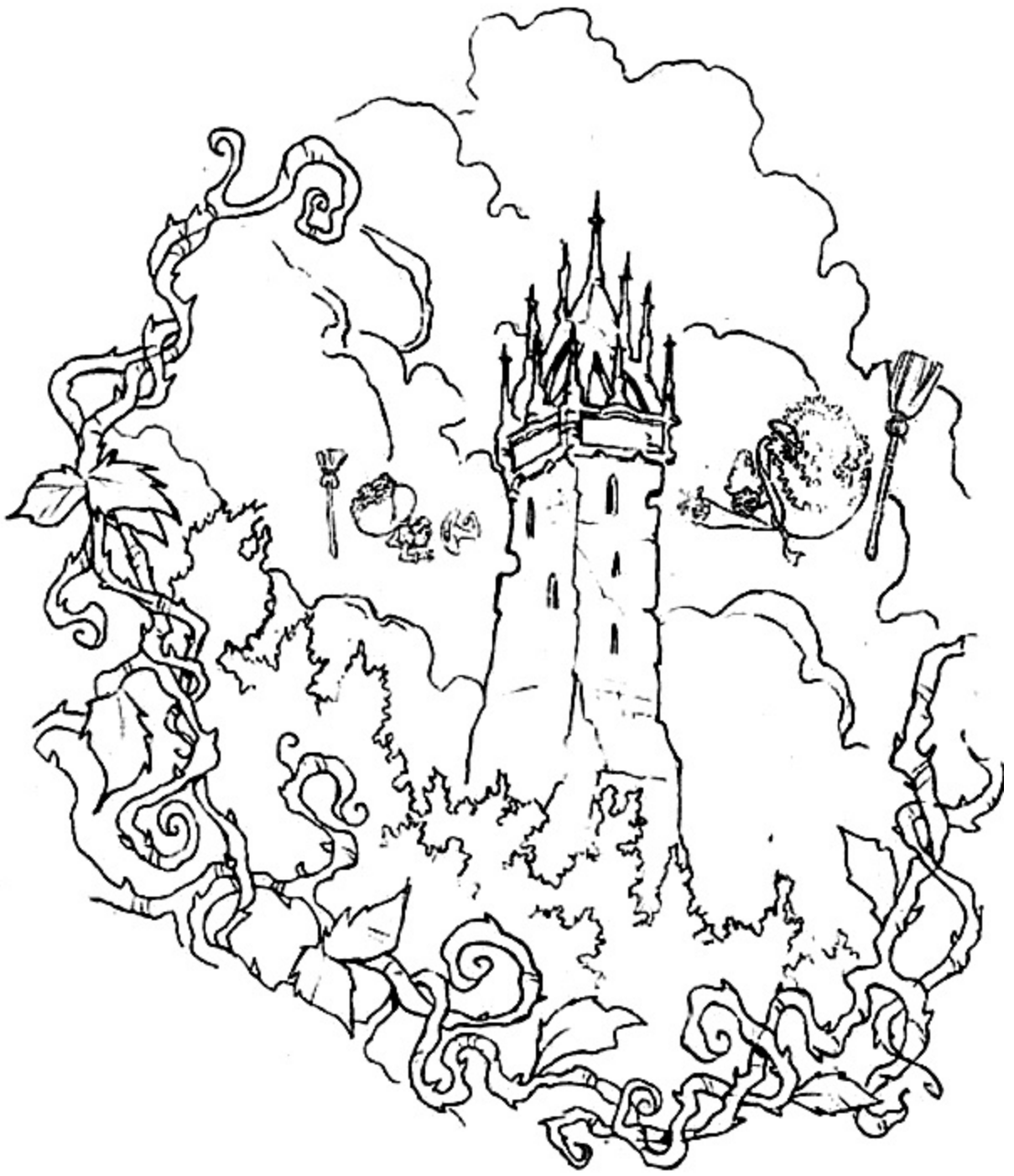
—No las pierdas de vista ni un instante, ¿entendido, Felí? —dijo en voz baja—. Avisaré a los Burdock de que vais para allá. Al final de la clase te asegurarás de que el señor Poppy, el padre de Shirley, esté fuera esperándola. Después de eso, acompañarás a Flox a su casa y volveréis aquí inmediatamente.

—Puede estar tranquila, bruja Tomelilla, haré lo que dice —afirmé con voz de soldado. Y añadí—: ¿Debo creer, entonces, que el Terrible 21 se ha vuelto peligroso incluso de día?

—Es posible. Las señales son las mismas que en los ataques pasados, pero el comportamiento de nuestro enemigo es extraño... muy, muy extraño...

Tomelilla volvió a observar con atención las dos varitas sin hablar más.

—¡Vamos, niñas! —dije con voz baja.



El secreto de la roca



Cuando salimos del pasillo, la luz del día nos cegó. Era un bonito día soleado.

—¿Vamos a ir así vestidas? —preguntó Pervinca arrugando la nariz.

—Podéis quitaros los sombreros —dije—. Pero tenéis que dejaros puesto el uniforme. También Grisam llevará puesto el suyo.

—¿Estará Grisam? —preguntó Babú poniéndose colorada. Giró sobre sus talones y corrió arriba—. ¡Esperadme, vuelvo enseguida!

Cuando bajó de nuevo, noté que se había peinado.

—¡Ya podemos irnos! —dijo.

A la puerta, el hada Devién esperaba a Flox.

—Voy con vosotras —anunció—. En estos tiempos, cuantos más seamos, más seguros iremos.

—Muy bien. Bueno, ¿nos vamos?

Camino del jardín, hablé a Docesutilessoplosdeviento de las varitas y de los problemas que mi imprudencia había causado aquella noche.

—¿Crees que entró por la ventana? —me preguntó.

—Bueno, la puerta estaba cerrada con llave, pero la ventana... Cada vez que lo pienso, me dan ganas de encerrarme en una jaula para siempre. ¿Cómo he podido ser tan ingenua? Y sin embargo estábamos allí delante...

—¿Sospecháis de alguien?

—No, no, de nadie. Pero quienquiera que fuera, tenía que saber trepar bien —dije.

—Quizá se hizo invisible —sugirió Flox—. Y en vez de trepar, voló.

—Sólo sé que esta noche voy a dormir en la cama grande con papá y mamá —anunció Babú.

—No será necesario, tesoro. Esta noche, y todas las noches desde ahora, os vigilaré cada minutoinstante y la ventana estará bien cerrada con el hechizo de un hada.

—Pero tarde o temprano te entrará el sueño. También las hadas dormís, ¿te he visto! —dijo Pervinca.

—Es verdad, pero podemos decidir no hacerlo si queremos, y sin ningún esfuerzo —expliqué.

—¿También las brujas tienen ese poder? —preguntó Vainilla—. Porque si lo tenemos, tampoco dormiré yo. Y cuando alguien intente entrar en nuestra habitación, lo convertiré... ¡en un colibrí! —dijo.

—¡Bien hecho! ¡Y yo lo carbonizaré! —le hizo eco su hermana.

—¡VINCA! —exclamé estupefacta.

—Oh, ya no hará falta, porque yo lo habré transformado en un pajarito inofensivo —continuó Babú.

—Sí, pero podría transformarse otra vez y entonces es mejor que yo acabe con él.

—¡NIÑAS! —protesté otra vez.

—¡Imagínate, no lograrías achicharrar a un verdadero colibrí, te daría demasiada pena...!

—Eres tonta. No sería un auténtico colibrí, sería el enemigo...

—¡BASTA YA ! —grité—. Nadie carbonizará a nadie. Lo que nos faltaba. Cuando volvamos a casa, quiero que releáis el Reglamento Mágico y os lo aprendáis de memoria. Los poderes son algo serio y no armas arrojadas contra quien os parezca. Y otra cosa, las brujas no tienen el poder de la vigilia eterna. Son seres humanos, como los magos. Y necesitan comer y dormir exactamente como los Sinmagia, deberíais saberlo.

—¿Y vosotras, qué es lo que sois, Felí? —preguntó Shirley, que no tenía hada niñera.

—¡Las hadas somos criaturas mágicas! —afirmé quizá con demasiada brusquedad. Es comprensible, todavía estaba trastornada por las palabras que acababa de oír... Carbonizar, acabar con alguien... ¡qué extravergüenza!

—¿Y vivís eternamente? —preguntó Shirley.

—Bueno, sí y no, vivimos mucho más que los seres humanos... —intervino Devién con voz amable.

—¡Ella tiene 1435 años! —exclamó Flox orgullosa—. De hecho, es muy sabia y ha visto de todo. ¿Verdad, Devién?

—¿Incluso has estado en la Roca de Arrochar? —preguntó Pervinca.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Tomelilla ha hablado hoy de ella en clase... —dijo.

—Entiendo, las zonas del valle que la Suma Asamblea declaró «prohibidas». Pues sí, Arrochar es, sin duda, una de ellas.

—¿Da miedo, como dice mi tía? —preguntó Vainilla.

—¿Miedo? Oh, sí, también da mucho miedo. Pero hay algo peor que el miedo, algo que sólo se siente cerca de esa terrible torre.

—¿Peor que el miedo? ¿Qué puede haber peor?

—Por increíble que os parezca, el miedo no es un sentimiento tan malo: advierte del peligro y a veces puede salvarte la vida. Lo que sientes al subir a la Roca, en cambio, es ¡que te roban la vida!

Las niñas se sobresaltaron.

—¿Cómo puede una roca... robarte la vida?

—Es una manera de hablar, Vi. Significa que... —Devién me interrumpió.

—Es una buena pregunta —dijo—, y muchos se la han hecho, pero es un misterio, el misterio más antiguo del valle. Lo que ocurre es que, cuando subes hacia la Roca, algo te entra en el corazón, una especie de amor por ella. Una atracción irresistible que te empuja a seguir subiendo, a subir cada vez más. El sendero es accidentado y espinoso, y en el último tramo grandes piedras obstaculizan el camino. Sin embargo, todo el que haya emprendido ese camino ha llegado hasta el final y nunca ha regresado. Por eso la Roca debe daros miedo.

—¡Pero tú has vuelto!

—¡Es que ella es Devién! El hada más fuerte y valiente del mundo...

—Soy un hada y con eso es suficiente, mi querida Flox. Pero sí, las criaturas mágicas son inmunes a la llamada de la Roca.

—¡La próxima vez naceré hada! —refunfuñó Babú.

Cuando llegamos a casa de los Burdock, las niñas todavía seguían hablando de la Roca y de todas las veces que se habían acercado, quién más y quién menos.

Marta Burdock nos esperaba en la puerta de la Tienda de las Exquisiteces. El jardín de los perfumes estaba allí al lado.

Un corazón tiembla



—**V**enid, Duff y Grisam ya están en el jardín —dijo la señora Marta. Babú enrojeció hasta las orejas y Flox lo notó.

—¡Sé fuerte! —le susurró al oído, dándole un empujón en broma. Fue un empujoncito amable, pero bastó para desencadenar la tragedia: Babú, incapaz de controlar las piernas de pura emoción, tropezó con el escalón y cayó justo a los pies de Grisam Burdock.

—¿Has perdido algo? —le preguntó el maguito para burlarse de ella. Si la dignidad y las ganas de vivir significan algo, Vainilla estaba segura que acababa de perder ambas. Esbozó una sonrisita y se levantó. Tenía las rodillas, la barbilla y las palmas de las manos sucias de hierba. Flox le pidió perdón y la ayudó a arreglarse, pero Babú la apartó y estuvo de morros el resto del día. ¡Si sólo se hubiera percatado de lo desgarrado que estaba Grisam con el traje de mago!

—Era de tío Duff. Mi madre ha dicho que subiendo un poco los bajos... —había tratado de justificarse él a nuestra llegada. «Algo más que los bajos», pensé yo. La túnica se arrastraba por el suelo más de dos palmos y Grisam tenía que mantenerla alzada con una mano para no ir tropezando.

¡Estaba realmente cómico!

La señora Burdock llegó con un par de botas para las niñas. Estaban adornadas con hierbas y esencias de su jardín.

—Es mejor que os tapéis las medias con ellas —dijo—. Las mariquitas de aquí son muy sensibles.



Grisam llevaba unos calcetines parecidos, pero como su túnica los cubría en buena parte, en torno a él había un montón de grillos saltando y de mariposas y mariquitas revoloteando archienfadadas. Lástima que Babú no se diera cuenta, porque se habría sentido mejor.

Duff pidió a las niñas que sacaran de su maletita las pequeñas tijeras y los guantes de

jardinería. Después les dio una cestita a cada uno.

—Babú y Shirley buscarán manzanilla —dijo—. Tomad solamente las flores recién abiertas o incluso los capullos, sacudidlos para alejar a los insectos y juntadlos en ramilletes pequeños para que las hierbas puedan respirar.

—Grisam, tú ayudarás a Pervinca a cortar las hojas de la consuelda y a buscar ramitas de abrótano. Recordad, las hojas tienen que ser frescas y estar intactas. Las encontraréis en aquel rincón.

—¿Para qué sirven las ramitas de abrótano? —preguntó Pervinca.

—Mi madre las deja secar y luego las mete en los cajones, entre las sábanas —explicó Grisam—. Dice que alejan a las polillas. Tío Duff, en cambio, las usa para guisar un mejunje asqueroso que bebe antes de transformarse en monstruos horribles.

—¿Lo has probado?

—No puedo. Está prohibido transformarse antes de los dieciocho años. A menos que... bueno, que se esté en peligro y no haya más remedio. Como te pasó a ti. ¿Tuviste miedo?

—Sólo un poco... bueno, un poco bastante —respondió Pervinca con una sonrisa.

—Yo creo que fuiste muy valiente. Ven, te voy a enseñar dónde están «nuestras» hojas... —dijo Grisam tomando a Vi de la mano.

Los dos niños se alejaron juntos riendo y bromeando, y Vainilla los siguió con la mirada hasta que desaparecieron detrás de un gran rododendro.

—Flox... ¿dónde está Flox? —preguntó Duff Burdock mirando a su alrededor.

—Está aquí —contestó Devién desde la otra parte del jardín—. Y si no interviene usted, señor Duff, no creo que logre hacer que se levante de este sitio.

—¡Hada efpía! Fo también eftoy bufcando, ¡¿no?! —se oyó decir. Parecía que Flox tuviera la boca llena.

—¿Ah, sí? ¿Y qué has encontrado? —preguntó Duff intuyendo ya la respuesta. Flox estaba sentada entre las frambuesas.

—¡Más que recogerlas, te las comes, pequeña Polimón! Mejor ven a ayudarme. Tenemos que encontrar la asperilla olorosa y la reina de los prados, la *Filipendula ulmaria*, para entendernos.

Aprovechando la presencia vigilante del señor Burdock, Devién y yo fuimos a sentarnos en una rama de tilo y, en silencio, observamos el sereno transcurrir de la tarde en el soleado jardín de los Burdock. ¡Qué lejos parecía la tormentosa atmósfera de la noche anterior! ¿Se habría marchado el enemigo?

Estaba deseando en mi corazón que así fuera, cuando un trueno y luego otro nos hicieron dar un respingo.

—¡Porlashadasdelamieditis azul! —exclamé. Devién y yo nos precipitamos hacia las niñas, pero justo en aquel momento un tercer trueno sonó junto a la valla del jardín. Suspiramos de alivio.

—Sólo son los hipidos de Prímula Pull, que ha salido de paseo —resopló Devién volviendo a acomodarse. Sí, «sólo» Prímula Pull, pero que aún sufriera su tremendo hipo había borrado mis esperanzas, porque significaba que el Terrible 21 no se había marchado. Es más, estaba cerca y

quizá listo para un nuevo ataque.

Pobre señora Pull, ¡y pobres de nosotras!

Un «cuchicheo» de roble



A las cinco, la señora Marta llegó con una bandeja colmada de dulces y bebidas frescas. Los niños se quitaron los guantes y se pusieron a corretear alrededor de ella. Todos excepto Babú, que vino a sentarse bajo nuestro tilo.

—¿Cuánto queda para irnos? —preguntó dejándose caer en el suelo.

No lo soportaba más la pobre. Durante todo el día, Grisam sólo había tenido ojos para Pervinca: habían competido por ver quién se subía al árbol más alto y luego quién saltaba. Habían reído y charlado todo el tiempo, y él no había dejado ni un momento de mirarla. Mientras recogían plantas, le había rozado a menudo la mano y una vez incluso le había rodeado los hombros con un brazo y la había felicitado por la fuerza y la agilidad que demostraba. «¡Casi como un chico!», le había dicho Grisam. ¡El cumplido más bonito que un chico podía hacer a una chica!

Pues sí, el corazón de Babú palpitaba con fuerza...



Abandonamos el jardín de los perfumes una hora después, una hora interminable para Babú. Fuera de la tienda, el señor Poppy esperaba a Shirley sentado con Barolo en la calesa, de la que tiraba la yegüita Bess. Nos despedimos de Shirley y continuamos hacia la casa de Flox.

Estábamos a punto de dejar atrás la Plaza cuando Roble Encantado nos cerró el camino con una rama.

—Ah, hola, Roble. ¿Cómo estás? Nos encantaría charlar contigo, pero vamos con retraso para cenar... —dije. Él no hizo caso.

—YOOO SEEÉ SECREETOS QUE VOSOOTRAS NOOO SABEEÉIS —atronó con aquel vozarrón suyo.

—¡Te han dicho muchas veces que no está bien chismorrear! —le recriminé.

—PEEERO EL MIÍO NOOO EEES UN CHISMORREO, MAAÁS BIEEEN UN CUCHICHEEEO.

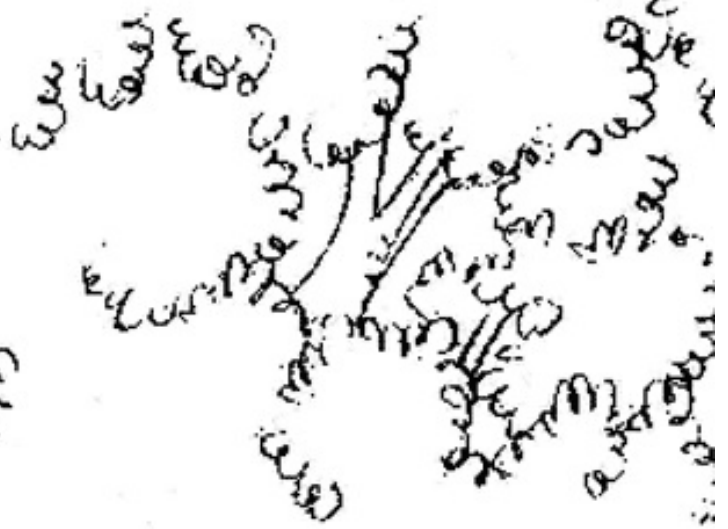
—¿Qué es un cuchicheo? —preguntó Vainilla torciendo la nariz.

—Es un chismorreo dicho en susurros y tampoco está bien —dije yo.

Handwritten scribbles at the top left corner.

Handwritten scribbles at the top center.

Handwritten scribbles at the top right corner.



Handwritten scribbles in the middle of the page.



—MEJOOOR QUE GRITAAARLO, ¿NOOO? ACERCAAAOS, QUE DEEEBO CUCHICHEAAAROS UNA COOSA...
HAAACE DOOOS DIIÍAS, EL MATABOOOSQUES SE HA IIIDO DE SU CAAASA...

—¡Basta, Roble! Los chismorreos gritados, dichos o cuchicheados siempre son feos. Ahora vámonos, por favor...

—PERO EL MATABOOOSQUES...

—El leñador McDoc es un mago como es debido, Roble. No mata a nadie, tala los árboles enfermos y los muertos, y sea lo que sea lo que haya hecho, estoy segura de que tenía sus razones.

—Siií, RAZOOONES TIEEENE, PERO SU MUJEEER TIEEENE MAAÁS AUUÚN...

—Adiós, Roble. Nos lo dirás en otra ocasión —dije entonces con firmeza.

Roble retiró su rama y nos dejó pasar mascullando algo que no oí. Desde hacía algún tiempo hablaba más que de costumbre y se había vuelto tan lento que, para cruzar cuatro palabras con él, tenías que tomarte unas vacaciones. Además, como vivía en el centro del pueblo, sabía todo de todo el mundo y desde hacía meses había caído en el vicio del cotilleo.

Es algo que no soporto.

A la caza de la luz



Una vez en casa, las niñas subieron a su habitación y yo me reuní con Tomelilla en el jardín.

—¿Todo ha ido bien? —me preguntó al verme llegar.

—Todo bien, sí, aparte de...

—¿Aparte de...? —Tomelilla dejó de podar las rosas.

—Creo que Vainilla tiene algún que otro pesar en el corazón —dije.

—¿Grisam Burdock?

—Sí. Me temo que Babú se ha enamorado de él, pero Grisam... Él parece más interesado en

Pervinca.

—¿Y Pervinca muestra interés también?

—Diría que sí.

—Comprendo. Diles que se preparen para la cena, por favor. Y que se traigan un jersey negro y grueso.

Tomelilla tenía alguna idea en la cabeza y yo me eché a temblar temiendo saber de qué se trataba.

En la cena, Babú apenas comió y su tía se dio cuenta.

—¿Tenéis con vosotras los jerséis? —preguntó a las niñas.

—Sí, pero no hace tanto frío. ¿Tenemos que ponémoslos de todas formas? —preguntó

Pervinca.

—Aquí no, afuera. Comeos la tarta y luego vamos a buscarlo.

—¿A buscar qué?

—Una luciérnaga macho.

Lo sabía, lo había comprendido antes por su mirada. No me gustaba ese tipo de caza. A los

animales no les ocurría nada, pero se asustaban.

—Oh, no, ¿tenemos que hacerlo? —pregunté.

—Pues sí —contestó Tomelilla levantándose de su silla.

—¡Yo no voy!

—Por supuesto que vienes, Sifeliztúserásdecírmeloquerrás. Te necesitamos para atraerlo.

—¡Es un abuso obligarme! —dije—. ¡No se llama a un hada por su nombre completo sólo para imponerle que haga de cebo en una estúpida caza!

Mientras salíamos al jardín, esperé que todos los animales se hubieran trasladado a otra parte. Sin embargo, el prado estaba más animado que nunca. Los grillos debían de haber retado a las ranas a una prueba de canto: estas gritaban a pleno pulmón y los grillos habían llamado incluso a sus amigos lejanos para derrotar a las ranas. ¡Era difícil decir quién ganaba en aquella algarada!

Por encima de ellos, entre las plantas, danzaban en silencio miles y miles de pequeñas lucecitas.

—Felí, empieza a hacer señales —susurró Tomelilla—. Yo mantengo abierto el bote.

—¡No es justo!

—¡Empieza!

Me aposté detrás de una azalea y empecé a emitir rápidos y breves destellos de luz. Para las luciérnagas macho, era la señal de reunión.

Poco después, en efecto, los vi acudir a mí. Cuando estuvieron lo bastante cerca, Tomelilla salió de detrás de un arbusto y atrapó uno con el bote. El pobrecito emitía una frenética señal de socorro.

—Ahora, dese prisa —dije contrariada.

Tomelilla enseñó el bote a las niñas:

—Sólo las luciérnagas macho vuelan. Aprended a entender su lenguaje y tendréis unos aliados útiles en los momentos de peligro. Observad bien sus señales intermitentes: avisan a los otros para que huyan. Cuando veáis esta señal, huid vosotras también, ¿comprendido?

Tomelilla se calló un instante para que las niñas memorizaran la secuencia de los destellos. Después abrió el bote. El insecto se lanzó fuera y yo evité por los pelos que se me echara encima.

—Muy bien, ¡ahora tengo un enemigo más! —dije—. ¿Podemos volver o tenemos que torturar a otro?

—¡Oh, sí, atrapemos otro! —rogó Vainilla. Le gustaba mirar de cerca a los animales, sobre todo los que no conocía.

—Se acabaron las torturas, pero no regresamos, todavía no —dijo Tomelilla—. Hay otra cosa que tenemos que hacer. Pervinca, ¿tienes tu brújula?

Vi le tendió a su tía un estuche de lino rojo.

—No me la des a mí. ¡Mírala!

Pervinca sacó el pequeño objeto y descubrió, maravillada, que el cuadrante se había transformado en un cielo de estrellas que titilaban como las pequeñas gemas del firmamento.

¡Valía la pena haber esperado!

—Esta brújula orientará tu vuelo cuando las nubes y la tormenta te impidan ver el cielo y el

camino a casa... —explicó Tomelilla.

Pervinca miró fijamente la brújula unos instantes, emocionada. De pronto, como acordándose de algo, abrió de par en par los ojos:

—¡Yo no sé volar! —exclamó.

—¡Eres una bruja, todas las brujas saben volar! —dijo Tomelilla con los ojos interrogantes por aquella imprevista revelación.

—No, no, lo digo en serio. Esta mañana he hecho una prueba y, si no hubiese sido por Babú, habría terminado en el armario.

—Esta mañana era esta mañana. ¡Prueba ahora!

—Sí, y acabaré en el rosal o entre las ortigas... ¡No, gracias!

Pervinca hizo una inclinación y se encaminó hacia la casa.

—Inténtalo... —insistió su tía.

—Si te lo dice ella, puedes fiarte —intervine yo.

Pervinca se detuvo.

—Lo intento sólo si Babú se pone delante como ha hecho esta mañana —dijo. Vainilla esbozó una extraña sonrisa.

—¿Y quién te dice que yo quiera hacerlo?

—¡Nadie!

—Entonces lo hago —dijo Babú ocupando su posición en el prado. Pervinca se alejó unos cuantos metros.

—¿Dónde vas?

—¡A tomar carrerilla!

—¡¿Para qué?! No necesitas ninguna carrerilla. Elévate y vuela, ¡venga!

Pervinca suspiró largamente, cerró los ojos y...:

—¿Vuelo? ¿Estoy volando? —preguntó sin mirar.

—Abre los ojos, tonta, y míralo tú misma —le gritó Babú riendo.

Pervinca estaba a dos metros de altura y fluctuaba en el aire como una luciérnaga.

—¡VUELO, VUELO! —gritó en el colmo de la alegría.

Los gritos de las niñas atrajeron a mamá Dalia al jardín.

—¡Ven a ver esto, cariño, Vi está volando! —gritó contenta a su marido. Cícero salió a toda prisa.

—¡Por todas las criaturas mágicas de este reino endiablado! ¡Procura no hacerte daño, hija!

—No te preocupes, papá, es muy fácil —lo tranquilizó Pervinca—. ¡Ven, Babú!

—¿¿Babú también vuela?? —casi se tambaleó Cícero—. ¡Vaya familia la mía!

—Están creciendo, amor mío, y no podemos hacer nada —lo consoló mamá Dalia tomándolo afectuosamente del brazo—. Yo también lo siento, no creas, pero es ley de la naturaleza que nuestras hijas crezcan...

—Y volar es fácil de verdad. ¡Mírame, papi! —Vainilla intentó elevarse, pero sus pies no se movieron ni un centímetro. Probó de nuevo y, como no sucedía nada, inquirió desconcertada a su tía—: Yo sé volar, ¿por qué no me elevo?

—Porque es de noche, mi niña, y tú eres una Bruja de la Luz.

Vainilla permaneció callada un momento. Luego, observando a su hermana volar entre las ramas de los árboles, murmuró:

—¿Quieres decir que nunca podré volar con ella?

—Podrás —respondió con calma Tomelilla— cuando seas un poco mayor y hayas comprendido mejor nuestra magia. Que es poderosa, Babú, más de lo que puedas imaginar.

Vainilla observó de nuevo a su hermana y esta vez sus ojos reflejaron nostalgia. Sentada en su hombro, la sentí respirar profundamente y después decir en voz baja:

—Es lo más bonito que podemos hacer y no lo podemos hacer juntas...

Instintivamente, pensé otra vez en aquellas doce horas que las habían separado al nacer: el destino había querido hacerlas distintas desde el primer día. Después, durante unos años, había permitido que sus vidas corriesen paralelas. Ahora, de nuevo, las estaba dividiendo. Eran dos personas idénticas con poderes opuestos: luz y oscuridad, como dos caras de la misma moneda, unidas y separadas para siempre. ¿Por qué?

Obtuve la respuesta, pero mucho después. En aquel momento me limité a acariciar el cabello de Vainilla en silencio.

El domingo en Fairy Oak



Los domingos por la mañana, los pescadores del pueblo dejaban en Fairy Oak, en los escalones a la entrada de las casas, una cestita de pescado fresco; los molineros, una barra de pan oloroso; los lecheros, una pinta de leche recién ordeñada; las abuelas, un pedazo de tarta casera; la florista, un ramillete de flores perfumadas; los campesinos, un saquito de fruta y un paquete de huevos aún tibios; los carpinteros, una pinza de la ropa en la que habían tallado el rostro de alguno de los habitantes del valle, con lo que la colada tendida parecía un pequeño Fairy Oak.

Me gustaban las mañanas de domingo.

Las niñas, nada más levantarse, corrían a buscar los regalos a la puerta mientras mamá Dalia y Tomelilla preparaban el desayuno. Pero llamar a aquello desayuno es quedarse cortos, era más bien un almuerzo. Empezaba por los dulces y terminaba por los platos salados. El señor Cícero tenía asignada la tarea de hacer las tortitas, ¡era todo un maestro! Las volteaba en el aire, sin que se le cayera ninguna, ¡una, dos, tres, hasta cuatro veces! ¡Era un espectáculo! ¿Adivináis a quién le tocaba rescatar las que terminaban espachurradas en el techo? Pero eran pocas.

El primer domingo después del ataque esperábamos no encontrar nada. Los ciudadanos de Fairy Oak se habían quedado en sus casas casi todo el tiempo y los pescadores habían restringido sus salidas nocturnas. Salvo el capitán Talbooth: nadie le habría impedido zarpar en su *Santón* a la luz de la luna. «Ni el peor de los dragones de fuego», decía siempre. «Por la noche se pesca bien y nadie te da la tabarra».

Sin embargo, en los escalones de la puerta, Vi y Babú encontraron una cesta de pescado fresco y, para nuestra sorpresa, también huevos y pastel y flores, pan caliente y la pinza para la ropa, en la que habían tallado al padre de Grisam.

Tomelilla encontró una nota en una cestita.

—Es de Duff, dice que tiene que hablar con nosotros y que vendrá hacia la una.

El señor Cícero abrió la nevera y tomó más huevos para hacer la masa.

—Con lo goloso que es, habrá que hacer doble ración de tortitas —farfulló.

—Y yo iré a despegar las que se queden en el techo... —dijo Vainilla volando hasta tocar el techo con un dedo.

—Te cedo ese honor —respondí haciendo una inclinación—. ¿Dónde está Pervinca?

—Está escribiendo un Mágico Contra-reglamento —anunció Vainilla mordiendo una galleta

—. Dice que el de ahora está equivocado, y yo estoy de acuerdo con ella.

—¿Un contra-reglamento? —preguntó asombrada Tomelilla—. ¿Y qué es lo que piensa hacer?

—¿Qué PENSAMOS hacer? Dilo en plural, porque yo la ayudaré a reunir firmas y presentar a la Suma Asamblea de los Mágicos el contra-reglamento firmado por todos, así se verán obligados a cambiar ese viejo y estúpido código.

—¡Cuidado con lo que dices, señorita! —la reprendió la tía—. Ese viejo y estúpido reglamento, como lo has llamado tú, fue escrito por dos sabios en beneficio de la comunidad. Y establece que...

—¡... SERÁ LÍCITO USAR LA MAGIA EN EL COLEGIO! —la voz de Pervinca resonó de forma solemne en la escalera—. No para cambiar las calificaciones ni manipular exámenes, sino para jugar durante el recreo y mantener alejados a los entrometidos.

—¡Viva! —gritó Vainilla.

Pervinca continuó:

—Regla número dos: podremos convertirnos en lo que queramos cuando queramos. Salvo monstruos carnívoros y piojos, que quedan prohibidos por razones obvias.

Tomelilla se llevó las manos a la cabeza. «Hay que ver lo que tienen que oír mis pobres orejas...», pensó.

—Regla número tres: todos podrán volar cuando les parezca y les apetezca, de día o de noche. Sobre todo si son hermanos o hermanas... Mmm, esto hay que explicarlo mejor... —dijo escribiendo un apunte en la hoja.

—Antes de proseguir con tu lista, ¿puedo hacerte notar que el vuelo no está reglamentado por el código, sino por la naturaleza de nuestros poderes? —comentó Tomelilla.

—¡Los Sumos Magos deberán pensar en alguna manera! —contestó Pervinca con firmeza—. Regla número cuatro: quien haya infligido el código por amor será premiado por la comunidad y en su honor se erigirá un árbol para repoblar el Bosque-que-canta.

Tomelilla iba a hacer otro comentario, pero al final no dijo nada. Miró a Pervinca. Después, volvió la cabeza y se alejó siguiendo un pensamiento.

—Regla número cinco... —Pervinca se disponía a enunciar la quinta regla cuando Duff Burdock llamó a la puerta.

—Voy yo —dijo mamá Dalia—. Vosotras dos, salid disparadas a vestiros y volved luego para poner la mesa.

Mientras corrían arriba, oí a Vainilla felicitar a su hermana:

—¡Perfecto, Vi! Eres brillante. ¿Qué has puesto en la regla número cinco?

—Ah, te va a gustar...

—¿Es este uno de mis lapiceros?

—Sí, pero después te lo devuelvo...

El olor de la traición



Duff Burdock llegó con un paquete bajo el brazo.

—Hola, Dalia —dijo al entrar—. Llego con antelación, pero es que le quería dar esto a Cícero antes de...

—Ponte cómodo, está en la cocina —le dijo Dalia al saludarlo.

—¡Buenos días, Felí!

—Señor Burdock, ¿ha traído los huevos? —no había terminado de hablar cuando de la cocina nos llegó la voz del señor Cícero—. ¿Cuántas tortitas crees que tengo que hacer para llenar esa enorme panza tuya, mago gordinflón, que eso es lo que eres?

Lo había oído llegar.

—Vaya, ¿has hecho ya la masa? —preguntó el señor Burdock entrando en la cocina—. Añádeles estos, ¿quieres? Mmm, has puesto poca azúcar.

—Sal de aquí y déjame trabajar, monstruo —protestó el señor Cícero golpeándole en la mano con el cucharón.

—¿Ya estás aquí, Duff? —dijo Tomelilla al entrar.

—He traído los huevos a Cícero, pero no sólo he venido por esto. Me he acordado de que le prometí a Talbooth ayudarlo esta tarde a reparar una vía de agua en el *Santón*, así que no podré estar demasiado tiempo. Ayer por la tarde, en el pub, pensamos un plan para proteger al pueblo por la noche... Quería contároslo.

Mamá Dalia entró en la cocina y entornó la puerta.

—¡Hacer rondas! —anunció Duff Burdock.

—¿Rondas?

—Exacto, tres hombres en turnos de tres horas. Recorrerán las calles del pueblo y la muralla exterior. Dos Magos de la Oscuridad y un Sinmagia, que en caso de ataque correrá a dar la alarma.

—¿De qué manera?

—Hará sonar las campanas de la vieja Torre, esas que se oyen hasta en Gogoniat.

—No es mala idea. Al menos para empezar... ¿Cómo es que no se nos ocurrió en la Asamblea?



—Porque estábamos demasiado ocupados discutiendo entre nosotros, como de costumbre.

—Sí, con todas las dudas que teníamos sobre la verdadera identidad del enemigo... —suspiró Tomelilla—. De todos modos, ¿habéis pensado ya en los grupos de las rondas?

—El primero, esta noche, lo formaremos Meum y yo. Mi hermano Vic será el Sinmagia del grupo.

¡El padre de Grisam! Sentadas en las escaleras, las niñas habían escuchado todo. «¡Espiar está mal!», les había recriminado. Pero imaginaos, una conversación así no se la habrían perdido por nada del mundo.

Después de aquella noticia, Pervinca se levantó y corrió escaleras arriba.

—¡Hay que avisar a Grisam! —exclamó.

—Pero no podemos salir sin decírselo a papá y mamá —dijo Vainilla.

—¡CLARO QUE NO PODÉIS! —confirmé yo.

Pervinca agarró su mochila.

—Si no venís conmigo, ¡iré sola! —declaró.

—Pero se darán cuenta y te castigarán durante un año —insistió Vainilla.

—Entonces ven conmigo, así nos castigarán juntas.

—¡Vaya, menuda idea! —suspiré. Pero Pervinca hablaba en serio.

—Escuchadme —dijo—, el padre de Grisam corre peligro y Grisam tiene derecho a saberlo, ¿no?

—¡No! —respondí—. Porque seguramente ya lo sabe, habrán hablado en su casa y, en todo caso, ¡tú no eres quién para tomar ciertas decisiones!

—Pues yo creo que él no sabe nada. Los mayores no nos informan nunca, nos tratan todavía como niños.

No me dejaba elección.

—Lo siento, Vi —dije seria—, pero vosotras dos no vais a ir a ninguna parte. —Cerré la puerta con un encantamiento y, para más seguridad, fui a sentarme en el picaporte. Pervinca me miró de mala manera. Incluso trató de apartarme y abrir, pero ningún ser humano puede romper el encantamiento de un hada. Desconsolada, se dejó caer en la cama.

—Está bien —dijo soltando la mochila—. Has ganado tú, no voy... Quizá tengas razón y ya lo sepa...

En el instante en que Vi dijo aquella frase, un extraño perfume, dulce y penetrante, invadió la habitación.

—¿Puedo fiarme? —pregunté frotándome la nariz.

—Sí, puedes fiarte... Vamos a comer antes de que los de abajo se enfaden.

Retiré el encantamiento de la puerta, pero aquel olor me hizo estornudar. Entré en mi tarro en busca de un pañuelo y... ¡CLAC!

Oí cómo se enroscaba rápidamente la tapa sobre mí. En aquel momento reconocí el olor que me había provocado picor en la nariz: ¡era el hedor de la mentira!

—¡ÁBREME INMEDIATAMENTE! —grité fuera de mí. Pervinca se puso la chaqueta, agarró la mochila y desapareció por la escalera. Instantes después, Vainilla la siguió.

—Perdóname, hadita, pero tengo que ir con ella. Volveremos pronto, te lo prometo.

Gran parte de lo que sucedió después lo supe porque me lo contaron, ya que ningún hada puede abrir una tapa cerrada a traición. ¡De aquel terrible día, lo único que vi fue la batalla!

Los pensamientos de Felí



Durante el tiempo que permanecí encerrada en el tarro, pensé en cómo iban vestidas las niñas y qué se habían llevado con ellas: inconscientemente, esperaba que si se encontraban en peligro habría podido reconocer los colores de lejos, o identificar un objeto dejado atrás o perdido.



Un pensamiento extraño que entonces no comprendí. Sabía que si las niñas se hallaran en peligro, advertiría la señal con las antenas y no habría tenido necesidad de verlas para

encontrarlas. Sin embargo, todavía hoy puedo describir con detalle qué vestían el día en que se desencadenó el segundo ataque: Pervinca llevaba la camiseta color ciruela con un gran girasol bordado en el centro, y unos pantalones de felpa ligera del mismo color, aunque un poco más oscuros.

Tenía consigo la chaqueta y la mochila de la escuela. Por su parte, Babú llevaba puesto el vestido color geranio con pequeños bordados brillantes y el babi de tela. ¿Llevaba algo con ella? Me parece que nada. Pero no lo recordaba muy bien...

La discusión



Las niñas se encaminaron hacia la casa de Grisam, pero al llegar a la fuente empezaron a discutir.

—Has hecho algo terrible, Vi —dijo Babú, corriendo tras su hermana—. Felí no te lo perdonará jamás.

—No tenía más remedio, ¿no lo entiendes? —respondió Pervinca cortante—. ¿Por qué has venido? Podrías haberte quedado en casa.

—¿Y qué iba a decir a papá y mamá?

—Pues la verdad, tú siempre dices la verdad.

—¿Y qué hay de malo en eso? En cambio, ¡tú no la dices nunca! ¡Ni siquiera ahora! No vas a casa de Grisam porque estés preocupada por su padre...

—¿Ah, no? ¿Y entonces por qué? Venga, dímelo.

—Vas porque quieres verlo y punto.

—¡Eres una tonta, Babú, no comprendes nada!

—Comprendo todo muy bien. Hoy os he visto, juntitos, riéndoos...

—¡Estás celosa, por eso fastidias tanto! ¡Regresa a casa, no quiero que me sigas!

—Nada de eso, voy contigo, así vemos quién tiene razón. Y precisamente espero fastidiarte.

—Vete, Babú, vuelve a casa a contar lapiceros o a ordenar la habitación como una niña buena.

—O a convertir a Rex en un bonito broche. ¿Qué me dices?

—Oh, Babú, tú no sabrías ni convertir a un sapo en una rana, no tienes el poder ni el coraje...

¡Como no has tenido coraje para decir a Grisam que estás enamorada de él y que no quieres que nosotros dos seamos amigos!

Vainilla sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¡Te odio, Vi! ¡Te odio con todo mi corazón y espero no verte más! —dijo con rabia.

Pervinca se puso a correr lo más deprisa que pudo y desapareció en las calles del pueblo.

Al quedarse sola, Vainilla no supo qué hacer. Seguir a su hermana... ni pensarlo, y en casa recibiría una buena regañina. Decidió ir a sentarse en la plaza. A aquella hora y con aquel calor estaría vacía y nadie la vería llorar, aparte de Roble.

El viejo árbol se percató en seguida de la presencia de la niña.

—¿QUEEÉ SUCEEEDE, PEQUEEEÑA PERIWIIINKLE? PAREEECES UUUNA CORTEEEZA DE TAAAN CEÑUUUDA...

—Me he peleado con mi hermana... —respondió Vainilla arrastrando los pies.

—¡OOOH, ACAAABO DE VEEERLA COORRER COOMO SI LA PERSIGUIEEERA EL FUEEEGO!

—Ya...

—VEEEN A SENTAAARTE A LA SOOMBRA, PEQUEEEÑA PERIWIIINKLE. SI TE QUEEEDAS MAAÁS AL SOOL, LAS LAAÁGRIMAS EMPEZARAAÁN A HERVIIRTE EN LA CAAARA...

Vainilla se dejó caer en uno de los bancos que rodeaban el tronco de Roble. A sus pies podían verse aún las huellas de la tormenta.

—El enemigo te arrancó unas cuantas ramas, ¿eh? ¿Te hizo daño?

—¿DAAAÑO? MMM, SIIIÍ, UN POOCO, PEEERO, COOMO VEEES, SOON RAAAMAS PEQUEEEÑAS, NOOO TARDARÉÉÉ EN REMPLAZAAARLAS. ME HEEE ENTERAAADO DE LO QUE SUCEDIOOÓ EN VUEEESTRÁ CAAASA AYEER POR LA NOOCHE. UNA AVENTUUURA HORRIIBLE.

—Sí, tuve la oportunidad de quedarme como hija única, ¡pero la suerte me volvió la espalda justo al final!

—OOOH, UUUSAS TU LEEENGUA COOMO UN CUCHIILLO. ¡EEESO SIIIÍ QUE HAAACE DAAAÑO!

—No he empezado yo... Ha sido ella, ¡esa víbora de Pervinca!

—¿HAAA DIIICHO FALSEDAAADES?

—¡Claro, como siempre!

—COMPREEENDO. ENTOONCES SUS PALAAABRAS NO DEEEBERIIÁAN HABEEERTE HERIIDO DEMASIAAADO...

Vainilla pensó que había llegado el momento de cambiar de conversación:

—¿Sabes que Pervinca es una Bruja de la Oscuridad? —dijo, acogiendo en su regazo uno de los mininos que vivían en la plaza.

—CLAARO. SI NOO LO FUEERA, EL TERRIBLE 21 NOO HABRIÍA INTENTAADO RAPTAARLA...

—No comprendo...

—EL ENEMIIIGO RAAAPTA A LOS MAAAGOS DE LA OSCURIDAAAD PARA CONVENCEERLES DE QUE SE PAAASEN A SU BAAANDO, ¿NOOO LO SABIIÍAS?

—Sí, pero no los rapta solamente a ellos... —replicó Vainilla liberando uno de los hilos de su babi de las zarpitas del gato.

—¡NORMALMEENTE SIIIÍ! AYEER DEBIOOÓ DE HACEER UNA EXCEPCIOOÓN, O QUIZAAÁ SE EQUIVOCOOÓ...

Vainilla miró perpleja a Roble.

—FRAGAAARIA FREEES EEES UUUNA BRUUUJA DE LA LUUZ, ¡PEEERO; LA RAPTOOÓ TAMBIEEÉN A

EEELLA

—¿Y dices que nunca había raptado a Magos de la Luz?

—¡NOOO, JAMAAÁS!

—Esto no nos lo ha dicho tía Tomelilla.

—¿AH NOOO? ENTOONCES HAAAZ CUEEENTA DE QUE NOOO HEEE DIIICHO NAAADA . AHOOORA VEEE A CAAASA. A PROPOOÓSITO, ¿COOÓMO EES QUE VAAAS POR AHIÍ SOOLA, DOOÓNDE ESTAAÁTU HAAADA?

—Venía detrás de mí, se habrá parado en algún sitio...

—MMM, QUEEÉ RAAARO...

En el soleado aire de la plaza irrumpieron las notas de un violín desafinado, señal de que el luthier McMike trabajaba también el domingo. Vainilla no quería que la viera allí sola, pero la información sobre los raptos que le estaba dando Roble era demasiado interesante para perdersela. Tenía que saber más y saberlo en seguida.

—¡Qué tonta soy! —dijo dándose una palmada en la frente—. Claro que nos lo ha dicho. Figúrate, tía Tomelilla ya nos lo ha contado todo sobre la Roca de Arrochar, incluso que el enemigo tortura allí a sus prisioneros para convencerles de que se alíen con él, y que los que no aceptan... ¿Cómo ha dicho? No me acuerdo de las palabras exactas...

—¡SOON CONVERTIIIDOS EN PIEEDRAS! POR EESO LA ROOCA CREEECE UN PAAALMO DESPUEEÉS DE CAAADA RAAAPTO —respondió Roble picando el anzuelo que le había lanzado Babú. Esta contuvo a duras penas su sorpresa.

—¡Ah, sí, cierto! Te-terrible, ¿verdad?

—TERRIIBLE, SÍÍ. LOS SINMAAAGIA NOO CREEEN EN EEESTA HISTOOORIA, PERO BAAASTA CON APROXIMAAARSE A LA ROOCA PARA OIIÍR EL LAMEEENTO DE EESOS POBRECIITOS . DIIICEN QUE EES EL VIEENTO QUE SOOPLA ENTRE LAS AFILAAADAS AGUUUJAS . PERO YOOO CONOOOZCO AL VIEENTO: SOOPLA, GRIIITA, ULUUULA, PERO NOOO LLOORA. CUAANDO SE SUUBE AL MOONTE ADUUM , SE OOOYE EL LLAAANTO DE LOS MAAAGOS Y LAS BRUUUJAS DE LA OSCURIDAAAD, PRISIONEEROS PARA SIEEMPRES. ¿SABIIÍAS EEESTO?

—¡Tengo que avisar a Pervinca! —exclamó Vainilla saltando del banco, un movimiento que no le gustó nada al gato.

—¿COOÓMO?

—Nada, bueno... que tengo que ir a buscar a mi hermana... Mamá nos espera para comer y se está haciendo tarde... Gracias por la inform... eh, por la compañía. ¡Nos vemos más tarde!

Roble movió las ramas en gesto de despedida.

—MMM, SIEENTO UN EXTRAÑO OLOOR... —dijo después para sí.

Vainilla se puso a correr hacia la casa de los Burdock: ya no le importaba la discusión, lo único que quería era ver a su hermana y ponerla al corriente de sus nuevos descubrimientos.

Pero cuando llegó, sus buenos propósitos se convirtieron súbitamente en humo: a través de las barras de la cancela vio a Pervinca sacar de la mochila el pergamino del Reglamento Mágico, mientras Grisamsostenía papel y pluma... ¡Vi había decidido escribir el contra-reglamento con

él!

¿Por qué? Cuando se lo había pedido a ella, había aceptado con entusiasmo. Le había hecho mil cumplidos por la idea y le había dado su máximo apoyo para reunir firmas. Creía en aquel proyecto, le agradaba la idea de realizarlo con su hermana. ¿Por qué Pervinca la había excluido? Estaba enamorada de Grisam, pues. Y él, ¿estaba enamorado de ella?

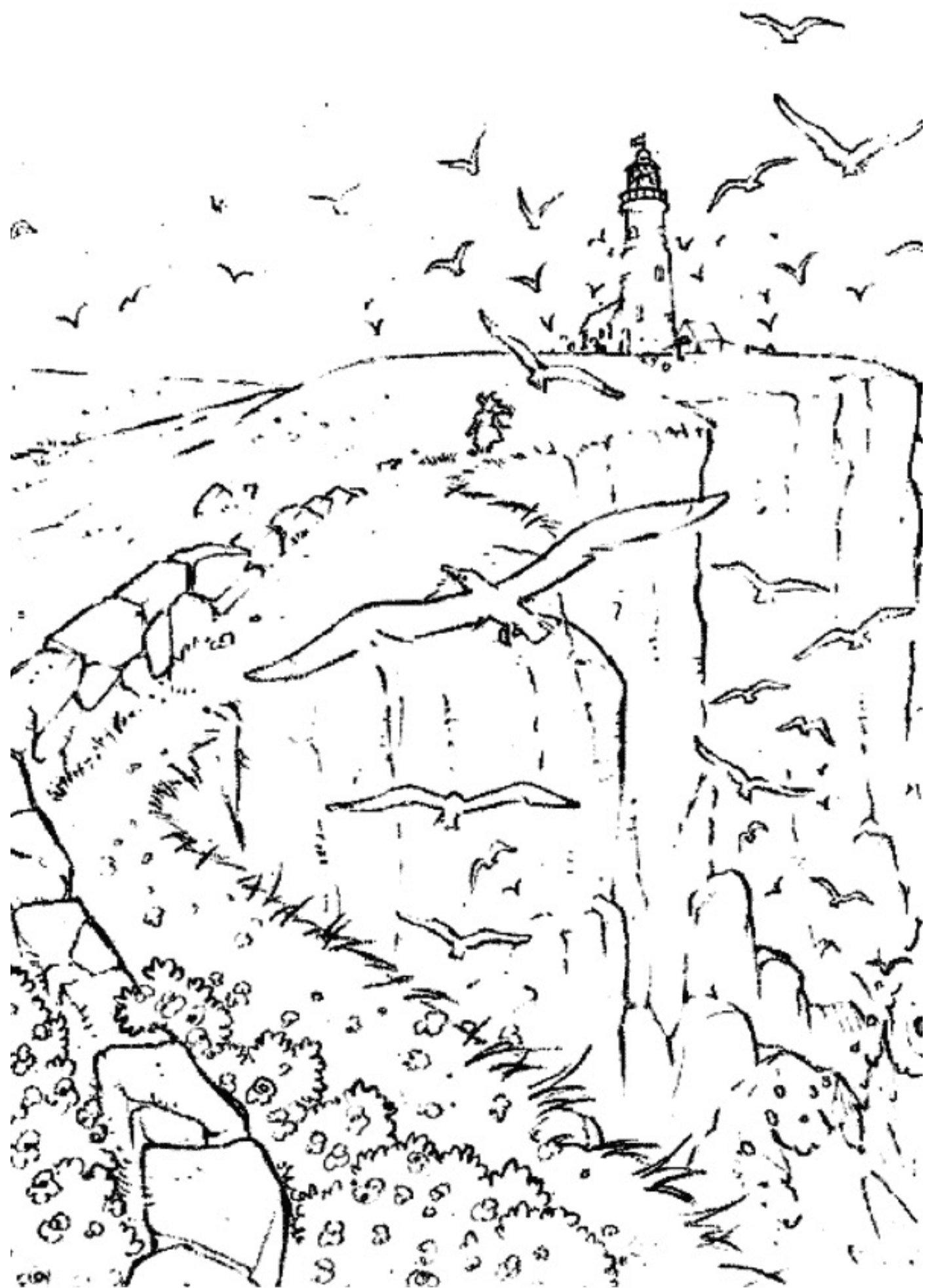
Escondida entre las grandes hortensias que cubrían el muro, Vainilla vio al joven mago sacar algo que tenía escondido a sus espaldas. Era una cajita roja con un lazo dorado, Grisam se la entregó a Pervinca. Cuando esta abrió el paquete, un pequeño objeto brilló a los rayos del sol: ¡una joya!

Vainilla sintió un dolor en el estómago, como si una espada la traspasara de parte a parte, y se le puso un nudo en la garganta. Escapó antes de llorar. Decepcionada, traicionada y humillada, decidió que se marcharía para no volver nunca. Así que tomó el camino del acantilado, sin saber que durante todo aquel tiempo no había estado sola...

Mientras tanto, en casa...



Encerrada en mi tarro, oí a los mayores avisar a las niñas para que bajaran a comer:
—¡NIÑAS, LA COMIDA ESTÁ LISTA!
Esperé que alguien subiera a buscarlas, pero acudieron muy tarde. Demasiado tarde... cuando ya estaba tendida la trampa...



Madame la desconocida



Babú recorrió el sendero que bordeaba la playa, atravesó el puente de piedra sobre el torrente Barán y subió hacia el acantilado. Cuando tuvo a la vista el faro, se acordó de que la casa de Shirley estaba muy cerca de allí y decidió ir a buscarla.

Dejó atrás la costa y se adentró en los matorrales, entre brezos y retamas en flor. Iba absorta en sus pensamientos y no prestaba atención ni a la dirección ni al tiempo que transcurría, siguiendo los senderos de los pastores, acariciando las espigas.

De repente, sin embargo, se dio cuenta de que algo había cambiado. La vegetación en torno a ella era distinta: en vez de las flores y los árboles del valle, ondulaban al viento plantas que nunca había visto. Su perfume era intenso y embriagador.

Mientras trataba de orientarse y de hacerse una idea del tiempo que llevaba caminando, percibió a lo lejos una figura. Era minúscula y bailaba en silencio en un campo de lirios blancos, casi tan altos como ella. La personita estaba envuelta en una extraña vestimenta. Una especie de túnica de seda escarlata ceñida a la cintura por una faja ancha que formaba, en la espalda, un gran lazo. Las mangas eran amplias y la niña ocultaba dentro sus manos. De sus cabellos recogidos despuntaban flores de peonía y dos largos cordones de seda dorada bajaban a los lados de su cara, pintada de blanco.

Babú se ocultó y estuvo observando unos instantes a la desconocida: tenía un aire vagamente familiar... De pronto, algo se movió entre la hierba. Podía ser una perdiz o una lagartija grande o una liebre o... Vainilla contuvo la respiración. Fuera lo que fuese, corría derecho hacia ella, rápido e invisible. Hasta que, de golpe, sin saber de dónde saltaba, se lo encontró ante ella.

—¡Barolo! ¡Para, me haces cosquillas! —gritó Babú reconociendo al perro de los Poppy. Le estaba lamiendo la cara orgulloso de haberla encontrado y contento de volver a verla.

Cuando Vainilla logró levantarse, junto a ella estaba la desconocida.

—¿Tú?! —exclamó—. ¡Santo cielo, no te había reconocido! Estás tan cambiada, tan...

—¡Soy Madame la Mariposa! —dijo Shirley Poppy. De la faja que le rodeaba la cintura asomó Mr. Berry.

—¿Madame... qué?

—¡Es la protagonista de una ópera! —explicó la niña—. Mi madre la interpretó muchas veces, cuando actuaba con papá y tía Malva.

—Tu... ¿tu madre era actriz? —Vainilla estaba aturdida. Shirley, en cambio, parecía estar a sus anchas en aquel extraño ambiente. Asintió a la pregunta de Vainilla. Luego, con un elegante movimiento de la mano, hizo desaparecer el paisaje de flores exóticas que las rodeaba y, con otro movimiento, repuso los brezos y las retamas.

—¿Quién eres de verdad? —preguntó Babú.

—Soy una bruja, como tú —contestó Shirley—. Y desde que tengo memoria, siempre lo he sido, desde mi nacimiento. Sé hacer encantamientos muy difíciles. ¿Quieres verlos?

—¿Desde que naciste? ¿No tuviste que esperar a que te asomaran los últimos dientes? ¡Qué raro! Y también es raro este vestido y tu magia es rara... Creas y haces desaparecer... ¡Tendría que ser imposible! En fin, que o eres una Bruja de la Luz y entonces haces aparecer, o eres una Bruja de la Oscuridad y entonces haces desaparecer, pero las dos cosas no. ¡No entiendo nada!

Shirley sonrió:

—Ven, te voy a enseñar una cosa —dijo agarrando a Babú de la mano.

Las dos niñas atravesaron el campo escoltadas por Barolo, que saltaba de acá para allá. Después caminaron por el lecho de un arroyo, penetraron en un pequeño bosque y por fin desembocaron detrás de una granja.

Shirley franqueó el vallado y Vainilla la siguió.

Mientras tanto, yo...



Cuando Dalia, Tomelilla y Cícero subieron a la habitación para buscar a las niñas, estaban tan seguros de que yo estaría con ellas que no miraron en el tarro. Y estaban tan nerviosos que no escucharon mis gritos.

Dalia salió de la habitación diciendo que iría a casa de Flox. Oh, no, no, pensé, no donde los Polimón. Cuando oí a Cícero y a Duff Burdock decir que iban a casa de Grisam, grité:

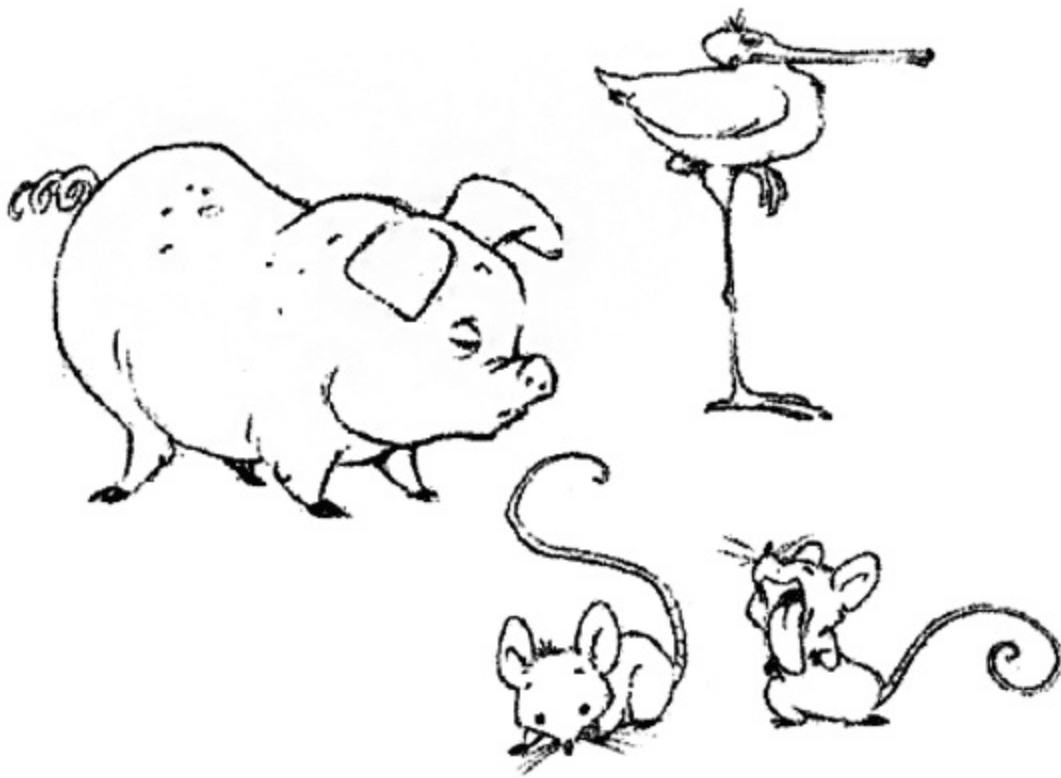
—¡Están allí! —Y suspiré de alivio: estaba claro que las encontrarían muy pronto y todo se resolvería con un buen castigo general. Pero, entonces, ¿por qué mis antenitas seguían vibrando? Tenían un presentimiento, captaban un peligro... ¡Babú! ¡Babú estaba en peligro!

—¡Deprisa, deprisa, busquen a Babú! —volví a gritar—. ¡¡BABÚ ESTÁ EN PELIGRO!!

La granja de los Poppy



En la granja había muchos animales: ocas, gansos, gallinas. Babú habría querido jugar con ellos, pero Shirley tenía la determinación de mostrarle un viejo carromato abandonado en el prado frente a la casa.



—Era de mis padres —explicó—. Con él viajaron por el mundo representando comedias y tragedias de pueblo en pueblo. La gente acudía y a veces pagaba para verlos interpretar: «¡VENID, GENTES! ¡VENID A VER A LA ESPLÉNDIDA ABERDEEN EN EL PAPEL DE LA GITANA ESMERALDA!», gritaba

papá. Él dibujaba los telones y tía Malva cosía los trajes de mamá. Están aquí dentro... —Shirley enseñó a Vainilla un gran baúl atestado de ropas, algunas de aspecto precioso, otras poco más que harapos.

—Me han dicho que era muy guapa... y que estaba perfecta en todos los personajes que interpretaba: reinas, princesas, gitanas... No la conocí.

—¿No conociste a tu madre?

Shirley negó con la cabeza.

—Desapareció el día en que yo nací. La última vez que la vieron estaba en el acantilado del faro. Creo que el mar se la tragó. Por eso no me acerco al mar, él se llevó a mi madre.

—Lo siento mucho —dijo Babú acariciándole una mano.

Shirley cerró el baúl y saltó del carromato:

—Voy a enseñarte otra cosa...

Entraron en la casa. Si el carromato de actores había asombrado a Babú, la casa la dejó pasmada. Estaba abarrotada de los objetos más extraños que Vainilla había visto en su vida: lámparas de vidrio soplado, jarrones lacados, pipas de más de un metro de largas, escudos y retratos reales, teteras absurdas, telas que servían de cuadros y cestitas que eran sombreros... Ni un solo centímetro de aquella casa había quedado libre. Y por todas partes cortinas y cojines de colores brillantes, algunos enriquecidos con delgadas monedas de oro, otros con gemas y piedras preciosas. Shirley explicó a Vainilla que la mayor parte de aquellos objetos provenía del Lejano Este y que eran regalos de príncipes y emperadores a su familia.

—... Era su manera de agradecerles el ameno entretenimiento, ¿entiendes? —dijo Shirley—. Piensa que llegaron a actuar ante el marajá de Maltelia.

—¡Caray! ¿Y dónde está Maltelia? —preguntó Babú.

—Oh, está muy lejos. ¡Se tardan varias HORAS en llegar!

Vainilla pensó que Shirley mentía. Se necesitaban meses y no horas para llegar hasta el Lejano Este. Pero quizá se equivocaba. Ante la duda, no preguntó nada más y siguió a la niña por una escalera de madera muy empinada.

—Aquí duermo yo —dijo Shirley, enseñándole orgullosa el rincón que le habían reservado en la buhardilla. A Vainilla le pareció un lugar muy cómodo y acogedor.

—Ojalá tuviera yo un cuarto tan bonito sólo para mí —dijo.

—Espera, ahora la saco... —Shirley se metió bajo la cama—. La guardo aquí porque papá opina que pierdo el tiempo. Yo creo que se equivoca... —poco después reapareció con una tela de araña enredada en el pelo y una carpeta llena de hojas—. Eres la primera persona a la que se los enseño... —dijo entregándole a Vainilla el cartapacio.

—¿Qué son?

—¡Dibujos! Venga, ábrela.

Apenas soltó el lazo, la carpeta se abrió y centenares de hojas volaron dispersas por el suelo.

—Perdona, lo siento. Soy una inútil. Ahora las ordeno...

—No te preocupes, a mí también me ocurre siempre —la tranquilizó Shirley—. Necesitaría otra carpeta para guardarlos todos.

Pero Vainilla ya no escuchaba. Había tomado algunas hojas y las observaba extasiada. Nunca había visto dibujos tan bonitos, tan... ¡magníficos! Eran animales, sobre todo de la granja, pero también animales del bosque: ardillas, gamos, un gran sapo con aire esnob, cangrejos y puerco espines. Había también un sauce precioso.

—Son tan bonitos que parece que están vivos... —dijo Babú. Por el suelo vio retratos: el señor Poppy ocupado en tallar algo, su tía Malva cosiendo y... ¡Vainilla!

—¡Esta soy yo! ¿Cuándo lo has dibujado?

—Ayer por la tarde. Eres tú en el acantilado. Te pareces, ¿verdad?

—Vaya que sí, parece una foto. Lo quiero, pero antes debes firmármelo.

—No hace falta, tú ya sabes que lo he hecho yo.

—Sí, pero la firma del autor hace más valiosa la obra. ¡Venga, fírmalo!

—A lo mejor en otra ocasión...

—¿Cuándo? ¿Tienes una pluma? Venga, escribe «Shirley» aquí...

—No, de verdad, prefiero no hacerlo.

—Vamos, ¿por qué no quieres firmarlo?

—No es que no quiera... —Shirley lanzó un largo suspiro y Mr. Berry se le acercó para hacerle una caricia.

—¿No te gusta tu nombre? ¿Es por eso?

—¡Es que no sé escribir! —admitió Shirley bajando los ojos.



¡Tu nombre eres tú!



Vainilla se quedó en silencio. Luego recordó la reacción de Shirley ante el regalo de su tía...

—No tiene importancia, yo te enseñaré —dijo—. Y tú, a cambio, me enseñarás a dibujar y a hacer esos bonitos hechizos que he visto en el prado, ¿vale?

Shirley sonrió y asintió con la cabeza.

—Para empezar, aprenderás a firmar... Toma la pluma que te ha regalado tía Tomelilla.

—Oh, esa... ¡no escribe!

—Ayer, cuando la probaste, escribía.

—Sí, pero luego he tratado de escribir una palabra y ella... si te lo digo no me vas a creer, es mejor que lo veas por ti misma... —dijo Shirley tomando la pluma de búho real.

Babú mojó la punta en el tintero y escribió su nombre: VAI-NI-LLA.

—¡Funciona muy bien! —dijo mostrando a Shirley lo que había escrito.

—¿Ah, sí? Mira aquí.

Shirley apoyó la pluma sobre la hoja y trazó un garabato que parecía una señora gorda. Estaba muy concentrada y para ayudarse, se mordía la lengua con los labios.

—... bbb —pronunció. Después hizo una especie de casita que supuestamente era una A. Vainilla lo intuyó porque la boca de la niña estaba muy abierta—. BA... —dijo entonces Shirley. Luego, empezó a escribir la tercera letra. Dibujó a otra señora gorda, pero se detuvo demasiado pronto y, en vez de una B, escribió una P. Con una furia inaudita, la pluma se soltó de su mano, trazó una gran X sobre la P y, furibunda, volvió a su caja, cerrándola tras de sí. Vainilla la miró desconcertada.

—¿Has visto? ¡Ayer por la tarde hizo lo mismo! —explicó Shirley.

—¡Es genial! —exclamó Babú—. ¿No lo entiendes? ¡La pluma se niega a escribir errores! No

sólo eso, los marca para que puedas corregirlos —y rompió a reír—. Si Pervinca tuviese una pluma así, terminaría pegándose con ella: Vi se divertiría escribiendo errores sólo por ver enfurecer a la pluma.

Las dos niñas rieron a la vez. Después, Babú tomó la mano de Shirley en la suya y dijo:

—¿Qué querías escribir ayer?

—No tiene importancia —respondió ella—. Más bien, ayúdame a firmar tu dibujo.

Suavemente guiada por Vainilla, Shirley empezó a escribir su nombre:

¡... S... H... I... R... L... E... Y!

—Ya está —dijo Vainilla al final—. ¡Esta eres tú!

—Mi nombre... —por la manera de pronunciar estas palabras, parecía que Shirley Poppy hubiera descubierto el mundo entero en vez de siete pequeñas letras.

El sonido de un reloj de abajo hizo sobresaltar a Vainilla.

—¿Las siete? Qué tarde es. Tengo que regresar, mis padres ni siquiera saben que estoy aquí. Saludo a los tuyos y me voy pitando...

—Oh, papá no está y tía Malva estará cosiendo, y cuando cose ni oye. ¡Y siempre está cosiendo! —contó Shirley.

—Sí, lo he oído decir. ¿Y qué cose? —preguntó Vainilla siguiendo a la niña por la escalera.

—¿Quién lo sabe? No se lo enseña a nadie. Se pasa todo el día en su laboratorio y sólo sale cuando ya es de noche.

—¿Y quién se ocupa de ti durante el día?

—¡Barolo! Y Mr. Berry, y también Antena, la grulla que vive en nuestro tejado.

—Sí, pero ¿quién cocina, quién lava, quién plancha? —en casa de los Periwinkle, todo eso le tocaba a mamá Dalia.

—¡Yo! —respondió Shirley—. Y a veces papá. Pero no hay que esperar grandes platos...

—¿Tú cocinas? —Vainilla pensó que su amiga estaba mintiendo otra vez.

—Las tortillas de hierbas y el suflé de acederas son mis especialidades. Si quieres, un día las puedo hacer para ti.

Babú sacudió la cabeza: ¡ella y su hermana apenas sabían calentar la leche!

—Te acompaño un trecho... —dijo Shirley adelantándose.

El Bosque-que-canta



Atravesaron la era. El sol se había ocultado tras las nubes y Babú notó que las gaviotas volaban muy alto: señal de que estaba a punto de llover. Se preocupó, y aún más cuando vio que, en vez de ir en dirección al pueblo, Shirley había tomado el sendero del bosque.

—¿Adónde vamos?

—Sígueme, conozco un atajo —respondió la niña con seguridad.

Caminaron hasta un claro y, allí, Shirley se detuvo.

—Aquí vengo a menudo a dibujar —dijo—. Papá no quiere, dice que el Bosque-que-canta no es lugar para niños. Pero a mí me gusta...

—¿Estamos en el BOSQUE-QUE-CANTA? ¿Pero no sabes que estos árboles son ciudadanos del valle que han infringido la ley? ¡Vámonos! —exclamó Babú aterrorizada.

—¿Por qué? No hacen nada —dijo Shirley—. Es verdad, han infringido la ley, pero la mayor parte de ellos lo hizo por amor. Estarán contentos de tener compañía. Por ejemplo este, —Shirley indicó un hermoso sauce de ramas finas—, estoy segura de que no hizo nada malo y, si lo hizo, sería por el bien de alguien. ¿No lo encuentras increíblemente elegante y distinguido? ¡Es mi favorito!

Vainilla reconoció el árbol del dibujo.

—Sí, tienes razón, no tiene aspecto de ser un criminal peligroso. Quién sabe quién era... Eh, ¿qué ruido es ese? ¿Tú también lo oyes?

—A mí me parece música.

—No, no, es el viento entre las hojas...

—Eso cree también mi padre. Tía Malva, en cambio, dice que los prisioneros del Bosque cantan siempre una canción, una especie de nana para aquellos a quienes amaron. Por eso lo llaman el Bosque-que-canta... Yo me lo creo.

—Ahora sí que se me ha hecho tarde. Tengo que irme —dijo Vainilla. En ese momento, Barolo y Mr. Berry, que durante todo el rato había estado comiendo arándanos, se pararon para olisquear el aire.

—Te acompaño un poco, así te enseño el camino —dijo Shirley. El ratoncito se encaramó al hombro de su ama y enseñó su lengua azul—. Te va a dar dolor de barriga, amigo mío —lo amonestó Shirley.

—¿Y si tuviera la lengua azul porque hay peligro? —preguntó Babú cada vez más intranquila.

—¿Tienes miedo? ¿Quieres que vayamos contigo hasta tu casa?

—Y luego, ¿tú qué haces?... No, mejor que no. Pero démonos prisa, está atardeciendo y ya no puedo volar.

—Entonces te acompañará Barolo, él encuentra siempre el camino de vuelta.

Barolo ladró algo.

—Bien, ha dicho que será un placer.

—¡Me lo imagino!

—No, es verdad. ¡Barolo nunca miente!

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Entiendes el lenguaje de los animales?

—¡Claro! —respondió Shirley seriamente—. No todas las palabras, pero capto a menudo el sentido de lo que dicen.

—¿Te burlas de mí?

—No, ¿por qué iba a hacerlo?

—Entonces eres una bruja realmente especial, Shirley Poppy. Yo no tengo ni la mitad de tus poderes...

—Ahora marchaos, ¡pronto! —dijo Shirley abrazando a su amiga.

Barolo se adelantó y, con la nariz pegada a la tierra, fue abriendo camino.

La mentira de Scarlet



En casa de los Polimón, Flox y su madre, Rosie, se ofrecieron a ayudar a Dalia en la búsqueda, y tía Hortensia propuso un plan.

—Diede que hayan sido raptadas, cierto, pero también podría tratarse simplemente de una travesura. Hasta que no lo sepamos, yo creo que no es el caso de alertar a todo el pueblo, así que discreción. Devién, tú sobrevolarás todas las calles y plazas e intentarás ponerte en contacto con Felí. Nada más tengas noticias, correrás a advertirme. Rosie, toma a Dalia del brazo e id hacia la muralla externa. Flox y yo iremos al puerto y luego a la playa... Si Cícero y Duff han ido a casa de los Burdock, seguro que habrán atravesado la plaza, no vale la pena volver a ella.

Era un buen plan, pero tía Hortensia se equivocaba en algo: Duff y Cícero no habían atravesado la plaza. Temiendo la palabrería de Roble, habían decidido ir por otro camino.

—Cortemos por el mercado. Es un poco más largo, pero no mucho —había sugerido el señor Burdock. Acababan de atrás el mercado cuando oyeron una voz a sus espaldas que los llamaba por su nombre.

—Señor Periwinkle, señor Burdock, ¡buenas tardes! —era la hija del alcalde, que aparecía de no se sabe dónde.

—Oh, Scarlet, ¡qué suerte! ¿Has visto a mis hijas? —preguntó en seguida el señor Cícero.

—¿A las gemelas? Mmm, tal vez...

—¿Dónde? Es urgente que las encontremos.

—Bueno, señor Periwinkle, eso sería como chivarme, comprenda...

—Oh, no te preocupes, no se lo diremos a nadie. Bien, ¿dónde las has visto?

—¡Mi boca está sellada! Vainilla y Pervinca son amigas mías y por nada del mundo les causaré problemas.

—No las meterás en ningún problema, sólo quiero hablar con ellas...

—Créame, señor Cícero, si le dijera dónde están, usted se enfadaría muchísimo y sólo pensar que mis amigas acaben castigadas por mi culpa...

—Pero si no las voy a castigar. Y no me enfadaré, ¡te lo prometo!

—Aunque... —era evidente que Scarlet les estaba tomando el pelo— quizá un pequeño castigo las ayudaría a madurar.

Duff Burdock perdió la paciencia.

—Scarlet Pimpernel —gruñó—, si no nos dices ahora mismo dónde están las hijas de Periwinkle, te agarraré del pelo, te arrastraré hasta tu madre y le diré que, en vez de estar con tu tía Güenda, como has prometido, estabas por ahí vagabundeando y espiando a los hijos de los demás. Bien, ¿dónde están?

—¡No se atreverá! —protestó Scarlet con los dientes apretados.

Ante un desafío así, el instinto felino de un mago de la oscuridad empieza a lamerse los labios. Duff Burdock adoptó la expresión del gato que invita a jugar al ratón.

—¡Ponme a prueba! —dijo tranquilo—. Empezaré a contar: uno... dos...

—¡Está bien, se lo diré! —gritó Scarlet a la de tres—. Pero se lo advierto, ¡no les va a gustar! Miss Enamorada Pervinca está en el jardín de su hermano, señor Burdock, y se está besando con su sobrino Grisam, que le ha regalado un anillo de compromiso; de latón, creo yo. Y Miss Tristeza

Vainilla ha estado espiándolos hasta hace unos minutos y luego ha huido lloriqueando.

—¿Huir adónde? ¡Babú no ha vuelto a casa! —estaba claro que en aquel momento al señor Cícero no le importaba quién había besado a quién, sino que sus hijas estuvieran bien.

—Me parece haberla visto tomar el sendero que lleva a la Roca —respondió distraídamente Scarlet—, pero puedo equivocarme. En el fondo, ese sendero lleva a tantos sitios... ¿no es cierto? Ahora, si me perdonan, me voy a casa. *Au revoir*, ¡adiós muy buenas!

Scarlet dio por terminada la conversación con una mueca y el señor Burdock se la devolvió sacándole la lengua.





Una está a salvo...



Poco después, los dos hombres llegaron a casa de los Burdock. Pervinca no se estaba besando con Grisam. A decir verdad, estaba saliendo, con su mochila a la espalda, para volver a casa, pero a esas alturas ya estaba metida en aprietos, y además gordos.

—Te lo ruego, papá, delante de Grisam no —suplicó en voz baja. Fue inútil.

—¿SE PUEDE SABER DÓNDE TENÉIS LA CABEZA? —gritó el señor Cícero presa de los nervios—.

¿Dónde está tu hermana?

—Creía que había vuelto a casa... —balbució Vi.

—En casa no está. Scarlet nos ha dicho que la ha visto tomar el sendero de la Roca...

—¿Scarlet? ¿Y ella qué sabe?

—¡Sabe muchas cosas, créeme! Entonces, ¿ha huido hacia la Roca después de haberos visto, sí o no?

—¿Vernos? ¿La Roca? ¿Pero de qué estás hablando? Babú y yo hemos discutido hace más de una hora. Yo he venido a casa de Grisam y ella... ¡no sé adónde ha ido!

—Cálmate, Cícero —intervino el señor Burdock—. Felí está con ella, la hará razonar...

—¡Felí no está con ella! —interrumpió Pervinca.

—¿Qué significa eso? ¡Pues claro que está con ella!

—No, no lo creo.

—Pervinca, te lo advierto, mi paciencia tiene un límite. ¡Di lo que sepas ya!

Pero Vi no dio más explicaciones. Miró a su padre a los ojos un instante y, después, empezó a correr hacia casa. Sólo dijo:

—Voy a dejarla libre. Vosotros buscad a Babú.

—¿A dejarla libre? —el señor Burdock se sobresaltó—. ¿Dejar libre a quién?

—¡Oh, no, la han encerrado otra vez en el tarro! —exclamó Cícero golpeándose la frente con

la palma de la mano.

Grisam hizo ademán de seguir a Pervinca, pero su tío lo retuvo un momento por el hombro:

—Ahora vete, hijo, ¡pero después hablaremos tú y yo!

¡Libre!



Oí gritos y luego pasos apresurados en la escalera. La puerta se abrió y vi a Pervinca irrumpir en la habitación y precipitarse hacia mí. Detrás de ella estaban Dalia y Tomelilla.

—No sabemos dónde está Babú —gritó Vi con lágrimas en los ojos.

—¡Lo sé! —dije—. No hay tiempo que perder.

—¿Sabes dónde está? —preguntó Tomelilla.

—Creo que sí, ¡sígueme!

Fuera, tía Hortensia y Devién nos esperaban.

—Felí, te he buscado por todas partes, pero algo entorpece nuestras señales. Hasta hace poco no había comprendido que estabas en casa —dijo Devién volando hasta mí.

—No te preocupes, ahora vamos a buscar a Babú.

—Adelántate tú, yo voy con los niños a advertir a Cícero y Duff, y luego os alcanzamos.

¿Adónde vais?

—¡Frentebosque! —informé poniéndome a la cabeza del grupo de búsqueda.

—¿Frentebosque? Pero Scarlet Pimpernel le ha dicho a mi padre que la ha visto ir hacia la Roca —exclamó Pervinca.

—¡Scarlet Pimpernel es una mentirosa! —grité alejándome con las brujas.

—¿Y nosotros qué hacemos? —preguntaron Rosie Polimón y Dalia, que se habían quedado en tierra.

—¡Avisa al pueblo, Rosie! —contestó tía Hortensia—. ¡Toca las campanas de la Torre!

Nos volvimos de nuevo para despedirnos de ellas. Dalia estaba inmóvil delante de la puerta de casa y tenía las manos apretadas sobre el corazón.

—¿Y yo? —preguntaba con un hilo de voz.

—Ilumina el camino de vuelta, Dalia, y prepara consuela y leche caliente —le gritó Tomelilla—. Volveremos pronto... ¡Todos, te lo prometo!

La sombra del enemigo



Los relámpagos iluminaban las nubes en el horizonte y las ráfagas de viento dificultaban la marcha. A los dos compañeros de viaje les llegó el olor de la lluvia. La noche ya había

—¿Oyes a los grillos, Barolo? —preguntó Babú para romper el silencio que los rodeaba—. Yo no... Menos mal que vienes conmigo, si no estaría muerta de miedo... ¡Qué enfadados deben de estar papá y mamá!

Y empezó a llover.

Un extraño ruido hizo detenerse a Barolo. Viéndolo quieto, como ante una presa, Babú se asustó.

—A lo mejor es un zorro... —dijo—. Hay muchos por estos lugares, pero no son peligrosos, ¿sabes? Sí, ya lo sabes... ¿Qué hacemos?

Barolo miró a Vainilla y esta comprendió:

—¡Corramos!

Corrieron a más no poder seguidos por el ruido de pasos, de muchos pasos. Pasos humanos.

—¡Espérame, espérame! —gritó Babú. Barolo volvió atrás y corrió a su lado incitándola a darse más prisa.

Pero el sendero era accidentado y, en la oscuridad, Babú se cayó.

Rodó por una pendiente que parecía no terminar nunca, entre zarzas y peñascos... Rodó, rodó y rodó. Cuando se detuvo estaba sola junto a un muro.

Oyó a Barolo ladrar a lo lejos.

—¡Estoy aquí! —dijo poniéndose en pie y limpiándose las hojas y el barro. Habría querido llamarlo, chillar. Pero tenía miedo de que la oyeran. ¿Quién la estaba siguiendo? Miró en torno y no vio más que oscuridad. Recorrió a tientas el muro hasta una vieja verja oxidada.

Y entonces se dio cuenta: había caído cerca del viejo cementerio celta. Las piernas se le paralizaron. ¿Qué podía hacer? Oyó otra vez a Barolo llamándola e, inmediatamente, gritos. ¡Gritos terribles!

Se acordó, de pronto, de la brújula.

—¿Hacia dónde debo andar? ¡Dímelo, pronto! —la interrogó. El cuadrante empezó a girar rápidamente. Ocho, nueve, diez vueltas y luego se paró—. ¿Por ahí? —preguntó Vainilla maravillada—. Te equivocas, Fairy Oak está del otro lado. Por ahí se va al Bosque-que-canta y no quiero volver.

Babú devolvió el objeto al bolsillo y se encaminó hacia el pueblo. Pero la brújula empezó a vibrar con fuerza en su costado.

—Te he dicho que no voy a volver a ese bosque, ¡para ya! —exclamó Vainilla aferrando la brújula para aplacarla. Cuando levantó los ojos, vio ante ella algo que le confortó el corazón—: ¡Una luciérnaga! Tenía yo razón, entonces. ¡Este camino es seguro!

No había terminado de hablar cuando oyó a Barolo ladrar ferozmente a los terribles gritos. Se detuvo: si estaba ocurriendo algo, ¿por qué no huía la luciérnaga? La observó mejor y notó que el insecto danzaba en pequeños círculos concéntricos justo delante de ella. Recordando la lección de su tía, Vainilla contó los resplandores. Tres cortos, tres largos, de nuevo tres cortos... ¡PELIGRO! Eso era lo que decía la luciérnaga: ¡PELIGRO! Vainilla sacó la brújula y vio que el cuadrante seguía indicando que volviera atrás.

Dio la vuelta y, sin pensárselo más, se puso a correr hacia el Bosque-que-canta.

Mientras, los ladridos y los gritos se habían mezclado hasta ser un solo ruido: Barolo estaba luchando para salvarle la vida. Oyó de nuevo los pasos detrás de ella y voces tan cercanas que consiguió entender lo que gritaban:

—¡PRENEDLA, PRENEDLA VIVA!



Guiados por mis antenas, sobrevolamos el acantilado y nos dirigimos a Frentebosque.

—¡Ha estado aquí! —grité cuando pasamos por encima del antiguo cementerio.

—¿La ves? —preguntó Tomelilla.

—No, todavía no... —Luego, de improviso—: ¡Allí! Esa trifulca... me parece que es Barolo. Está peleando con... ¡sombras, sombras negras!

—No son sombras, son emisarios del enemigo —dijo tía Hortensia descendiendo—. Son magos vestidos de negro, sus aliados. ¡Bajo a ayudarlo! Vosotras buscad a Babú, os alcanzaré...

Rápida como un halcón, la bruja se separó de nosotros y descendió hacia Barolo para librar con él una tremenda batalla en tierra.

La observamos unos instantes, luego la lluvia arreció y el cementerio desapareció de nuestra vista.

—¿Y ahora por dónde? —gritó Tomelilla. No lo sabía, de repente había perdido la señal.

—Hay algo delante de nosotros, una especie de... energía, algo enorme que me impide recibir

señales —balbucí.

Vi a Tomelilla detenerse en el aire y con ojos desesperados mirar a su alrededor en busca de un rastro. Parecía inerte y asustada, y me impresionó mucho verla en aquel estado: me sentí tonta e inútil, pero por mucho que me concentrara no conseguía captar nada salvo a mí misma.

Mientras intentaba ordenar deprisa mis ideas, oí un grito. Una vocecita lejana.

—¡Felíííí! ¡Felíííí, estoy aquíííí! ¡Aquí abaaajo! —llamaba.

—¡¿Pic?! ¿Dónde estás?

—Aquíí abaaajo, ¿me ves? ¡Tengo algo para vosootros!

Me incliné esperando percibir la luz del hada, pero se me llenaban de agua los ojos y las gotas que me golpeaban hacían que diera continuos bandazos.

—No te veo, Pic, no puedo verte... —sollocé desanimada.

—Estoy aquí... —dijo ella muy cerca.

Me volví y por un instante pensé que soñaba: Pic había volado hasta mí en medio de la tormenta.

—Os he seguido y he encontrado esto en el suelo —dijo tendiéndome algo. Traté de agarrarlo, pero Pic descendió bruscamente unos metros. Su vuelo era muy inestable y tuve que hacer varios intentos para tomar la brújula de Babú. ¡La había perdido!

—Señala hacia el Bosque-que-canta. ¡Id, aprisa! —nos instó Pic, dándome un empujón.

Le di las gracias emocionada y regresé con Tomelilla.

La batalla



Siguiendo la dirección que indicaba la brújula, volamos a través de la lluvia hacia el Bosque-que-canta. Volábamos bajo con la esperanza de ver a Babú.
Y así fue:

—¡ESTÁ ALLÍ, VA CORRIENDO ! —grité reconociendo los colores de su vestido—. ¡Y ALGUIEN LA PERSIGUE!

Nos lanzamos en su dirección, pero una gigantesca nube negra nos cerró el paso. Cuando Tomelilla intentó atravesarla, una fuerza invisible la detuvo y la repelió violentamente.

—¡ALTOAHÍBRUJA! —exclamé, temiendo que la bruja fuera a estrellarse contra el tronco de un viejo árbol. Tomelilla dejó de girar y se detuvo. Le pesaba la ropa, por la lluvia, y tenía el pelo desordenado, pero no se veía en ella ninguna intención de rendirse. Reunió sus fuerzas y se lanzó de nuevo contra la nube. En ese momento, sin embargo, la masa negra se convirtió en una rugiente maraña de rayos.

«Va demasiado rápida para detenerse, ¡terminará dentro y la alcanzarán!», pensé. Cerré los ojos y, en un intento desesperado, envié un soplodehada: sabía que, bien medido y enviado en el momento justo, puede salvar una vida.

—¡Entrebrujayrayo! —ordené. Un resplandor cegador envolvió a Tomelilla y yo sentí que me desmayaba. Contuve la respiración y empecé a contar—: Uno... dos... tres... —después, un escalofrío y... ¡ahí estaba!

—¡NO ME DAS MIEDO! LUCHAS DE UNA MANERA NUEVA, PERO TE CONOZCO Y SÉ LO QUE QUIERES, ¡NO VENCERÁS! —gritaba furibunda hacia el enemigo. Estaba viva y más combativa que nunca.

Yo, en cambio, estaba paralizada de miedo. ¡El Terrible 21! Era la segunda vez que me encontraba luchando con él para defender de su ferocidad a las personas que quería. Sin embargo, no sabía quién era, ni él sabía nada de mí, y a mis ojos esto lo hacía todo aún más espantoso.

La voz de Tomelilla me llegó como una sacudida:

—¡FELÍ, VUÉLVETE INVISIBLE Y ALCANZA A BABÚ! —ordenó.

Me repuse al instante.

—¡Hadadeaire! —obedecí. Mientras desaparecía a la vista del enemigo, vi a Tomelilla convertirse en una espléndida libélula.

Apreté los párpados un momento y penetré en la lluvia. Sorteé la madeja de rayos y volé de nuevo en busca de Vainilla.

Sobrevolé él bosque mirando a todas partes, pero no parecía haber ni rastro de Babú. De pronto, una pequeña figura apareció entre los árboles batidos por el viento. Huía seguida de siniestras figuras.

—¡CORRE, BABÚ, CORRE! —le grité—, ¡CORRE TODO LO QUE PUEDES!

No podía oírme, los truenos eran ensordecedores y yo estaba demasiado lejos aún. De todas formas, seguí gritando y aceleré mi vuelo, pese a saber que nunca conseguiría llegar hasta ella antes que los otros.

De repente, Babú desapareció.

Los emisarios llegaron al lugar donde un momento antes estaba la niña y se detuvieron perplejos. Por fin los alcancé y volé en torno a ellos.

Hortensia tenía razón, eran Mágicos, quizá incluso habitantes del pueblo, vestidos y encapuchados de negro. Tan de cerca, oí bien sus voces, pero no reconocí ninguna.

¿Dónde estaba Babú?

La rama de un sauce me rozó la espalda. ¿Podía verme? Evidentemente sí, pues me hizo un gesto para que la siguiera. Subimos juntas hacia la parte frondosa más alta y cuando estuvimos casi en la cima se detuvo.

Apartó algunas hojas y me indicó que mirara: envuelta entre sus ramas, en un nido mullido y protegido, estaba Vainilla. Estaba acurrucada y temblaba de miedo. Las ramas del sauce la habían asido y traído a lugar seguro.

—¡Babú, soy Felí! —susurré volviéndome visible de nuevo.

—¿Felí? ¿Eres tú de verdad? —dijo ella, separando apenas los brazos de la cara. Cuando me vio, su alegría fue inmensa, y la mía... ¡Habría querido tranquilizarla, llevarla a casa, pero no había tiempo!

—Tengo que volver con tu tía —dije—. Quédate aquí y no te muevas hasta que no oigas otra vez mi voz, ¿de acuerdo? No te muevas, Babú, ¡por ningún motivo! El sauce te protegerá.

La besé en la frente y volví a la batalla.



A través de la tormenta volví a ver la maraña de rayos que se retorcía en el cielo. Era mayor y más densa que antes y el corazón se me subió a la garganta... Habría podido escapar y dejar a mi bruja a merced de su destino, ¡pero nunca lo haría!

Así que avancé, aleteo tras aleteo, tragándome el miedo. Intentaba no pensar en esos

tentáculos de fuego que, enloquecidos, azotaban y restallaban con un fragor petrificante en torno a la pequeña libélula. Tenía heridas las alas, pero seguía combatiendo, zigzagueando entre los rayos y convirtiendo los que podía en hilos de seda dorada.

Tenía que llegar hasta ella, decirle que Vainilla estaba a salvo: esto le daría nuevas fuerzas y esperanzas... Me hice invisible y, con la ayuda de mil soplosdehada, logré acercarme a Tomelilla, justo el tiempo para darle la noticia. Luego un rayo nos separó de nuevo, pero desde lejos vi que sonreía.

En medio del campo de batalla, de golpe se me pasó el miedo. Luché e incluso acerté a asestar algunos buenos golpes, pero dentro de mí no dejaba de pensar: «¿Cuánto tiempo podremos resistir todavía?».

De repente, un rumor que no había oído en mi vida hizo temblar el valle. Era la voz de un animal gigantesco. No tuve valor para volverme, cerré los ojos y esperé que llegara mi final...

No sé qué hizo que los reabriera, puesto que el rugido estaba ya sobre mi cabeza. Después me sentí increíblemente feliz de haberlo hecho. Lo que vi superó todo mi miedo, toda imaginación, toda fantasía que hubiera albergado en mi joven cabeza: ante mí estaba el majestuoso dragón blanco de Dum y a lomos de él, soberbia y hermosa, ¡cabalgaba mi bruja! El dragón volaba elegante y seguro entre los relámpagos, indiferente a sus ataques: las descargas de fuego se apagaban contra él y tampoco parecían poder alcanzar a Tomelilla, como si un escudo invisible la protegiera.

Furiosa e impotente, la maraña gritaba y se contorsionaba de rabia. Luego, de repente, se transformó.

Rayos y truenos se esfumaron y por un instante creímos que habían vuelto a la forma de nube. Pero el ensordecedor zumbido que emitía nos convenció de que se trataba de algo nuevo, ¡algo que jamás habíamos visto y no habríamos querido ver!

En menos de lo que se tarda en decirlo, nos rodeó un espantoso enjambre de langostas negras, con patas afiladas como cuchillas de afeitar. Un momento después las teníamos ya encima...

Fue uno de los combates más impresionantes que haya vivido nunca: desde la grupa del dragón, Tomelilla lanzaba hechizos de mariposas, pero por muchas langostas que consiguiera transformar, otras tantas o incluso el doble volvían a atacar. Hasta el fuego del dragón parecía no tener efecto sobre ellas: incluso ardiendo, seguían agrediéndonos, traspasando nuestras ropas e hiriéndonos.

No obstante, Tomelilla no parecía darse cuenta. Sus heridas se cerraban en seguida y la energía de la bruja era infinita. De todos modos, el enemigo había elegido bien su arma: sabiendo que una Bruja de la Luz no puede desaparecer, había lanzado contra ella armas minúsculas y agudas. Se convirtiera en lo que se convirtiera, las langostas harían blanco.

—¡NO ECHES FUEGO, MI FIEL NAIM, SINO VIENTO CONTRA ELLAS! —gritó la bruja al dragón, haciendo con fuerza las riendas.

El dragón comenzó a batir sus grandes alas con energía, cada vez más fuerte... Tuve que aferrarme a su crin para no ser barrida, pero la idea funcionó. Las enormes turbulencias creadas por aquel poderoso movimiento abrieron un hueco en el enjambre y conseguimos huir por él.

Pero fue un sueño breve.

Los animales se apresuraron a formar de nuevo las filas compactas de su ejército y, rápidos como la corriente, se lanzaron tras nosotros.



Huimos hacia el pueblo. Tomelilla, sin embargo, tiró de pronto de las riendas de Naim:

—Así las conducimos a nuestras casas... ¡Debo detenerlas! —dijo encarando al enemigo.

«¿Debo? ¿Y yo?». Busqué su mirada para comprender lo que quería que hiciera... Porque había dicho «debo» y no «debemos», ¿por qué no me había dado la orden de combatir, o bien la de huir? La miré de nuevo, pero ella no se volvió. Montada en su dragón, esperaba valientemente la llegada del enjambre.

A lo lejos se vislumbraban ya las luces del pueblo. Dalia, siguiendo el consejo de Tomelilla, las había hecho encender todas... Respiré profundamente y me volví también.

—Aquí me tiene, Tomelilla, siempre me tendrá —dije situándome a su costado.

No recuerdo lo que pensaba mientras miraba cómo el enjambre se hacía cada vez mayor, pero estaba con las criaturas más maravillosas que había conocido y esto me procuraba una extraña paz. Desde luego, el corazón me latía con fuerza: éramos tres contra tres millones, pero podíamos ralentizar su carrera y así dar tiempo a los demás Mágicos a prepararse... ¡Qué valor da la esperanza!

Finalmente... llegaron. Mi corazón dejó de latir y me pareció que no oía ya ningún ruido.

Estaba lista.

Pero algo me hizo sobresaltarme, unos gritos a mi espalda. Me volví lentamente y el corazón me estalló de alegría: Duff, Hortensia, Devién, Talosén y Lolaflor volaban hacia nosotros. ¡Y no estaban solos! Detrás de ellos, un ejército entero de Mágicos volaba en nuestra ayuda: Calicanto Winter, Butomus Rush, Matricaria Blossom, Cardo, Meum, Siringa Beldell, Verbena Well, Rex Estrelicia, Lilium Martagon... incluso Margarita de Transvall, la maestra...

Todos, ¡estaban todos!

¡Ahora sí que podríamos vencer!



La batalla que se desencadenó fue larga y agónica. Duró toda la noche y todo el día siguiente, y marcó el fin de una época y el principio de otra para el valle de Verdellano.

Los niños de Fairy Oak se saben de memoria este capítulo de la historia y aún hoy se apasionan leyendo la gesta de sus abuelos, magos y brujas, que combatieron codo con codo para salvar su valle.

Yo no voy a contarla, ahora no. Pero sí os diré cómo terminó, y descubriréis por qué aquella batalla fue tan importante.

Juntas de nuevo



Cuando la paz y el silencio volvieron al valle, la victoria era nuestra. Pero las huellas que había dejado el enfrentamiento confirmaron la atroz sospecha que Tomelilla había tenido desde el principio...

Mientras los magos y brujas se felicitaban unos a otros y ayudaban a los heridos, volé hacia el sauce en busca de Vainilla. La encontré llorando, quizá de alegría, quizá de cansancio, quizá por ambas cosas. Le besé las lágrimas y le sonreí.



—Todos estamos bien —le dije.

Las ramas del sauce se abrieron por encima de nosotras y nos bajaron despacio al suelo, donde Tomelilla y Cícero esperaban ansiosos para abrazar a la niña.

—¡Estás sana y salva! —sollozó Cícero estrujando a Vainilla en un largo abrazo. También llegó Barolo, que ladró de alegría, y ella le dio las gracias:

—No lo habría conseguido sin ti, ¡eres un amigo valiente! —dijo acariciándolo. Luego se arrojó a los brazos de Tomelilla—. Oh, tía, he pasado tanto miedo por ti...

—Ha sido duro —respondió ella—. Pero hemos salido triunfantes, por muy poco...

«¡Y tan poco!», pensé.

—Vamos a casa. Aunque antes tendrías que darle las gracias a alguien...

Agarrando a su tía de la mano, Babú acarició el tronco del sauce:

—¡Shirley tiene razón, eres todo un caballero!

—... O toda una dama —intervino Tomelilla.

—Sí... Gracias por haberme salvado, ¡vendré a verte cada vez que pueda! —dijo Vainilla.

Nos encaminamos por el sendero de vuelta. Tomelilla, sin embargo, se quedó un poco atrás,

como si esperara a alguien. De pronto sonrió y mandó un beso al cielo: levanté los ojos y vi al dragón blanco de Dum que revoloteaba encima de ella. Naim movió las alas en señal de despedida y se fue.

Tomelilla me miró y me guiñó un ojo.

—Ahora regresemos a casa —susurró mientras yo me dejaba caer exhausta en el bolsillo de Babú.



El abrazo



El pueblo entero vino a recibirnos fuera de las murallas. Era una multitud variopinta y silenciosa, los hombres por delante con antorchas, detrás las mujeres con los niños. No se alzaron gritos de júbilo ni aplausos, sino que, al pasar, nos ofrecían algo: una copa de vino caliente, una manta, una palmada en el hombro, una frase amable:

—¡Gracias!

—¡Gracias de todo corazón!

—¿Qué habríamos hecho sin vosotros?

—¿Estáis bien?

—¿Hay heridos?

—¡Una batalla terrible!

Los repentinos gritos de una niña obligaron a la multitud a abrirse:



—¡Dejadme pasar, dejadme pasar! ¡Es mi hermana! —decía.

Vainilla se apartó de Cícero y corrió al encuentro de su hermana. Las dos gemelas se arrojaron una en brazos de la otra.

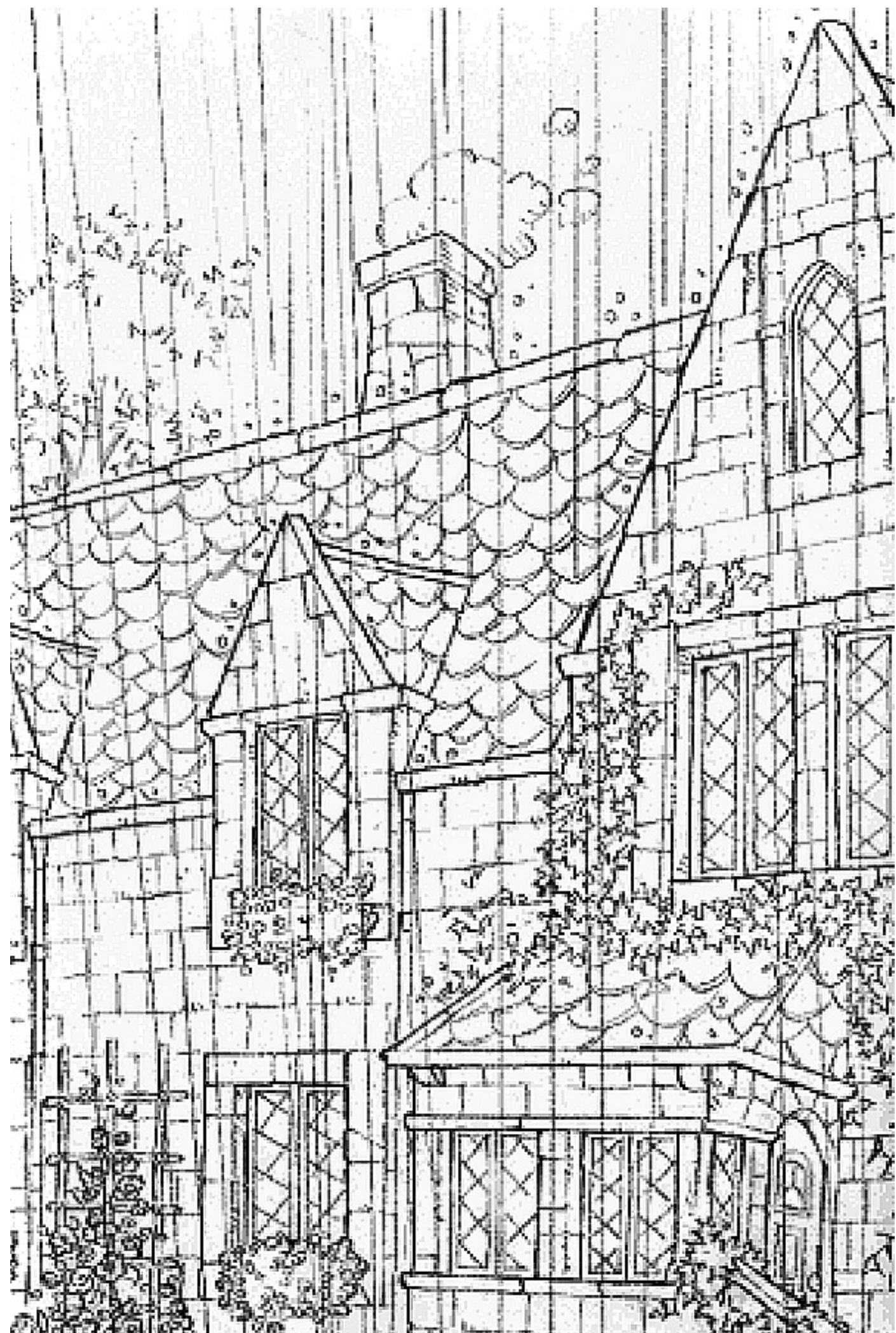
—¡Perdóname! ¡Perdóname, Babú! —lloriqueó Pervinca.

—No, es culpa mía, tú no has hecho nada —dijo Babú estrechándola con fuerza. Grisam las miraba desde muy cerca. También a él lo abrazó Vainilla.

Antes de separarse, Duff tomó el rostro de Lala Tomelilla entre las manos y le dio un beso en la frente:

—Eres la mejor bruja que he conocido nunca, Lila de los Senderos, y siempre estaré orgulloso de estar a tu lado —le dijo. Vi que Tomelilla le sonreía por toda respuesta, una sonrisa cansada

pero llena de reconocimiento y dulzura. Recuerdo que pensé que hacían una buena pareja; quién sabe si se les había pasado alguna vez por la cabeza.



La atroz sospecha



Aquella noche, los ritos de la cena y de las buenas noches transcurrieron en silencio: Cícero y Tomelilla bebieron un sorbo de caldo y dieron enseguida las buenas noches; Dalia calentó leche con miel para las niñas y les cortó dos pedazos de tarta de chocolate. No dejó de mirarlas ni un momento y, cuando terminaron, las acompañó a su habitación.

Yo volé al invernadero, pese a saber que aquella noche estaría allí sola.

Entré despacio en la oscuridad y me posé sobre una orquídea blanca desde la que se podía admirar el cielo, otra vez estrellado.

Acunada por el perfume de las flores y cansada por tantas emociones, cerré los ojos y finalmente descansé. Estaba a punto de dormirme cuando me sobresaltó un crujido.

Al volver la cabeza, vi una sombra levantarse de la silla de Lala Tomelilla.

—¡AHHHHHH! —grité de miedo. La sombra dio un respingo, tiró algunas macetas y, como un animal atrapado, se aplastó contra el cristal del invernadero. En ese momento, gracias a que la luna le iluminó el rostro, la reconocí:

—¡Tomelilla!

—Oh, pobre corazón mío, ¿eres tú, Felí? ¿Quieres matarme de un susto?

—A mí me lo va a decir, creía que estaba en su habitación... Hadamía, ¡acabo de perder mil años de vida!

—¿Cómo es que no estás con las niñas?

—¡Mamá Dalia está con ellas!

—¿Cómo te encuentras, hadita? Ni siquiera te lo había preguntado... Y no te he dado las gracias por tu inmenso valor. Gracias, Sifeliztúserásdecírmeloquerrás. Es un honor tenerte con nosotros. Mañana, ¡doble ración de panecillos de naranja!



—¿Aunque organizara ese gran jaleo ayer por la noche? —pregunté.

—¡Ah, claro... no te has enterado de las novedades! —dijo Tomelilla volviendo a sentarse—.

Devién ha hablado hoy con Roble, mientras te buscaba a ti y a las niñas, y ¿sabes qué ha descubierto?

—No, ¿el qué?

—Ha descubierto quién metió las varitas en los vestidos de las niñas.

—¿De verdad? ¿Y quién fue?

—¡Cícero!

—¿Cícero?

—El mismo, con la ayuda del leñador McDoc.

—¡Oh, y yo que no le hice caso! Había empezado a decirme algo por la mañana, pero creí que se trataba de un cotilleo.

—Cícero quería hacer un regalo simbólico a Vi y Babú por su primera lección de magia, así que, en secreto, pidió al leñador que buscara dos ramas de nogal sin defectos para hacer con ellas dos varitas iguales. Hace dos noches, sabiendo que yo haría aparecer los uniformes en el armario, entró y puso las varitas en los trajes. Debió de ocurrir cuando tú no estabas, pero fue una casualidad.

—Pobre señor Cícero, para una vez que tiene un pensamiento... ¡mágico! —dije.

—Sí. Pero todavía no me has dicho cómo te encuentras tú.

—Estoy bien, Tomelilla, no se preocupe por mí. Soy diminuta y parezco frágil, pero nosotras las hadas tenemos mil vidas y mil recursos. Lucharé contra el Terrible 21 hasta que se vaya, ¡ya lo verá! ¿Piensa que venceremos?

—Espero que sí, pero no estamos luchando contra el Terrible 21, Felí...

—¡¿Nooo?! Y entonces, ¿contra quién?

—Los signos que preludian su llegada han sido los mismos y ha caído sobre nosotros el 21 de junio, ¡pero este enemigo no quiere destruir nuestro valle!

—¿Ah, no?

—Mira a tu alrededor, Felí. Sus ataques han dejado algunas ramas por tierra, han roto algunas macetas, han destruido nuestras barcas y las campanas suenan ahora desafinadas, pero en el fondo todo sigue aquí. El granizo del Terrible 21, en cambio, devastaba las cosechas, su viento arrancaba árboles de cuajo y hacía volar los tejados del pueblo, su lluvia desmoronaba las montañas... No, hadita, creo que este enemigo quiere el valle para él, espléndido y exuberante como es ahora. Por eso rapta también a los Magos de la Luz, para que reconstruyan mañana lo que las batallas arruinan hoy.

—Lo que dice tiene sentido, pero ¿cómo se combate a un enemigo de esta clase?

—Una buena pregunta, aunque lamentablemente no tengo la respuesta. Todavía no.

—Bueno —dije con tono optimista—, por ahora le hemos dado una buena a... eso, ¿cómo tengo que llamar a este nuevo enemigo?

—A quien quiere poseer la belleza sin comprender su valor, yo lo llamo ZAFIO —respondió Tomelilla.

—Zafio... —repetí—. Suena bastante mal, sí. Será más fácil luchar contra él ahora que sé su nombre.

El secreto de las gemelas



De camino a la habitación de las niñas, me detuve un instante a escuchar: no quería interrumpir conversaciones delicadas, imaginando todo lo que tendrían que contarse. Al no oír más que la respiración de la casa, entré. Seguía encendida una lucecita, pero las niñas dormían. Estaban las dos en la cama de Pervinca y se agarraban las manos. La mano de Pervinca que apretaba la de Vainilla tenía un anillo en el dedo anular. ¿Habían hablado de él? Probablemente, y habían llegado a un acuerdo. El gran amor que las unía había vencido también en esto.

¡Lo que habría dado por escuchar sus palabras en aquel momento! Pero lo que se dijeron permanecerá en secreto para siempre. Un secreto entre hermanas, y era precioso así.

Dejé la brújula cerca de Babú, saludé a Rex que dormitaba allí al lado y apagué la luz.

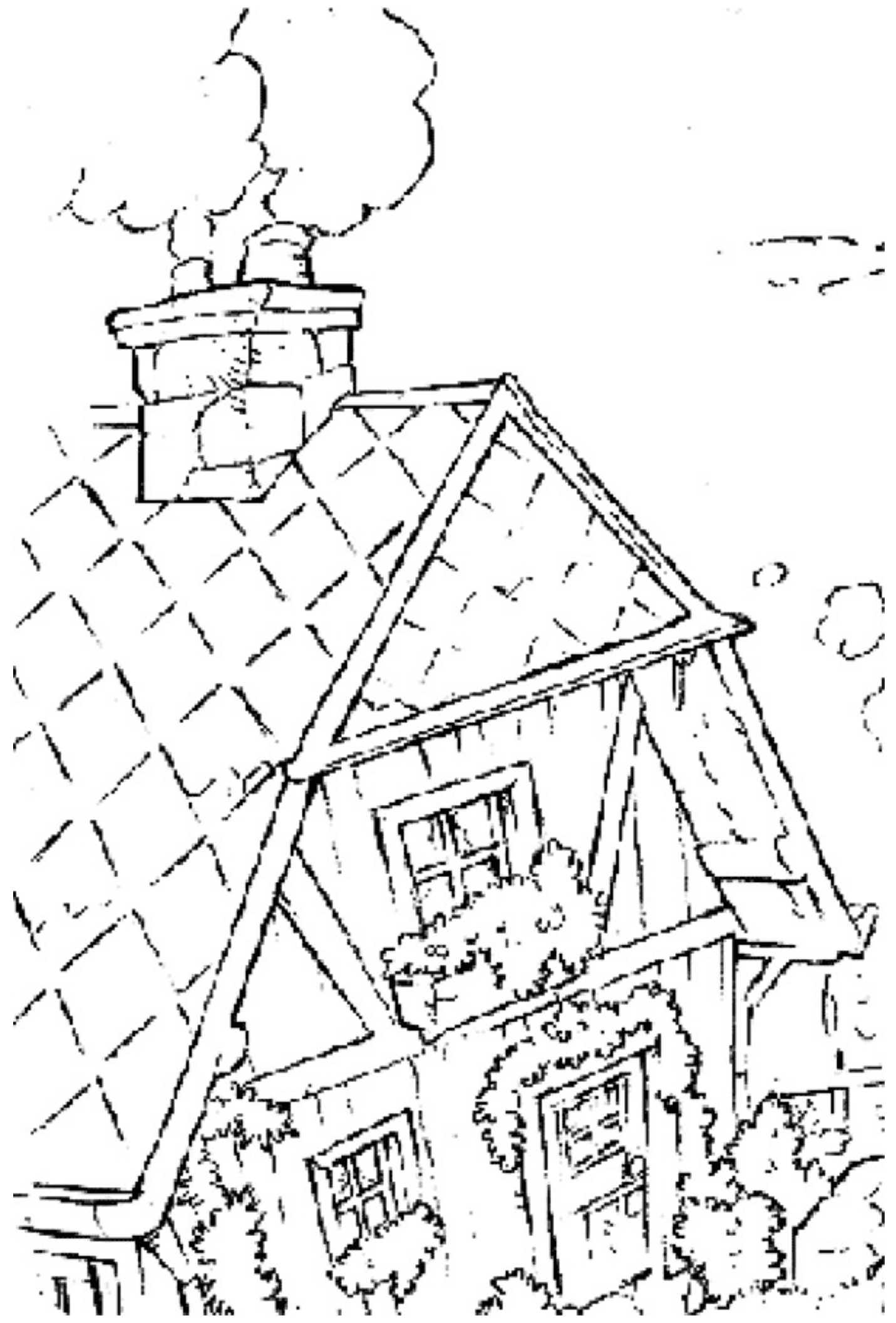
Había prometido que velaría cada diminutimoinstante, así que ni siquiera traté de dormirme. Tomé una pluma de mi cajón y empecé a escribir este diario.

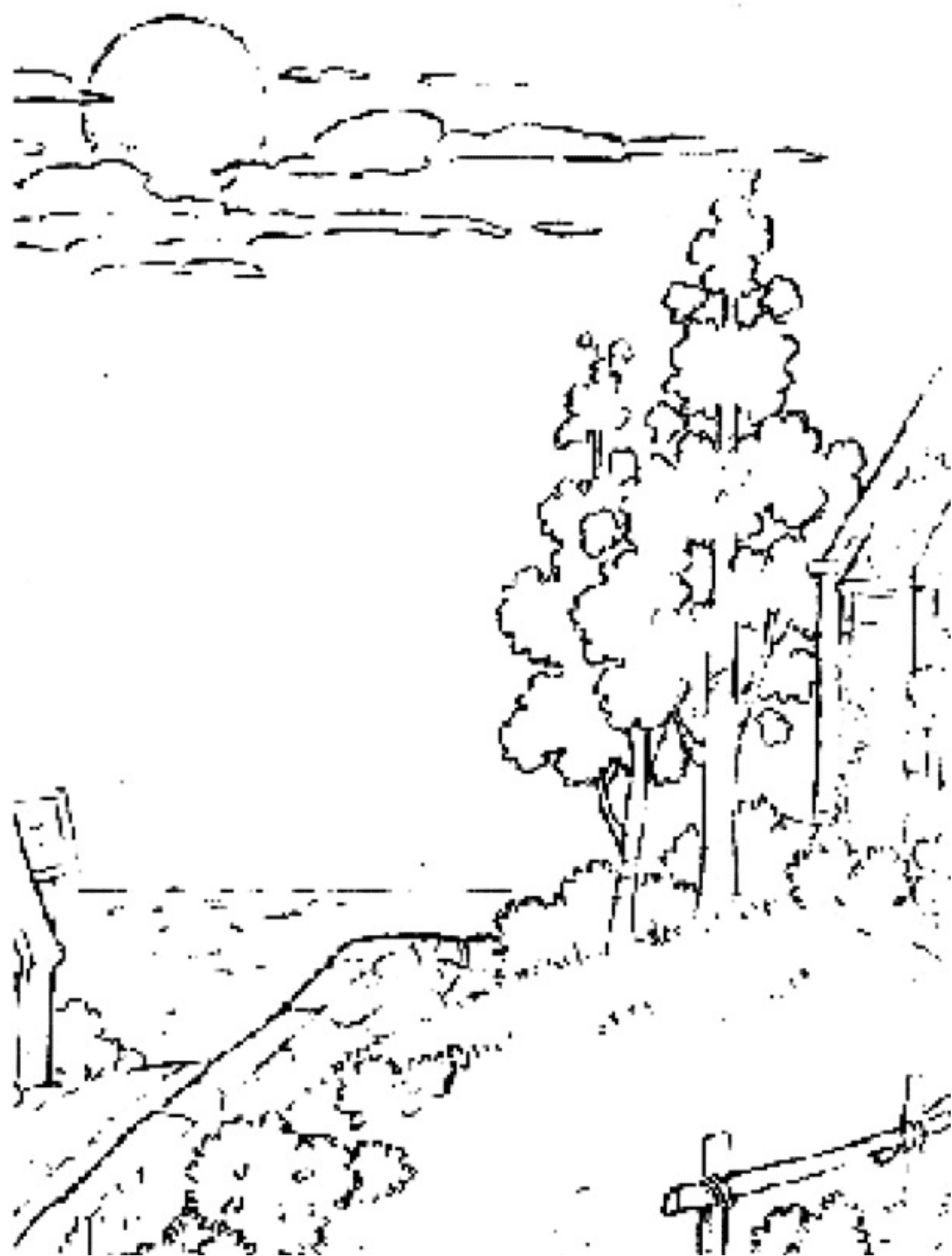
Vivía con la familia Periwinkle desde hacía más de diez años, pero mi gran aventura con ella comenzaba aquellos días.

Y me depararía aún muchas e increíbles sorpresas...



FIN







ELISABETTA GNONE, nace en Génova el 13 de abril de 1965 y, tras cursar estudios clásicos, en 1990 entra en Disney y se hace periodista.

Su colaboración con la publicación semanal Topolino (Mickey Mouse) fue sólo el comienzo de una carrera que unirá su nombre a los mayores éxitos editoriales de Walt Disney Company Italia: colabora en la creación de las publicaciones mensuales Bambi, Cip e Ciop (Chip y Chop), Minni & Co. y La Sirenita, y en 1997 lanza el mensual Winnie the Pooh.

Directora de las publicaciones preescolares y femeninas de Disney, en 1997 crea la serie W.I.T.C.H., destinada a ser un éxito mundial y publicada en más de 20 países, así como la revista mensual homónima, para la que escribe también las historias «Haloween» y «Los doce portales», aparecidas en los dos primeros números.

Con la experiencia de ese éxito, Elisabetta vuelve al trabajo y en los últimos años desarrolla la idea de Fairy Oak, un mundo mágico en el cual tienen lugar las historias recogidas en la Trilogía inicial y en la nueva serie Los Cuatro Misterios.